



# ANTOLOGÍA RELATA

Talleres Literarios







# ANTOLOGÍA RELATA

CRÓNICA, CUENTO, NOVELA,  
DRAMATURGIA, POESÍA Y OPINIÓN

Talleres Literarios

# 2017

Red Nacional de Talleres  
de Escritura Creativa



# ANTOLOGÍA RELATA 2017

## CRÓNICA, CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA, POESÍA Y OPINIÓN

### Talleres Literarios 2017

Red de Escritura Creativa - RELATA

MINISTRA

Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA

Zulía Mena García

SECRETARIO GENERAL

Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES

Guíomar Acevedo Gómez

COORDINADORA GRUPO DE

LITERATURA Y LIBRO

María Orlanda Aristizábal B.

ASESORES DE LOS TALLERES DE

ESCRITURA CREATIVA RELATA

José Zuleta Ortiz,  
Programa Libertad Bajo Palabra

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO

Vanessa Morales Rodríguez  
María Juliana Serrano Ochoa  
Felipe Martínez Cuéllar

EDITORA

Janeth Posada Franco

© Ministerio de Cultura,  
República de Colombia

© Red de Escritura Creativa, RELATA

© Derechos reservados para los autores

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE  
ESCRITURA CREATIVA DEL AÑO 2017

CORRECCIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Taller de Edición • Rocca® S. A.  
Brenda Serán ~ Revisión de textos  
www.tallerdeedicion.com

IMPRESIÓN Y ACABADOS

ALIADOS DE RELATA

BANCO DE LA REPÚBLICA

JEFE DE SERVICIO AL PÚBLICO  
Luis Roberto Téllez

DEPARTAMENTO DE RED DE BIBLIOTECAS

BANCO DE LA REPÚBLICA  
Sergio Sarmiento

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES

GERENTE DE LITERATURA  
Alejandro Flórez

COORDINADOR DE ESCRITURAS DE BOGOTÁ

Ricardo Ruiz Roa

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE DE 2017  
ISBN 978-958-5445-03-1

 MINCULTURA

 **TODOS POR UN  
NUEVO PAÍS**  
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

  
RELATA  
Red de Escritura Creativa

  
Leer es  
mi cuento

  
BANCO DE LA REPÚBLICA  
COLOMBIA



TALLER DE EDICIÓN  
ROCCA®

# ÍNDICE



PRESENTACIÓN	15
Grupo de Literatura y Libro	
GANADORES	
CUENTO	
EL CORRER DEL RÍO	19
Andrés Felipe Cuéllar Rojas	
LA LAVANDERA	22
Natalía Rozo Vanegas	
ALGUIEN HA TOCADO LA VENTANA	24
Carlos Fernando Gutiérrez Trujillo	
LA GLORIETA	26
David Cabarcas Salas	
PERRO NEGRO	30
Yulieth Mora Garzón	
POR LA LLANURA DE ESPARTA	34
Óscar Godoy Barbosa	
POESÍA	
CONFESIONES DE UN MAL POETA A SU MUSA	40
Cristian Camilo Hidalgo García	
VENDAS AL VIENTO	43
Ana Milena López Cifuentes	

BROZA DEL BOSQUE  
(CINCO INSTANTES BARROCOS) 45  
Felipe García Quintero

TRÍPTICO PARA EDUARDO CARRANZA 49  
Hugo Armando Arciniegas Díaz

TEXTOS REPRESENTATIVOS  
ASISTENTES TALLERES RELATA

NODO CARIBE ORIENTE  
CUENTO

FINGIENDO QUE LLUEVE 55  
Daniel Alonso Carbonell Parody

AQUEL DÍA 58  
Cristina Herrera Miranda

EL ÚLTIMO CAFÉ 60  
Cindy Herrera

EL ARMARIO OSCURO 63  
Aurora Elena Montes Rebollo

EL REY DE AGRABÁH 65  
Daniela Guzmán Gutiérrez

HUELLAS EN LO PROHIBIDO 67  
Yeraldín Mejía Díaz

EL MONSTRUO DEL ARMARIO TIENE MIEDO 73  
Anny Katherín Sánchez Díaz

EL PASTOR 77  
Asceneth Bonilla de Paz

EL ATRAVESA'O 78  
Amparo Herrera Salazar

LA DISPUTA 82  
Armando Jaimes Pérez

## POESÍA

EL CURSO DE LA MANCHA DE AGUA	
HOMENAJE PÓSTUMO	87
Ricardo Alfonso Pacheco Soto	
PECHO DE PÁJARO	92
Francisco Bárcenas Feria	
RÉQUIEM	94
Mario Alberto Bermúdez	
ABCDIARIO AL DESNUDO	96
José Alfonso Vergara Herazo	

## NODO CENTRO

### CUENTO

GUERRA INTERNA	101
Víctor Camilo Ronchaquirá Gamboa	
JULIÁN, EL ALCALDE HONESTO	105
Nixon Felipe Sandoval Fuentes	
LA ÚLTIMA PELEA DE MI PADRE	108
Ramiro Octavio Saldaña Fonseca	
BRUMA	111
Juan Esteban Quintero	
FRANCISCO, ¿DÓNDE ESTÁS?	114
Mario Castro Ibarra	
AL COMPÁS DE UN SORBETE	116
Miguel Antonio Peña Peña	
AGOSTO	120
Salomé Cohen Monroy	
EL OLOR A DULCE DE GUAYABA DE LA	
MIRADA DE MERY YOLANDA	123
Luis Eduardo Valdés	

UNA MANCHA EN LA ALFOMBRA Hernán Aragonéz Trujillo	127
CRÓNICA	
YA QUEDÓ CHUZADO John Jairo Ortega	131
NOVELA	
SI YO FUERA UN HÁMSTER (FRAGMENTO) Natalie Sánchez	135
POESÍA	
SALÓN Alejandro Cotacio	142
ANIMALES DESCALZOS COLECCIÓN Álex Duván Cardozo Gómez	143
NODO SUR OCCIDENTE	
CUENTO	
EL DANZARÍN José David Tabares	148
EL LÁPIZ LABIAL DE MAMÁ Sonia Emilce García Sánchez	151
LA SENDA DEL PERDEDOR Yeison Medina	155
UNA SIMPLE FIRMA Guillermo Salazar Jiménez	157
DETRÁS DEL DIPLOMA Gloria Álvarez Arrieta	161
NADIE SABE POR QUÉ Alexánder Giraldo	163



MINICUENTOS	166
María Inmaculada López	
EL HILO DE LA VIDA	168
Teresa Aidee Encalada Arboleda	
CRÓNICA	
YO, GENIO Y LOCO	171
Benjamín Ríos Escarria	
DRAMATURGIA	
AMATISTA	181
Jesús David González Romero	
OPINIÓN	
LA EDUCACIÓN EN COLOMBIA, UN VIAJE SIN ESPERANZA	189
Clarivel Naranjo Rodas	
POESÍA	
BARCAROLA	193
Carlos Bedoya Correa	
LUNARIO	194
Carlos Bedoya Correa	
CIEGA NOCHE DE MARIPOSAS	196
Daniel Sanmartín	
POEMA RESPONSORIAL	197
Olga Liliana Toro Pineda	
VISIÓN DE LA MAESTRA	202
Rubby Cecilia Santander de Eraso	
POEMARIO	204
Eliécer Villegas	
A DÓNDE FUISTE AHORA	206
Mónica Lucía Vivas Albán	

TALLERES VIRTUALES

CUENTO

LA HERENCIA	209
Catalina Calle Arango	

POESÍA

OCTUBRE	213
Naiver Urango	

LOS AUTORES	214
-------------	-----

# John Taylor

*In memoriam*



John Taylor tenía el pelo despeinado y la mirada relajada. Solo con verlo andar, se sabía que era de otro lugar, se diría que de otro tiempo. Mitad pastuso, mitad isleño, nunca tuvo prisa por llegar a ninguna parte y siempre supo ser la cara más amable que uno podría encontrarse en una calle, y quizá en la vida misma. Viajero, fue marinero, vivió en Noruega, recorrió mundo, y terminó en una choza luminosa frente al mar de los siete colores, donde tenía libros, especias de Turquía, condimentos chinos y ron. John sabía lo que era la buena vida. No se dejaba confundir y entendía que el mar y un buen pescado son todo lo que un hombre necesita para ser feliz. Llevó las letras a la isla, donde dirigió el taller RELATA para el Ministerio de Cultura durante más de diez años. Y fue su cara amable, su costumbre de acompañar el saludo con una Milky Way que le iba soltando a uno en el bolsillo, lo que me hizo conocerlo, volverme su amiga y admiradora de su laxa sabiduría y su ternura caribeña. Hace unos meses, John se fue de este mundo. Es una gran pérdida para la Isla de Providencia, para RELATA, para la cultura en el caribe colombiano, y para todos los que tuvimos el honor y el privilegio de compartir con él. Buen viaje, maestro.

MELBA ESCOBAR  
Escritora



# Ignacio Izquierdo

*In memoriam*



Ignacio Izquierdo era un hombre silencioso y de bajo perfil, incluso se podría decir que misterioso. Quien lo haya conocido, recordará que “el profe” solía ser atento en su mirada de las cosas, pero prudente en sus juicios públicos. Tal vez por eso escribía. Y sabemos que escribía más de lo que mostraba y aún más de lo que llegó a publicar. Nacido en Cereté (Córdoba) un 13 de agosto de 1979, Ignacio estudió Español y Literatura en la Universidad de Córdoba (Montería) y en esos años terminó por enamorarse más de la poesía, de autores como Borges, Benedetti, Cortázar, del misterio de la escritura; así que en 2006 ingresó al Taller Literario Raúl Gómez Jattin de Cereté (RELATA - Ministerio de Cultura), dirigido por Naudín Gracián, y el cual pasó a coordinar desde el 2011 hasta su reciente fallecimiento en 2017.

No podría decir que vivió lo suficiente, pero sí afirmar que fue un hombre entregado a animar la labor de la escritura en los más jóvenes, porque eso sí, Ignacio tenía un espíritu joven y será joven para siempre.

IRINA HENRÍQUEZ  
Poeta



# PRESENTACIÓN



La *Antología Relata 2017*, fruto del esfuerzo de 56 talleres de escritura creativa —53 de ellos presenciales y 3 virtuales— en 39 municipios de Colombia, es un reflejo de la vida cotidiana del país, tamizado por las múltiples miradas de los 56 autores que, en esta ocasión, participan en el libro.

Esta obra es una selección de los textos representativos de cada uno de los talleres. Los temas, como es habitual, se corresponden con las experiencias significativas de la vida humana: el amor, la muerte, la soledad, la infancia, la violencia, la alegría o la tristeza. Sin embargo, se destaca, en esta oportunidad, que los autores han podido encontrar estos hechos reveladores en los detalles sencillos del día a día. Las relaciones familiares, las rutinas de trabajo, el uso de la tecnología, la observación de la naturaleza, los medios de transporte, entre otros, son los contextos entre los que transcurren las historias que hilan este libro. Y el humor y la ironía son herramientas con las cuales muchos de los autores abordan sus argumentos. Así, la solemnidad o la reverencia de los temas se ven acá aligerados por cargas oportunas de cinismo y capacidad de burlarse de sí mismos. La mirada es capaz de alejarse para tener mejores perspectivas y puntos de vista más amplios.

Para el Ministerio de Cultura es un orgullo presentar una nueva versión de la *Antología Relata*. Año a año, la red se consolida como uno de los espacios literarios más importantes del país, haciendo un énfasis especial en aquellos lugares alejados de los grandes centros urbanos en los que la escritura creativa y la literatura son un pretexto para contar las historias personales y para la interpretación artística de un país que, como muestra este libro, está interconectado por múltiples relatos.

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO  
Dirección de Artes  
Ministerio de Cultura







# GANADORES





# CUENTO



ANDRÉS FELIPE CUÉLLAR ROJAS

Primer puesto · Asistente

Tolima · Ibagué

Taller RELATA, Liberatura

# EL CORRER DEL RÍO



El reflejo de la luz en el retrovisor me golpeaba los ojos, era insoportable, no podía distinguir muy bien el ancho del camino. Martha tenía las piernas contra el pecho, apretaba los párpados mientras repetía sin parar un padrenuestro que ya no tenía sentido. Me estaba desesperando, la oración volvía a empezar. “Igualita al hermano” pensé, no ayuda con nada, no pasaba tiempo con Dani. Se contentaba con ir los fines de semana a la casa y comprarle un helado. El padrenuestro empezó de nuevo, Dani se iba a despertar, luego vendrían las preguntas, el llanto ahogado y el asma. Martha no tardaría en empezar a llorar.

Eran las cinco de la tarde cuando salimos de la finca, regresábamos a casa después de pasar todo un día revisando los cultivos de café. Las tres estábamos agotadas. Dani ya empezaba a quedarse dormida en el asiento trasero, así que le dije que se pusiera el saco y los guantes. Habíamos salido a eso de las seis de la mañana desde el pueblo hacia lo profundo de las montañas, una zona que siempre ha sido considerada como de alto riesgo por la vegetación espesa, las fincas ubicadas muy lejos de la carretera y esa oscuridad que devora el campo en cuestión de minutos. Se hacía tarde, Martha intercalaba miradas entre su reloj y las montañas, sabía que no podíamos ir más rápido, además, si al carro le pasaba algo, yo no soportaría otra cantaleta.

El recorrido tardaba cerca de tres horas y media. La carretera del Cauca hacia La Plata era destapada y bordeaba las montañas; calculaba que a buen paso llegaríamos más o menos a las ocho o nueve de la noche. Dani tenía que estudiar al otro día a las siete de la mañana. No tuve tiempo de plancharle su uniforme ni lustrar los zapatos desde el sábado, y ahora debía preparar mi parte del informe y lavar la ropa sucia de esta visita. El barro empezaba a

secarse, el color café oscuro de las manchas se degradaba hasta quedar muy claro, luego se caía solo a pedazos y era más fácil limpiar la ropa. Miré a Dani, las botas parecían tener dos suelas, la segunda casi negra, con pasto y trozos de ramas, ni qué hablar del resto de la ropa. Martha giraba el anillo de su dedo, lo sacaba, lo pasaba de una mano a otra, solo miraba el espejo lateral, tenía que viajar a Neiva a las seis de la mañana para una cita médica. Las noticias de las últimas semanas no eran muy alentadoras, la delincuencia no paraba y los atracos eran pan de todos los días. La luz empezaba a agotársenos.

Encendí las exploradoras, apenas se alcanzaban a distinguir las siluetas de las montañas, de aquellas de donde habíamos partido hacía un rato. El azul del cielo empezaba a mezclarse poco a poco con el verde oscuro del relieve, pronto sería negro y nada más. Habíamos trabajado lo más rápido posible; recorrimos las cinco hectáreas revisando la existencia de plagas y el estado de los granos, lo más probable era que solo tuviéramos que hacer una última visita, la cosecha sería muy pronto y ya no sería asunto nuestro. La carretera se angostaba. Quería acelerar, llegar a casa, tomar algo caliente, acostar a Dani en su cama, saber que ya era lunes.

El camino empezó curvarse, así que desaceleré. Martha lo notó, me miró sin decir nada y luego volvió al espejo. Se acomodaba cada tanto, cambiaba de posición, tenía los brazos rayados; le había advertido que llevara una camiseta de manga larga para protegerse, pero prefirió escoger a su antojo. Dani ya estaba dormida, se había estirado sobre el asiento abrazando la muñeca que le regaló Álvaro después de que le rogó meses.

El ruido del motor hacía un eco que solo era acompañado por el sonido de los insectos que volaban frente al auto, en esos escasos seis metros de mundo que teníamos ante nosotras. A lo lejos podían verse en las montañas algunos puntos de luz que provenían de pequeñas fincas en medio de tanta espesura, allá seguramente había personas cenando, tomando agua de panela con pan o ya preparándose para ir a dormir con guantes, pasamontañas y una cobija cuatro tigres. No hay nada más que hacer en esa zona después de las seis, los agricultores salen a amarrar los perros y luego van de regreso directo a sus casas.

La carretera se ponía más difícil. El río Páez apareció a un lado del camino. No podía avanzar mucho, faltaría una hora tal vez para llegar al pueblo. Tanto silencio me producía cierto nerviosismo. Iba a poner algo de música, pero Martha se adelantó y quitó el radio. —Sabes cómo son las cosas por aquí —dijo. Intenté conversar, pero el silencio siempre retornaba. Miró a Dani, suspiró—. La voy a extrañar mucho —dijo por fin.

El sonido de una moto rompió la noche, no estaba muy lejos. Presioné firme el acelerador y miré atrás, Dani seguía dormida. No faltaba mucho para llegar al pueblo. El ruido se fue haciendo intenso, aguijoneaba mis oídos. Pude ver el reflejo de la luz de su farola en el espejo retrovisor. Martha no había hecho ningún comentario, ahora miraba al frente, sin parpadear mucho y con los brazos dentro del auto. El camino era angosto, la moto estaba atrás.

Nos miramos.

—Desacelera y dale espacio para que pase —dijo Martha. Acerqué el carro lo más que pude a la orilla y bajé a cuarenta la velocidad, pero la moto no pasó, la luz y el motor seguían atrás de nosotras. Martha se quitó los aretes y el anillo, empecé a temblar. La luz estaba allí y el ruido empezó a calar más hondo. Dani no pararía de llorar, pensé. Le dije a Martha que sacara el inhalador de la guantera y lo guardara en su bolsillo.

Recordé que se había hecho costumbre que botaran en el monte las llaves de los carros antes de escapar; estaríamos varadas, sin comida hasta que empezaran a circular los primeros carros en la mañana, y ese era incluso el mejor escenario. La moto seguía atrás, no aceleraba, no paraba, ese maldito reflejo. Ya conocía la rutina, nos harían sentar a un lado de la carretera, inspeccionarían el carro, luego vendría la requisa y finalmente la decisión sobre qué hacer. No llevábamos gran cosa, apenas cincuenta mil pesos. Iba a decirle a Martha que no escondiera las joyas, pero ya se las estaba poniendo de nuevo, ella sabía cuál era la forma en que por aquí suelen completar el botín cuando no hay cosas de mucho valor. Empezó a rezar, rezaba entre los dientes con un seseo desesperante.

—Tengo hambre —dijo Dani. La miré, no respondí. El reflejo en el espejo se hizo insoportable—. Mami, tengo hambre —dijo de nuevo. Martha me miró, le dije que estacionaría el carro, no soportaría seguir así. Disminuí la velocidad y conduje hasta el borde del camino después de una curva muy cerrada—. ¿Ya llegamos? —preguntó Dani. Martha la tomó de la mano y la llevó a sus brazos—. Vamos a rezar juntas —le dijo. La miré, sus ojos me interrogaban. “¿Dónde estaría Álvaro?”, pensé. Nadie más pudo cuidar de ella ese fin de semana. Martha la abrazó fuerte, ahora sabía más que antes que no podría volver a hacerlo tan seguido. Apagué las luces delanteras y el pequeño foco del interior. Cerré los ojos. El seseo se duplicó, me atravesaba la espalda. El ruido de la moto se apagó, tomé las llaves entre mis dedos. “Se acabó, no la volverá a ver”, pensé en ese momento y por un instante pude escuchar con claridad cómo corría el río Páez.

NATALIA ROZO VANEGAS  
Segundo puesto · Asistente  
Huila · Neiva  
Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila

# LA LAVANDERA



La madre lo lleva al río envuelto entre colchas, lo sostiene en los brazos mientras le acaricia el rostro, después la cabeza. Lo besa y lo apretuja contra su pecho. Esquiva los charcos. Sus zapatos están untados de lodo y uno que otro rastro de maleza e insectos.

La niña va a su lado. La mujer casi nunca permite que la acompañe, porque no le gusta que la vea trabajar, pero hoy, aunque está a punto de anochecer, y no es hora para lavar, ella va al río. Justo cuando iba a salir de la casa, volteó, miró a la niña, se acercó y le dijo que la acompañara, que le llevara unas cosas.

Su cabello, que hace algunos días llevaba suelto sobre los hombros, ahora lo tiene recogido, envuelto en una pañoleta. Por el camino, mira de reojo a la niña para cerciorarse de que no se ha quedado atrás. La mujer no dice nada, suspira.

Llegan al río. La madre camina lentamente hasta la orilla, se arrodilla cerca del agua en la misma posición que utiliza para lavar. Se está ensuciando el vestido, el color gris de la tela se mezcla con el lodo, con los pequeños insectos que empiezan a brincar sobre sus piernas. No se ve bien, su rostro está pálido, no hay sonrojo en sus mejillas como hace algunos días. Pide a la niña que le entregue la batea, la coloca en el suelo, mira al bebé, le quita la colcha, lo acuesta con delicadeza; su escuálido y pequeño cuerpo no alcanza a sobrepasar la largura del lecho de madera.

La mujer tiene el rostro mojado, el agua escurre por sus mejillas, como si la transparencia de sus ojos estuviera derritiéndose. Empieza a desnudarlo: primero le quita las medias, que ella le había tejido hace algunos meses. Cuenta cada pequeño dedo, besa las plantas de los pies; después,

lentamente, le quita el pantalón y la camisa, aprieta entre sus manos aquellas telas y las lleva hasta la nariz.

Empieza a bañarlo. La niña le entrega el único jabón que hay en la caja de madera. Las manos de la madre recorren con suavidad el cuerpo del bebé. Cuando llega a la cabeza, la toma entre sus manos, jabona los escasos y delgados cabellos, el cuello, la nuca, termina y deja descansar nuevamente la cabeza en la batea. Después, le echa agua con mimo, evitando que entre agua en los oídos, la boca y los ojos cerrados. El bebé tiene los labios morados, las mejillas no tienen color, sus dedos están azules. La madre lo viste, le cuesta mucho hacerlo, las manos le tiemblan.

La niña le pide que le entregue el jabón para guardarlo en la caja, ella se lo entrega y le dice que lo lleve en las manos. Se levanta, toma al bebé entre sus brazos y lo acuesta dentro de la caja. La niña lo mira; quiere abrazarlo, acariciarlo, así como la mujer lo hizo cuando estaban caminando, pero solo se atreve a rozar con los dedos el pequeño rostro del bebé. Lo siente frío.

La madre tapa la caja con las puntillas y el martillo que trajo la niña. Se levanta, toma la caja entre sus brazos y empieza a caminar de vuelta a casa.

CARLOS FERNANDO GUTIÉRREZ TRUJILLO

Ganador · Directores de taller

Quindío · Armenia

Taller de Lectura y Escritura Creativa: Café y Letras, RELATA Quindío

# ALGUIEN HA TOCADO LA VENTANA



Golpean. Tres golpes secos sobre la ventana del cuarto. Los reconocía. Abrí rápido. Una mano ancha y recia contenía tres mandarinas frescas, bañadas por el rocío. Las tomé como un tesoro. Tras ellas, el rostro endurecido de mi padre. Sonreímos. Desde aquí se veía el río, limpio y claro como el paisaje.

Años después las dragas y la maquinaria pesada, junto al río, eran una ruina. Primero llegaron los paisas con sus mercancías ambulantes, tras ellos las putas y el vicio. En esas épocas de oro y ambición nadie se quedaba quieto. Todo empezó en un socavón en el río, luego siguieron muchos, hasta ver la orilla como un lodazal que supuraba. Al regresar a la vieja casa no había lugar para mí. Los nuevos dueños me alquilaron un derruido cuarto al fondo de la cocina. Los inquilinos trataban de sobrevivir arañando las pocas arenas que secaron los tulípanes y los guaduales de las orillas. María, la nueva dueña, se cansó de contar la interminable fila de muertos que bajó por el cauce. A la mayoría les abrían el estómago para que no flotaran. Pero el río es terco y escribe su memoria.

Una noche, alrededor de un café, un desconocido narró la última masacre cometida en el caserío cercano. Cincuenta hombres, vestidos de militares, entraron al lugar, cerraron las entradas y convirtieron la plaza central en una carnicería. Los que sobrevivieron tomaron sus pocas pertenencias, abandonaron sus cafetales y se marcharon a lamer miserias callejeras en la capital de la provincia.

La vieja se mantenía molesta y triste con sus inquilinos. Se quejaba de no poder comer, nadie le pagaba el alquiler. La antigua casona se fue



convirtiendo en una balsa detenida en la miseria. Dos mujeres y un anciano habitaban el cuarto central, solo salían al caer la tarde y regresaban en las madrugadas, deshechos. Un hombre y su hijo pequeño intentaban atrapar, entre las aguas viscosas, una o dos pepas de oro con una pala y una batea de madera. Las antiguas canoas de los pescadores naufragaron en sus ruinas.

Los nuevos propietarios sembraron de ganado y miseria la comarca. A veces llegaban en sus camionetas blindadas, pero salían rápidamente hacia sus lejanos y seguros hogares. Nuevos nombres fueron tomando las antiguas fincas cafeteras. Alguien narraba del rumor de voces que permaneció en los surcos, de las épocas de cosecha y la música de carrilera en bares y cantinas. De cientos de hombres que venían de cosechar algodón en el Cesar, de recoger arroz en el Tolima, de raspar coca en los Llanos. Venían a estas tierras cafeteras en la cosecha de octubre y la travesía de marzo. Había plata para todos. Pero hoy la noche trae un eco solo. Apretujados en la cocina de la casona todos esperamos algo. La anciana recuerda a mi padre, su voz saludando en los caminos. Contó historias de mi vida infantil pescando corronchos y sabaletas junto al río.

Era de noche. El río traía un olor a lluvia en las orillas. Desde lejos se escuchaba el canto de los guácharos. Monte adentro escuché un rumor de pasos lejanos que se acercaban. En la casa, apenas se oía un eco de voces, un jadeo leve, un llorar lento. Una tos seca y definitiva. Quizás los años nos reunían en su ruina. Había vuelto a la casa después de rodar por soles y tierras lejanas. Tras las paredes alguien rumoró que había venido a morir de viejo.

Esa noche estuve despierto hasta la madrugada, tras la ventana se escuchaba el río machacar las piedras, la noche traía un olor vegetal de café maduro, un rumor de tórtolas en la madrugada. Alguien tocó la ventana, sabía quién era. Abrí y reconocí la mano ancha y recia. Un olor a mandarinas se escabulló en el cuarto. Sujeté esa mano para no volver.

DAVID CABARCAS SALAS  
Mención de honor · Asistente  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Cuento Ciudad de Bogotá

# LA GLORIETA



*A Luz Salas, Adrián y Sebastián Cabarcas*

Todas las noches Tony del Vecchio soñaba que ingresaba en una habitación amplia, de poca luz y rodeada de puertas infinitas. Era la misma habitación a la que llegaba una vez cerraba los ojos, pues, a pesar de la muerte transitoria que experimentaba al dormir, la reconocía con la certeza propia del que está despierto y vivo. La soñó por primera vez la noche en que se juró a sí mismo no volver a apostar jamás, muy a pesar de haber ganado en su última partida. Recordaba ese triunfo y se atormentaba porque no sacaba de su mente el as de picas y la jota de diamantes de un rojo fuerte con las que le ganó en el *Blackjack* al turco Asik, quien para pagar el precio de lo apostado se cercenó uno de sus dedos con un puñal de dientes.

Tenían todo el dinero para apostar, pero habían descubierto que el azar trae consigo la fascinación de comprobar cómo se ensaña el destino a través de las posibilidades. No era un asunto de ganar o perder, sino de retar los designios mismos de la vida. Fue entonces cuando el turco Asik le propuso que en vez de dinero apostaran en una sola partida el valor de cortarse el dedo índice de la mano izquierda. Tony del Vecchio aceptó, motivado por una ansiedad que lo hacía sudar y le provocaba un temblor notorio en las manos. Tuvo la fortuna y el alivio de encontrarse con las dos cartas en la primera repartida y el sinsabor de ver cómo fluía la sangre de la mano del turco.

Esa noche durmió a intervalos y fue cuando lo sorprendió el sueño en el que ingresaba a una habitación de múltiples puertas. Abrió una de ellas

y al cruzarla se encontró al otro lado con una glorieta oscura por donde sólo un auto blanco se desplazaba de forma circular y constante. Intentó detenerlo sin percibir con claridad al conductor, pero, por más que trataba, el auto proseguía. Descubrió que había un único paradero, en el cual se distinguían dos zonas, una roja y otra negra, donde era de esperarse que el auto se detuviera; pero este continuaba. Cuando por fin creyó que el auto blanco se iba a detener justo sobre la zona negra, se despertó asustado, tembloroso y con esa sensación de querer apostar sobre cualquier circunstancia de la existencia.

Desde entonces había durado seis años en un sobrevivir permanente a las ganas de apostar. Se dejaba llevar por la trepidante evocación del ruido de las cartas del *poker*, por el golpe seco de las fichas del dominó y la reverberación de la bolita al dar tumbos en la ruleta. Pero ese deseo lo reprimía al instante. Pudiera pensarse que era en el extraño sueño donde Tonny del Vecchio aprovechaba para volver a experimentar con las posibilidades. Y en efecto, cada vez que accedía a la habitación cambiaba de puerta. Elegía alguna de forma aleatoria, solo que luego se topaba con la misma imagen: el auto que se movía constante por la glorieta y que jamás se detenía; y cuando este ya parecía detenerse en la zona negra, él se despertaba asustado y con las ansias de apostar. Al principio pensó que su sueño no era más que el recuerdo del casino, aunque también imaginó que su determinación de no volver a apostar jamás era vapuleada por un impulso interno que lo instigaba a jugar.

Sus amigos apostadores lo llamaban a diario y entre ellos habían pactado una apuesta de cincuenta millones para quien lograra convencerlo. En alguna oportunidad el polaco, un viejo amigo de juego, lo llevó frente a la iglesia para esperar el final de la misa de las seis de la tarde, con la intención de apostar tres millones al que fuera capaz de proponerle matrimonio a la primera mujer de zapatos rojos que vieran salir. Tony del Vecchio comenzó a sudar al escuchar la apuesta. Un temblor incontrolable se apoderó de sus manos y una corriente fija y orgásmica se centró en el punto de su ombligo. Decidido a apostar, miró al polaco con el rostro tallado con tres arrugas en la frente, las pupilas dilatadas, un rubor en lo amplio de sus mejillas y dos lágrimas que pretendían ganarle a su voluntad. Sin embargo, respondió con un NO tajante que emergió de las fuerzas más recónditas de su espíritu. Al polaco no le quedó más que desistir.

Hasta que cierto día, el turco Asik lo convenció casi que por la fuerza para que participara en un reto de comida que se hacía por beneficencia en

uno de los barrios marginales de la ciudad. Tony del Vecchio aceptó, en parte porque no soportaba ver el dedo del turco a la altura de la falange medial. La apuesta consistía en comer la mayor cantidad posible de pollo asado. Su contrincante era Silverio, otro apostador reconocido; un negro alto y delgado que parecía saciarse solo con el viento. Los ubicaron en una mesa vieja de madera, con al menos veinte pollos para cada uno, servidos en dos bandejas grandes.

Distintos apostadores y curiosos se reunieron alrededor, y muchos celebraban el regreso a las apuestas del gran Tony del Vecchio. La algarabía aumentaba en la medida en que los comensales devoraban los pollos pasándolos con sorbos de agua. Silverio tragaba con una precisión de relojero, partía los pedazos de pollo y se los introducía a la boca con una decencia de conejo domesticado. Metodología esta que contrastaba con el estilo antropófago de del Vecchio, quien prácticamente se atragantaba con cada pollo. El polaco anunció el conteo; cada uno de ellos había comido diez.

Con un volumen exagerado la música sacudía el espacio con *La Peregrina* de Richie Ray y Bobby Cruz. Pasado poco tiempo, Tony del Vecchio se levantó de la mesa mientras terminaba el último pollo de la bandeja. Miró a Silverio y se fijó en los tres pollos que aún le faltaban al negro. Sintió el triunfo, la sudoración le brotó avasallante y se deslizó por su espalda. Las manos le temblaban y saboreó esa gloria fascinante que solo da el azar. Mordió de nuevo la victoria en las últimas presas de pollo, pero un hueso quedó incrustado en su garganta y él empezó a darse golpes de pecho para bajarlo; los amigos aplaudían a rabiar ese gesto y entre el retumbar de los timbales y el piano de Richie Ray gritaban otra fortuna más del gran Tony, quien en ese momento ya saltaba desesperado para bajar el hueso. El turco Asik y el polaco saltaban con él para unirse al festejo. Del Vecchio trataba de balbucear alguna palabra de ayuda, se agarraba el cuello como quien tuviera la idea de estrangularse. Su cara ya estaba roja. Una vena larga y pronunciada le subía desde el cuello hasta la frente. Todos coreaban su nombre y él parecía agradecerles con señales de auxilio que la gente interpretaba como muestras de júbilo.

Se puso morado y se desplomó en el piso.

Luego ingresó a una habitación de puertas infinitas. Quiso que la suerte eligiera. Escogió una puerta de manera aleatoria y al atravesarla encontró la glorieta oscura y el auto blanco que la recorría de manera circular sin detenerse. Se acercó al paradero y lo vio dando vueltas. Hasta que finalmente

se detuvo a su lado y justo en la zona roja. Se subió al auto sin fijarse en el conductor. Y emprendió un giro perpetuo por aquella glorieta.

YULIETH MORA GARZÓN  
Mención de honor · Asistente  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Cuento Ciudad de Bogotá

# PERRO NEGRO



Perro Negro me encontró otra vez. Anoche cuando llegué del trabajo entré al apartamento en el que vivo ahora. Debí ser que dejé la puerta de la calle abierta, mientras sacaba la basura. Subí, cerré con doble llave y lo vi en el baño tragando agua del inodoro. Me fui a la cama en puntas de pie. Perro Negro me siguió. Me recosté despacio. Cerré los ojos. Intenté, lo más que pude, sostener una respiración normal. Me hice hielo.

La primera vez que Perro Negro me atacó tenía siete años. Mi madre abría el local de una nueva casa a la que recién nos habíamos mudado. Los sábados sacábamos una mesa para vender obleas a los niños que pasaban por el camino de flores que dividía los interiores. Era paso obligado para ir al parque.

Solo teníamos que esperar a que los niños salieran de casa —con sus juegos de *woki toki*, un balón o un *tamagotchi*— y pasaran para comprar obleas o helados, que también vendíamos.

Era un sábado al mediodía, yo alineaba los ingredientes para preparar obleas sobre la mesa; a la izquierda las frágiles galletas, de ahí en adelante, los recipientes de queso rallado y arequipe, un cuchillo sin filo, dos salseras de puntas impecables, como nuevas, la blanca con crema de leche, la roja con dulce de mora, al borde de la mesa el servilletero a tope. Debajo un mantel de arabescos.

Mamá organizaba bebidas en la nevera.

Perro Negro pasó como una sombra por el respaldo del camino de flores. Le vi el rabo enrollado mientras terminaba de ordenar. Mi madre seguía ocupada, organizando los productos. Me senté a esperar en nuestra silla de madera.

Volví a ver a Perro Negro ya debajo de la mesa. No parecía un simple perro y lo confirmé cuando haló el mantel con furia. Subí de un salto a la silla, me empuñé por encima de la mesa que todavía se mantenía en pie. Nos vimos por primera vez a los ojos.

Perro Negro era grueso, de ojos brillantes con una mordida que no encajaba de la rabia. Un monstruo baboso de pelaje abundante y rebelde, cuatro patas de fiera.

Intenté bajarme de la silla. En el primer movimiento Perro Negro abrió de nuevo el hocico como una nueva máscara, pegó dos ladridos, me mostró los dientes, sacó su lengua ancha y roja, olisqueó el suelo y sentí su mirada mientras se tragaba el queso. Alguien cerró una ventana en el segundo piso de la casa de en frente y mi madre se me acercó por la espalda. Perro Negro ya no estaba. No pude moverme.

Mi madre preguntó qué había pasado. Me eché a llorar sobre su pecho y me rodeó con sus brazos congelados. Me lavó la cara, me calmé. Ella se encargó de recoger todo lo que había en el suelo. Tuvimos que volver a rallar queso —quedaba poco— y a reenvasar el arequipe. Sacó un helado de la nevera para mí.

Después, me mandó hasta la panadería a comprar una libra de queso costeño; como había llorado, tenía la cara roja, no quería ver a nadie a los ojos. Me concentré en el helado, era de vainilla, con chispitas de chocolate y cono de galleta crocante.

Pasé el parque, primero la cancha por el borde —sin salirme de la línea blanca—, donde estaban jugando un partido de fútbol, luego avancé por la mitad de la cancha de baloncesto que estaba vacía. Llegué a la panadería, olía a pan recién horneado. Saqué el billete de la media. Pedí una libra de queso costeño en bloque y con las vueltas compré dos panes para compartir con mamá que era fanática del pan caliente.

Hundí lo más que pude la bola de helado en el cono —no fuera a ser que se me cayera—, metí la bolsa del queso entre la del pan, para que no se resbalara la más liviana, me la colgué en el brazo, porque en esa mano todavía tenía dos monedas: una de \$100 y otra de \$500. Metí las monedas entre la media y en el segundo paso se bajaron a la planta del pie.

De regreso corrí para sacarme las monedas rápido. Pasé de nuevo por la cancha de baloncesto, volví hasta la de fútbol y el partido de antes estaba en receso, así que lo recuerdo: corrí por la mitad, con mi cono en la mano, el helado hundido en la punta, sin el riesgo de derramarlo, corrí

con fuerza, cada vez con más velocidad para regresar a casa y sacarme las monedas de los pies, pero apareció Perro Negro.

Me embistió de frente. Puso sus dos patas delanteras encima de mis hombros. Me tumbó al suelo. Encima, su hocico de monstruo me empapó la mejilla, lamió mi frente. Intenté ponerme de pie y me mostró los dientes, que ya conocía pero no de cerca; sus dientes amarillos salían de unas encías moradas asquerosas y sus babas se estiraban hasta caer en mis ojos y resbalar cerca de mi boca. No solté el cono, se lo tragó en mi mano.

Acabó el helado, me puso sus patas traseras sobre el estómago y me enterró las uñas negras, llenas de tierra. Mientras rompía las bolsas, pude levantarme, corrí con las manos llenas de helado, la cara mojada, y sentí que Perro Negro corría detrás de mí y ladraba sin parar. Nunca di vuelta. Los jugadores —listos para el segundo tiempo— se reían a carcajadas. Escuché sus burlas durante mi carrera.

Llegué a casa agitada, con la camiseta trozada, sin mencionar una palabra. Solté un llanto que no podía pararse con nada. Mi madre entró la mesa; no vendimos. Ella cerró las puertas, y me lavó las manos y la cara de nuevo, puso a calentar agua, y cuando me quitó la ropa para bañarme salieron a volar las monedas, tenía marcados cara y sello en la planta del pie. Me bañó a totumadas de agua tibia. Lloré todo el tiempo. Preparó arepuelas para contentarme. Vimos televisión hasta que nos dormimos.

La mañana siguiente es mi primer recuerdo de un domingo sin sol. Mi madre me llevó a misa en la capilla frente al parque de la segunda sección de casas. Al salir se encontró con su amiga —que nos recomendó ese lugar para mudarnos— y sus dos hijas. Me invitaron a jugar y dije que no. Tenía miedo de correr en el parque y que Perro Negro me atacara, pero no les expliqué, simplemente dije que no.

Nos sentamos sobre una piedra junto a su amiga. Vi a las niñas jugar a las cogidas, y luego a los congelados, con otros niños. Cuando me decidí a correr con ellos vi a Perro Negro husmeando en una caneca de basura, le halé el saco a mi madre, le dije en el oído que tenía ganas de ir al baño y que tenía que hacerlo pronto. Se despidió de su amiga y las niñas, nos fuimos corriendo a casa.

Yo vigilaba siempre por detrás para que Perro Negro no me persiguiera. Cuando llegamos a casa, mamá entró al baño conmigo para ayudar con la urgencia. Me sentó en el inodoro. Oriné dos gotas. Ella se puso histérica. Me subió los pantalones y dijo: “No vas a hacer tu voluntad. ¿No te gusta



aquí?”, se me escurrieron las lágrimas. Ella rompió mi silencio. “Así es la vida. Tienes que aprender a vivir con esto”. Me sequé la última lágrima.

Aún no me acostumbro a Perro Negro. Cuando apareció anoche, me lamió la cara muy despacio, me puso el hocico ya viejo en la oreja, me examinó la nariz y las comisuras. Su olor repugnante se mezclaba con olor de queso para untar —seguro lo había dejado destapado sobre el comedor cuando desayuné—. Sacó los dientes y me rodeó el cuello con su lengua partida. Después mordió mi camiseta negra y, ante la falta de respuesta, se quedó con un pedazo, quizá se lo tragó.

No moví un dedo, me hice la muerta...

Se cansó. Bajó de la cama chillando como un cachorro.

Perro Negro ladró y aulló un buen rato, hasta que acabamos dormidos.

ÓSCAR GODOY BARBOSA  
Mención de honor · Director  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Novela IDARTES

# POR LA LLANURA DE ESPARTA



Esparta fue un rotundo fiasco. La gran ciudad guerrera del Peloponeso, con su nombre evocador de héroes y batallas, se presentó ante nuestros ojos como una aglomeración de calles, casas y edificios con poco pasado para contar. De pie junto al autobús que nos había traído, tras día y medio de ruta desde el santuario de Delfos, no acabábamos de creer el contraste entre la imagen que nos habíamos formado y aquella realidad ruidosa y desgastada.

—La culpa es nuestra —le dije a Vanessa—. Nos dejamos ganar por el nombre.

—No hables por mí —fue lo que respondió, con un gesto enfurruñado que empezaba a inquietarme.

No eran tiempos de internet. Todavía se viajaba con una guía de rutero, algún talento para hablar con la gente, buenas dosis de olfato y una abierta propensión a la aventura. Ni en los sueños más sublimes imaginamos que algún día los viajeros dispondrían de completas guías virtuales, mapas personalizados y monitoreos por *google earth* que eliminan de tajo el azar, la posibilidad de la sorpresa.

Esparta, la ciudad guerrera. Con solo descubrir el nombre en el mapa insistí hasta el cansancio para aquel cambio de planes. Como mínimo imaginé anfiteatros, estadios, templos a los dioses de la guerra, murallas, caminos empedrados, huellas del antiguo esplendor, como las que encontramos en Delfos. Pero caminamos hasta que se hizo de noche, preguntamos a unos y otros, y al final tuvimos que aceptar el paso en falso: la espartana no había sido una sociedad preocupada por la posteridad. Vanessa resoplaba, agotada

su paciencia. Sin este desvío hacia el sur, la noche nos habría alcanzado en Epidauros, o tal vez en Atenas, la gran meta de nuestro viaje.

—No te preocupes —le dije, ya cansado de caminar, tras invitarla a sentarse conmigo en una banca del único parque encontrado en aquel caos—. Lo que debemos hacer es cerrar los ojos y conversar con los dioses.

Intentaba sacarle una sonrisa. Cerré los ojos y crucé mis brazos por detrás de la cabeza a manera de almohadas. Pero cuando los abrí Vanessa ya no estaba. ¿Cómo pudo desaparecer tan rápido? Corrí a la velocidad que me permitía el peso del morral y la carpa. Di vueltas, lancé miradas en todas direcciones, abandoné el parque, me interné por las calles de los alrededores. La noche avanzaba y ya no era posible ubicar su blusa azul, su morral verde oscuro, su cabello negro y largo. Me ganaba la angustia.

A la vuelta de una esquina divisé la estación de autobuses. Nunca tuvimos un plan sobre lo que haríamos en caso de perdernos, pero pensé que aquel podría ser un sitio de encuentro. Entré y recorrí la rústica sala de espera. Ningún autobús se preparaba para partir. Sentado en una banca de madera, intenté tranquilizarme. ¿Por tan poca cosa se cortaba un lazo como el nuestro? Las jornadas de sol y sed a la espera de un auto que nos recogiera en las autorrutas francesas, las caminatas a medianoche rumbo a algún camping alejado, las aguantadas de hambre al borde de carreteras sin ninguna huella humana, la alegría por cada ciudad conquistada, los sabores locales, los paisajes, los museos y las obras de arte nos habían convertido, más que en compañeros de viaje, en cómplices a toda prueba. Me negaba a creer que después de tantas cosas Esparta fuera una razón para quebrar la magia.

¿Sería su reacción a lo que venía ocurriendo? En París, en la reunión de colombianos donde me deslumbró por primera vez, supe que cinco años de edad y de expectativas nos separaban. Solo teníamos algo en común: yo soñaba con un viaje largo de morral a la espalda, ella con una historia para contar a su regreso a Colombia. Yo hablaba bellezas del viaje de aventura, de la caminata, el aventón, el tren y el autobús en tarifa de pobre, sin agencias de viaje ni reservas. Había viajado en autostop por Colombia y algunos países del sur, y ya sabía sobre las legiones de jóvenes en ese plan que pululaban por Europa durante el verano. Ella le temía, pero no decía que no, pues terminada su beca no contaba con dinero para un viaje de otro nivel. Una tarde me llamó: cuenta conmigo. Yo no lo podía creer: viajaría con la belleza. Pero no te hagas ilusiones, niño, me dijo, para dejar en claro el pacto que nos disponíamos a sellar. Compañeros de viaje nada

más. De carpa, pensaba yo, con semejante mujer. Como hermanitos, recalco ella. De carpa, sonreía yo.

Hasta Delfos su pacto se cumplió. La Costa Azul, Mónaco, Pisa, Florencia, Venecia, Roma, Nápoles, Brindisi, Epidauros, Kalambaka... Los mapas de bolsillo y la guía del rutero habían hecho valer su información. En cada lugar ubicamos un camping barato, visitamos museos y calles y plazas, hicimos rendir cada billete. Como socios aprendimos a armar la carpa en pocos minutos, a compartir las rutinas diarias de la cocina, la compra y la lavada de ropa, a hacer amigos efímeros en aquel enjambre de viajeros en el mismo plan. Y nos descubrimos afines en esa sed de paisajes y de pasados que nos consumía. Caíamos agotados cada noche en la carpa, y yo no encontraba manera de propiciar algo más. En las conversaciones diarias mi vida se quedó sin secretos para ella, pero entonces, sentado en la estación de autobuses, caí en cuenta de su mutismo. Unas pocas cosas sabía de ella, las más obvias: su ciudad natal de tierra caliente, su mamá, la maestría que cursó en París. Vanessa esquivó cada pregunta que apuntara a conocerla mejor. En las noches, cuando cerrábamos la cremallera de la carpa, se envolvía en su saco de dormir hasta el cuello, me daba la espalda y empezaba su respirar profundo, como si dispusiera de un botón de prender y apagar. Yo permanecía un buen rato despierto, inquieto, incapaz de tomar alguna iniciativa, hasta que me vencía el cansancio del día. Como hermanitos, había dicho ella, y a la vuelta de un mes me sorprendió la sensación de que ese era justamente el cuadro de nosotros dos.

Hasta Delfos.

Hasta coronar el sendero empedrado que ascendía por la montaña, flanqueado de ruinas en piedra y mármol, vestigios del diálogo de los hombres antiguos con sus dioses, y encontrar el paisaje más sublime de todo el viaje. Deslumbrados, nos quedamos de pie, uno al lado del otro, incapaces de hablar, como si veinticinco siglos después fuéramos nosotros los que conversáramos con el más allá. Y fue lo más natural del mundo alzar mi brazo y rodear sus hombros. Apretar por primera vez, de verdad, aquel cuerpo que me obsesionaba desde la primera noche en la carpa. Y sentir que su cabeza se recostaba contra mi hombro.

Sentado en la estación de autobuses, me atenazaban las dudas. Aquella noche en Delfos, y la siguiente en Olympia, primera etapa de nuestro desvío hacia Esparta, mucho había cambiado dentro de la carpa. Su saco de dormir ya no se ajustaba hasta el cuello. Conocía la textura de su piel, la verdad de sus aromas. En las conversaciones empezaban a asomar las

confidencias. Alguien la esperaba en Colombia. ¿Explicaba eso su misterio, su desaparición repentina?

Salí de la estación y me interné de nuevo por las calles. Importaba continuar el viaje, llegar a Atenas, de pronto a Estambul si alcanzaba el dinero. No ocurriría nada que ella no quisiera, le diría, como si algo no hubiera ocurrido ya.

La busqué de nuevo por Esparta. Entré en almacenes, cafés y restaurantes. Exploré los andenes. A lo lejos divisé el parque donde la perdí de vista. No lo pensé más y aceleré el paso.

El parque menos colmado de gente. La oscuridad sobre los prados. Distinguí una figura familiar, solitaria y un tanto encorvada. Me estremecí al descubrir a Vanessa allí, sentada en la banca donde yo había cerrado los ojos. Con su morral sobre las piernas, como desconfiando del entorno, lanzaba miradas en todas direcciones. El respingo en su rostro cuando me acerqué.

—¿Dónde te metiste? —me dijo. Alivio y rabia se mezclaban en su voz—. ¡Saliste corriendo!

Con premura brotaron los reclamos, la angustia represada. Arriesgamos teorías sobre le ceguera selectiva, esa que nos borra de los ojos a la mujer que apenas se alejó unos pasos para recoger el mapa caído de su bolsillo, y al muchacho que echó a correr como impulsado por la locura. Y luego el entrecruzar de calles en una búsqueda inútil. Cuántas veces se asomó ella a la calle por la que yo acababa de respirar. Cuántas miré hacia el fondo de un bazar por el que aún circulaba su perfume. En qué momento tomó la decisión de regresar al parque del principio, justo cuando yo lo divisaba desde la distancia. Los dioses de Esparta nos dispersaron y nos juntaron a su antojo, concluimos, sin saber si darnos un abrazo o continuar la discusión.

Nos sentamos en la banca, con la respiración todavía agitada. Consulté la guía e identifiqué la ruta al camping. Nos esperaba una buena caminata. Compramos una botella de agua y echamos a andar. Antes de salir de la ciudad encontramos un puesto callejero de *souvlaki*, deliciosa carne en trozos envuelta en pan de pita, y saciamos el hambre de la que no habíamos hecho conciencia hasta ese momento.

Cerca de las diez de la noche nos internamos por una carretera sin pavimentar y sin alumbrado público. Cuatro kilómetros nos separaban del camping. Temí que nos perderíamos en la noche sin luna, pero la grava blanca del camino resultó una guía inmejorable. Seguíamos enfurruñados. Vanessa no hablaba, y yo no sabía qué decir.

Pronto escuchamos carcajadas y sentimos pasos que nos alcanzaban. Una veintena de muchachos y muchachas de varias nacionalidades, morral a la espalda, saludaron y se juntaron a nosotros. Risas al descubrir que nos dirigíamos al mismo destino. De repente hacíamos parte de una caravana que rompía el silencio de la llanura espartana con voces en al menos siete idiomas.

La energía del grupo nos contagió. Con la práctica de las últimas semanas entablamos charlas chapuceando cada idioma, pero al poco rato nos dimos cuenta de la imposibilidad de conversaciones más ricas. Y no éramos los únicos frustrados.

Fue uno de los alemanes el que concibió la fórmula para salir de aquel complejo de Babel que nos consumía.

Comenzó a cantar.

No una letra, apenas un tarareo. Un tarareo potente: la marcha triunfal de *Ayda*.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, el grupo entero lo acompañó, al principio con risas nerviosas, luego con voces firmes en diversos tonos.

Las luces del camping se dibujaron en la distancia.

Unos hacían de trompetas, otros de tambor o de violines.

Vanessa tomó mi mano y sonrió. Sin pensarlo mucho, nos sumamos al coro de trompetas a todo pulmón.

Una muchacha sueca, o finlandesa, propuso el siguiente tarareo: *Carmen*.

Otras luces del camping se encendieron ante nuestro bullicio. Un hombre corpulento, el administrador, caminó de prisa hacia nosotros a exigir silencio. Con furia nos indicó que la gente ya dormía.

El grupo dejó de cantar entre risas cómplices. Antes de disolvernarnos por el camping brotaron, espontáneos, los abrazos de despedida. Compartíamos una noche, una alegría sin nombre, una travesura.

No he vuelto a sentir nada igual.

Los dioses de Esparta sonreían sobre nuestras cabezas.

En nuestro lugar del camping levantamos la carpa con urgencia. Los ojos de Vanessa me seguían en la oscuridad.

Al día siguiente todavía reíamos al saludarnos de abrazo con el grupo de la noche anterior.

Y luego cada quien, como Vanessa y como yo, desapareció por los caminos.

Efímeros desde siempre.

Solo Esparta permaneció.



# POESÍA



CRISTIAN CAMILO HIDALGO GARCÍA

Primer puesto · Asistente

Antioquia · Envigado

Taller Plumaencendida

# CONFESIONES DE UN MAL POETA A SU MUSA



## I

Llego con retraso a mis mejores citas  
y me pierdo de aquello de los dioses,  
del fruto de la vida,  
de decir dulcemente un verso cuando toco.  
Me pierdo de mí mismo  
como todo fracasado.  
Si tal vez la palabra fuera mano,  
cuerpo que estremece desde adentro,  
boca que enciende la sangre y la reanima.  
Si tal vez quemara lo vivido,  
como verso insoportable,  
filosófico,  
destruyera a quien lo lee,  
por lo menos viviría  
un instante como dioses  
y eso basta.



## II

Soy un hombre que teme  
a la oscuridad prolongada,  
a los animales con rabia,  
a mi propia vejez.  
Le tengo miedo a mi cuerpo  
que camina sobre el filo  
de un cuchillo oxidado.  
Vivo con poemas cansados  
que regañan todo el tiempo  
mi rostro en el espejo.  
Soy cazador del verso  
que vive al otro lado de la ventana  
y que no logro escribir.  
Seré el primero en llegar tarde  
a la cita con la muerte.  
Este poema solo  
es escrito para no encontrarme.  
El poema es un gato sin hambre  
que nunca busca mi mano.

## III

No pongo mis palabras en el tiempo,  
sabe bien el eco que estos versos  
son plegarias oscuras a futuro.  
Mi presente es incierto.  
Colecciono palabras  
que no sé encajar en escrito alguno.  
Terminaré siendo carne para olvido  
y me despedazan todo el tiempo  
agonías que llegan a nombrarme.  
Por retener mi dolor,  
riego las palabras por el suelo  
y alimento hormigas que

mañana serán hombres...  
Nunca la enfermedad  
tuvo cara de tigre como ahora  
que se abalanza sobre mí  
con enfurecidas garras...  
Música  
es una palabra que me impulsa  
a las calles insomnes  
a buscar lo preciso para mi canto.  
Yo nací el día  
en que la poesía odió el mundo  
y aun así la busco  
y me aferro a ella  
como un niño a su madre muerta.

#### IV

Alguien dice  
que no quiere escribir,  
que es trabajo para otros,  
¡bienaventurado!  
Yo vivo mojado de letras  
y con gripa.  
Cuando escampa  
tengo tos  
y nadie se contagia,  
todos huyen sanos  
a su muerte,  
sin detenerse siquiera  
a patear mis versos,  
sin condolerse de esta música  
que heredé a nadie.

ANA MILENA LÓPEZ CIFUENTES  
Segundo puesto · Asistente  
Risaralda · Pereira  
Taller La Poesía es un Viaje

## VENDAS AL VIENTO



Hoy he lavado mis vendas  
desde la salida del sol  
hasta el ocaso.

De tanto en tanto ceñía a mi cintura  
el platón rebosado  
y volvía a las cuerdas del patio.

Ese gran telar de cielo y grama... ¡vibra!  
Por él se sube y se baja  
anudando nudos,  
descargando vendas.  
Llegada a las diez docenas, aparece en el cielo de mi boca una estrella.

Ellas, vendas, son para vendar corazones heridos.  
No conocen otro, solo el mío.

En mi bautizo, madre llenó una canasta con regalos-vendas.  
Cuando caminé,  
abuela me regaló una caja de seis  
marcadas con hilo fino.

No tuve que esperar mucho para utilizarlas.  
Que si padre... que si hermanos... que si amigos...  
Que si palo, que si piedra, que si vidrio...

Que si padre...

¡Con él hube de usar todas las vendas que tenía en casa!  
Acosar al tendero de la esquina para apilonarlas.

Gastar mis monedas nuevas, escarbar bajo las piedras.  
Y vaya usted a ver... cuando salí al mundo me regaló una docena más.  
Sabía que iba a necesitarlas.

Pasé el dintel de la puerta y aseguré mi carga. ¡Ya iban todas usadas!

De amores y vendas sé bastante...

Cada noche la he pasado en vela  
ocupada en restañar mi sangre.  
Coser las heridas me ha hecho dedal.  
Para cada herida, distinta puntada:  
cadeneta, sombra, punto de cruz, calado y pasada.  
Hay heridas hondas.  
Hay heridas... como las de la última noche de Hypathia.

Hoy de madrugada, desvendé mi corazón una vez más.  
Tiempo me tomará dejar las vendas nuevamente blancas.  
No es bueno mostrar que uno tiene sangre en su patio colgada.

Posdata.

El encordado en el patio de ropas de mi hija ya está pronto.  
Veo su corazón.  
Parece hecho de materiales propios a prueba de dioses, de cuchillas, de  
compasión, de lamentos.  
¡Cosecha de trópico y vida!  
Otras vendas... otros vientos...

FELIPE GARCÍA QUINTERO  
Ganador · Directores de taller  
Cauca · Popayán  
Taller Permanente de Formación Literaria

# BROZA DEL BOSQUE (CINCO INSTANTES BARROCOS)



## Eucalipto (mañana)

Antes del aire estuvo el bosque perdido en su prisa. Y primero el hierro con su savia que la niebla más profunda.

Antes del fuego el reposo de la noche oculta en cada piedra. Y un camino de sombras que ilumina la soledad de la primera estrella.

Antes del agua fue el silencio un cristal cualquiera, sin rostro ni corona de espinas. O solo risa a la deriva para el miedo que ahoga sus fiebres de arena.

Antes de la tierra el sueño donde las raíces despiertan. Por siempre hendidura el hueso desatado, como un puño de luz, del viento entre las manos. Y antes de las cosas, su mirada, cuando la mañana en los labios deja el soplo sin pisadas del adiós que nos talla.

## Sauce (mediodía)

### I

Mientras el cielo arde, sin caer aún, el relámpago se calcina con el resplandor invocado de sus ráidos huesos.

Llega hasta la hierba, que agitara la quietud del sueño, para cubrir el aire de cada cuerpo, cuando la voz es latido de otros desvelos.

## II

Mientras todo color asiente, despunta lejanía de los párpados, y lo cercado del murmullo en la sangre oscurece a su paso.

A solas el temblor donde anida la belleza que siega el relámpago. Latidos da a la memoria, este pulsar el frío solitario de las manos.

## III

Mientras el sol atesora la tierra en el fondo húmedo de las pupilas, sobre un rostro desconocido el agua, como follaje, mece lo oscuro y la luz se apacigua.

Al nervio que despierta de sus temores lo sosiega acariciar el horizonte, antes solo un claro marchito de nubes inconclusas.

## IV

Mientras en cada rincón otea la sombra del ayer junto al aire, arraiga la flor desnuda en lo mirado por nadie.

Mas el alma espera sus remansos, como un secreto incendia sus adentros; el clavo en el madero es lo insondable del pensamiento.

## V

Mientras el hambre estrecha sus migas, así el pan en la boca, íntimo rebosa, y pródigo el mediodía bulle entre tanta ceniza.

Para otear el destello sin eco del vuelo, y al cabo tener con nosotros un trozo de paisaje, toda mirada se oculta en la voz más antigua.

## Araucaria (tarde)

### I

Luego está el cuerpo, con su aire a solas, donde pastan sombríos animales, y el cielo que siembra en la hierba la persistente oquedad de sus huesos.

A solas, donde todavía la lengua y el beso batallan con sus secretos, da voces el agua atenta que escucha el silencio de la piedra.

## II

O el rostro, luego del espejo, abre sus ojos en la memoria, y mira la piedad de lo yerto, bajo el alero vencido que junta la luz tras la puerta. Más adentro de cada paso persiste la pregunta por lo bello; en la calma del grito su carne impura es vaho que alienta y aterra.

## III

Luego del párpado cerrado queda el latido de la tarde. Y bajo el sol lo abierto en cada mano; soledad de la mirada si guarda el follaje de su canto. Aunque de a poco la alegría vuelve a ser semilla, alcanza la rama de aquella gota que crece con el jadeo desnudo de la lluvia.

## IV

Y la infancia luego, de ronda por el huerto, vive en el costado herido de quien a solas juega con su murmullo vacío. A su recuerdo el paisaje se extiende, y uno a uno los colores huyen como un solo grito del horizonte, ya sin nudos.

## V

Luego el silencio será albergue del último gesto. Así el pájaro elige la parca frágil de su paso en la inscripción del viento. Cuánta luz gana lo mirado para sus adentros. Con lo dicho, la voz no abandona el instante del alma ausente que visita sus moradas.

## Pino (noche)

Serás bosque en los pasos del horizonte y brasa anterior de cada instante. Ahora sobre el agua la piedra enterrada, donde el cuerpo fuera raíz y huésped de la noche.

Serás voz de mirada naciente sobre las ruinas. Pues al volver atrás lo visto arroja un hueso lejano, y la lengua hace nuestro el silencio del paisaje. Serás refugio que la intemperie nunca deshace; fulgor labrado del aire con el hierro de su carne inmarchitable. O penumbra en la mano al empuñar el fuego acallado de los labios.

Serás tierra en las palmas donde el vaho surca los campos que siembran de preguntas la mirada. Ya las flores beben la calma al pie de esas pisadas.

Serás de nuevo el viento desatado de las últimas palabras. No más rumor ni hálito deshecho en la fuga del latido que busca por lo hondo su camino.

## Guayacán (alba)

### I

Sin lugar en la tierra,  
el día es la mirada  
de cada sombra cualquiera.

Por el camino habla  
quien entrega al eco sus huesos.

Hasta el alba los pasos  
se encuentran y, sin voz, batallan.

### II

Donde el árbol talado exhala susurros,  
al viento lo cerca el vaho del mundo.

El rocío abriga el abandono de la hierba.

Bajo los párpados, el aire más distante,  
aún la luz que torna pájaro  
la flor desnuda de la montaña.

Y un nido de quietud en las manos  
acecha el bosque huido de cada mañana.



HUGO ARMANDO ARCINIEGAS DÍAZ  
Mención de honor · Asistente  
Santander · Bucaramanga  
Taller RELATA UIS

# TRÍPTICO PARA EDUARDO CARRANZA



## I

He aquí que un hombre se sienta a la orilla de un río.  
Gris es su frente como el alma del sauce que se derrama en las aguas.  
Un fragmento de la mañana se ha desprendido del día, y ha cesado también el aleteo musical de las garzas.  
La tierra ha adormecido su palpitación secreta, y la rosa del alba ha suspendido sus pétalos sobre las tejas del aire.  
El río es ahora un ancho cielo de cristal, un espejo de escarcha.  
Una luna desnuda, tendida y dispuesta como una muchacha.  
Como si fuera uno más de los sauces, contempla el hombre su rostro en las aguas sosegadas, contenida la corriente de piedrecillas y peces.  
Refrenada su avidez de sombras, reprimida su voracidad de viento, resquebraja el sol los cristales entre sus dedos de ámbar.  
Entretanto dos ángeles, amparados en el sosiego absoluto de las almas, descienden a enjugar apaciblemente sus alas.  
Apenas la claridad retira las manos de los párpados del hombre, ya los ángeles reparan en el súbito temblor de las aguas.  
Como si palpitara el corazón huracanado del río, un estrépito colosal retumba entre los árboles, seguido por un rumor de voces lejanas.  
Los dos ángeles, blancos los ojos entre las cuencas blancas, se posan temerosos tras el hombre, de rodillas postrado en la tierra blanda.

Y arriba en el follaje azul, acurrucados entre el celaje, otro grupo de ángeles observan, perplejos, cómo luces y formas asoman desde el fondo de las gélidas aguas.

## II

Una muchacha delgada, suave piel de lirio, salta y salta entre el puente de piedras pulidas por el agua, seguida de una corte azul de mariposas de seda.

Otra muchacha abriga entre sus manos, cálidas como el arrullo de alas angélicas, un fresco ramo de azucenas, desamparadas por el sol desleído entre cortezas y ramas.

Está también la que pulsa las cuerdas de un arpa de hielo, al tiempo que una pareja de turpiales se posa sobre su hombro y entonan, melancólicos, una cántiga de amor.

Una muchacha siente cómo su sombra se desprende de su cuerpo, y tras ella se posa con un peine hecho todo de plumas, mientras una parvada de golondrinas desciende de las alturas con una corona blanca.

Otra muchacha extrae de las aguas una manzana roja que palpita entre su mano, y con cada bocado salpican gotas gruesas de sangre por sus dedos, a la par que se percibe, unánime, el clamor armónico de los amantes desdichados de la tierra.

Están también dos muchachas mellizas que sostienen en sus manos sendos ramos de orquídeas, y una a una las ofrecen a las muchachas del río, tras una reverencia en que danzan sus holgados vestidos, arroyuelos por donde nadan peces de todos los colores.

Tres muchachas morenas, firmes cántaros en sus manos, enjugan entre sí sus largas y negras cabelleras, cubiertas apenas por velos diáfanos a la altura de sus muslos, aferrados a sus cuerpos como si pretendieran fundirse con su piel.

Y está la muchacha que marcha entre las venias de sus hermanas, y adopta, con cada paso, la forma y el signo de una y de todas, solo para detenerse en la orilla y, con ternura, besar la frente marchita del impasible hombre que las observa...

### III

Y he aquí entonces que un hombre, postrado a la orilla de un río, mueve de pronto sus dedos al compás pausado de su aliento, y hunde después sus manos en la arena tibia.

Como si algún dios exhalara vida dentro de su cuerpo, se infla de golpe el pecho del hombre, y este emite apenas un sollozo seco, como si musitara una lengua de otro tiempo, como si regresara de la muerte.

En torno a este hombre, el sol ha sucumbido entre las hojas de los sauces.

Desolado, el río susurra un canto sombrío: el eco de un coro bajo las aguas.

Desnuda como la luz, despunta la luna entre el follaje negro.

La enredadera del aire, en su lenta carrera, impregna con su escarcha la piel de las flores, de las piedras, de las almas.

Al canto de la última garza en vela, asoma el hombre su rostro en los cristales diluidos, espejos de líquida luz tras los primeros roces de la luna.

Despliega el hombre los párpados, dos hojas negras entre la alta noche, antes de que la luz, con su paleta de sombras, termine de trazar un río laberíntico en su frente.

Sin plegar sus párpados jamás, se pone de pie y se da la vuelta de espaldas al río, en tanto de su mano se despeña una cascada de arena sobre las aguas.

Y camina a pasos quedos en dirección a la noche, firme el bastón entre la tierra blanda, mas no vuelve la vista atrás en instante alguno, en tanto en la lejanía, desde el pecho mismo del río, aquel coro encumbra la voz una última vez para despedirle.

Y ahora en sus ojos despuntan apenas rastros del río, dejos que se precipitan a morir entre la desembocadura de su boca, donde, trémula, asoma ahora una sonrisa leve, una leve sonrisa de agua.



TEXTOS REPRESENTATIVOS  
ASISTENTES TALLERES  
RELATA





# NODO CARIBE ORIENTE



Atlántico · Bolívar · Cesar · Córdoba ·  
La Guajira · Norte de Santander · San Andrés,  
Providencia y Santa Catalina · Santander · Sucre



# CUENTO



DANIEL ALONSO CARBONELL PARODY  
Atlántico · Barranquilla  
Taller Literario José Félix Fuenmayor

# FINGIENDO QUE LLUEVE



Uno finge que llueve porque así niega y escapa. Fingir que llueve para irse. Así, desde la oficina, en el despliegue de las persianas y con un vaso de café, siento la calle vibrar silenciosamente, un taconeo que se repite, las bocinas de los autos detenidos, el piso mojado que justamente se ha mojado porque así lo finjo. De pronto visito una frutera y compro una naranja, o gozo con mirar caer esa lluvia imprevista sobre los impermeables de los niños, para quienes los arroyos de la ciudad son un verdadero caudal.

Para fingir que llueve hay que quedarse a oscuras, siendo las cuatro de la tarde la hora de la lluvia tierna. Preferible en octubre. Se puede hacer café. Se puede uno rodear del cliché que ofrece el cine o la fotografía, que pega especialmente fuerte si una es mujer, en el que la lluvia es un fenómeno repetido, vertical hasta el hartazgo, sedante, como una dosis de algo a la misma hora. Empero, no hace daño inventarse una lluvia singular. Imaginar la sacudida de un árbol concreto, la superficie resbalosa de un embaldosado, un ave que gotea en un tejado cualquiera. Fingir que llueve no es otra cosa que abrirse a la posibilidad de un movimiento evasivo.

No se finge que llueve por simple fuerza de voluntad. Es preciso tener de fondo un sonido consistente, pero lejano, como el de un ventilador que requiere de limpieza o el suave gimoteo de una cafetera. Reproducir grabaciones de la lluvia es considerado vulgar porque traiciona a la propia entereza del que finge. Y el que finge se sabe fingidor. La intención no es creer que llueve, sino hacer llover.

—¿Quieres que pase por tí?

—No puedo, llueve muy fuerte por acá.

En un país sin meteorólogos, Abel es un hallazgo singular. Recién licenciado en Ciencias de la Atmósfera de la Universidad de Buenos Aires, trabaja en la Oficina de Prevención de Desastres al otro lado de la ciudad. Es un tipo alto, de manos grandes y boca gruesa, pálido como él mismo, con ojos que parecieran siempre disculparse. Cuando quiere pasar a recogerme, yo finjo que llueve. El hombre ha trazado un plan sistemático de insistencia que yo respeto sin concesiones. Durante dos meses ha preguntado, no sin cierta timidez, qué día puede pasar por mí para tomar algo. La respuesta es siempre la misma. Los otros días, cuando no lo pregunta, solemos tener conversaciones telefónicas que me inquietan. En el momento me hacen olvidar una cucharada de comida a puertas de mi boca, o que tengo los pies en remojo y que descubro muy arrugados al colgar.

Yo creo que la lluvia también conmueve a los meteorólogos. Trazar la línea en que la belleza se vuelve objeto de estudio, en que el clima es clima y no signo vital, en que el oficio no sea mera persecución de la forma y se busque lo otro, una ruta parecida a la alegría. Yo no sé qué piense Abel de la lluvia.

Si algo me faltaba decir es que no se puede fingir que llueve todos los días porque a una se le llena la cabeza de agua. Nada más la semana pasada en que me lo permití tres veces sentía, a la altura del sábado, antes de dejar mi oficina, el oído izquierdo tapado. Por la noche, en mi cama, el hilito de agua tibia se escurrió de mi oído para mojarme los hombros.

El domingo por la mañana cancelé una cita con viejos amigos para quedarme fingiendo que llovía. Abel llamó por la tarde.

—¿Qué tal lo de la plaza?

—Los arroyos no me dejan salir.

Yo no soy una persona de muchos deseos. Apenas me contenta ver un sol lluvioso al mediodía, inesperado, que pinta la calle de un amarillo sin saturación, húmedo. La calle vaporosa se da cuenta de que va a llover realmente, pero no hay alarmas para ello. No es hasta que cae la primera gota que el mundo se empieza a recoger, que los paraguas se despliegan y el paso se apura, pero nadie va fingiendo allí, porque ya está lloviendo.

Hay días en los que sencillamente no se puede fingir que llueve. No da el tiempo para buscar el sobrecogimiento. No siempre se puede combatir con el cuerpo adormecido de las cuatro de la tarde, hora en que uno quiere acostarse para pensar en el resoplido del viento y sentir el aguacero, pero estoy segura de que si uno empezara a fingir a diario, desde el comienzo del día, por ejemplo, empezaría a crecer un arroyito dentro de



la cabeza. Con el pasar de las semanas iría gestándose un riachuelo de agua lluvia, el agua que va goteando despacio allá donde uno la finge caer. Sé que si pidiera vacaciones y pasara los días en casa solo fingiendo que llueve, tendría que estar colmada en algún punto de esa soledad acuosa que la lluvia ha promovido, mojada también de tanto paraje húmedo. En algún momento, cercano al final de las vacaciones, advertiría sin asombro que está mojada la planta de mis pies, que una gotera que no conocía empieza a llorar por las noches, que está empapado mi cabello sin lavar. Las horas, solo contadas, para volver al trabajo, entrar al edificio y subir el elevador. En mi piso, camino hasta la oficina goteando como si acabara de cruzar un río que llega hasta la cadera. No dudo de que colocaría mis manos sobre el escritorio y vería salir toda el agua lluvia, amontonarse en los poros como el mador de una noche calurosa, toda yo, y el agua, escapando. Se regaría sobre la superficie del escritorio de caoba, se extendería como la mancha de un vaso de agua derramado, inagotable, hasta escurrirse por las patas del escritorio y tocar el piso. Qué otra cosa puede hacer sino seguirse derramando hasta inundar la habitación. Y yo de buena gana abriría la puerta para que toda el agua corriera con prisa por las estancias, inundando los cubículos, importunando a mis compañeros con el agua que asciende vertiginosamente, que en cuestión de minutos ha llenado todo el octavo piso del edificio y ahora va escurriéndose por las escaleras, en una marejada de agua lluvia, papeles de oficina y lapiceros. El cielo se ha ennegrecido mientras aquello ocurre. Al salir la caudalosa corriente por la puerta frontal del edificio ya estarían puestas bajo alarma las autoridades sanitarias. Pero nadie ha descubierto dónde está el grifo que deben cerrar, de dónde sale toda el agua que a la sazón va inundando las calles del vecindario y estancando los autos. La noticia llega a oídos de Abel, empleado de la Oficina de Prevención de Desastres. Le han dicho que un torrente imparable está volcando los árboles, que las señales de tránsito flotan sobre la multitud de aguas, que los autos ya son arrastrados según el antojo del caudal. Sabe que el río sale de mi edificio. Me llama. Su voz de flauta dulce, y no por eso dulce. Su voz es como el silbido de un niño.

—Dicen que llueve.

—No, no llueve.

CRISTINA HERRERA MIRANDA  
Atlántico · Barranquilla  
Taller Caminantes Creativos

# AQUEL DÍA



Allí estaba yo frente a las enormes piedras que me recordaban aquel beso inolvidable.

Al recordarlo me da demasiada alegría, ¿por qué? Sencillamente porque es el mejor beso que di y que me han dado, además esas piedras interpretan a dos personas que están abrazadas dándose un beso. Así como el que nos dimos aquel día, él y yo.

Me dio tanta alegría que soñé despierta, me imaginé frente a las piedras con él, sí, con la persona que por primera vez me dio un beso. Estábamos abrazados con una gran fuerza, tan grande como el amor que sentimos mutuamente, y él me decía que no me quería perder y siempre iba a estar conmigo, a pesar de los problemas que nosotros tuviéramos.

Al despertarme de ese sueño me di cuenta de que él no estaba conmigo, pero yo sabía que algún día lo íbamos a estar.

Allí me la pasé toda la tarde, porque en casa no tenía nada que hacer y tampoco me iba a devolver, ese lugar está lejos.

Fueron pasando los días y yo quería saber de aquella persona que tanto amo, así que decidí llamarlo:

Yo: Deseo hablar con...

(Al escuchar mi voz no me dejó terminar de hablar y enseguida respondió)

Él: Me imagino que debe ser conmigo.

Yo: Claro, pues con quien más.

Él: De pronto puedes estar buscando a otra persona.

Yo: No. Te llamo porque quiero saber cómo estás y cómo te ha ido.

Él: Me ha ido bien gracias a Dios. ¿Y por qué quieres saber de mi vida?

Yo: Porque me haces demasiada falta, me importas y te amo.

Él: Tú también me haces falta, quisiera verte, abrazarte y demostrarte todo el amor que te tengo.

Yo: ¿Cuándo vienes?

Él: No lo sé porque tengo mucho trabajo, pero trataré de ir lo más pronto posible.

Yo: Aquí te estaré esperando con los brazos abiertos.

Él: Eso lo tengo más que seguro, te amo.

Yo: También te amo, cuídate y que te vaya bien en todo lo que hagas. Chao, hasta cuando nos volvamos a encontrar.

Él: Gracias e igualmente cuídate.

Aquella conversación me dejó un poco mejor porque escuché su voz.

Ya han pasado dos semanas y nada que llega, sin embargo, aquí lo estoy esperando frente a las enormes piedras.

Vi pasar a alguien por mi lado y pensé que ya había llegado, pero no era él. Ya el sol se está escondiendo y mis esperanzas de que llegue poco a poco se van perdiendo.

No sé si sean mis imaginaciones, pero veo a una persona que se está acercando a mí. Me estoy alegrando porque creo que es él.

Sí es él, qué alegría volverlo a ver: eso fue lo primero que se me vino a la mente.

Estamos frente a las enormes piedras viendo este hermoso atardecer, me está abrazando tan fuerte, pero tan fuerte, que no sé si reír de la alegría o llorar del abrazo tan fuerte que me está dando.

CINDY HERRERA  
Bolívar · Cartagena  
Taller de Escritura Creativa: Cuento y Crónica

## EL ÚLTIMO CAFÉ



- Todas las noches es la misma maricada. Ya le dije que no están.  
—Yo no vine por ellos, no se haga la loca.  
—Pensé que no volvería por esta casa.  
—Tenía que hablar con usted. Me fui amarrado a muchas cosas.  
—¡Pues lo desamarro!  
—Mujer, usted en verdad me alucina. ¿Me va a dejar entrar?  
—Pase ya, siéntese. ¿Quiere café?  
—No, agua.  
—No hay. La que tengo es para el jardín de manzanillas del patio, ¿se acuerda?  
—¡Entonces me hace un té de manzanilla?  
—De eso no tomamos aquí desde que usted se fue. Ellos aborrecieron el olor.  
—Le recibo el café entonces y le pido, por favor, no me interrumpa.  
—Pero sin azúcar; ya sabe, las hormigas, las cucarachas, las moscas. Últimamente se cruzan toda la sala para irse hasta el patio. ¡Ah! Se me olvidaba, los partieron.  
—¿Qué cosa?  
—Los pocillos del café.  
—¿Quiénes?  
—Los muchachos. Me los reventaban en la pared, o terminaban en el fondo del patio, como usted... debe saber. Como todo en esta casa.  
—Mejor no traiga nada, mujer, ya es tarde, usted debería saber a qué he venido.

—¿Tiene mucho afán? Mire que ni el café me ha dejado hacerlo bien, hasta para los velorios esa vaina hay que hacerla bien. Es más, el café le va a sentar, no va a dejar que se duerma.

—¿Si lo que quiero es descansar, mujer!

—Entonces hable. ¿Qué es lo quiere? ¿A qué vino?

—A preguntarle algo. Después de todo creo que merezco una respuesta, ¿no? Eran mis hijos.

—A usted le gusta meter el dedo en la llaga, ¿verdad? Como si no lo conociera. Viva o muerta usted no me va a dejar. Usted es como el *Coco* del patio con el que castigaba a los muchachos cuando eran niños. ¿Recuerda cuando les cerraba la puerta de noche? Ellos siempre regresaban llorando, y se socorrían bajo mi falda, gritándome que no lo volverían a hacer. Que se portarían bien, que no romperían nada más; pero en realidad nunca aprendieron la lección.

—Ya casi no tengo recuerdos. Pero cierto es que, desde que me fui, todos los días intento que usted me abra la puerta, corriendo siempre el riesgo de que se me olvide a lo que he venido.

—¿Qué intenta saber de mí que ya no sepa? Dos hijos, una casa vieja, un patio horroroso con olor a muerto, una vida de porquería que me dio. Todo está en las fotografías. ¿Quiere verlas? Las tengo por aquí...

—Carmen, he venido a hacerle una pregunta, solo una.

—Miente. Usted no ha venido por mí ni para contarme su hazaña de volver, no me crea tan pendeja. Vino por ellos y ya le dije que no están, y sabrá Dios o el diablo si resucitaron. Ujumm ¡el café!, ¡la estufa!, bendito Dios, ¿si ve?

—Pensé que te gustaba el patio, y los niños. Lo siento, Carmen. Creo que ya es hora de irme.

—Ah, ahora se va y me dejará hablando sola, con el café servido y sin preguntarme al fin nada.

—Siempre has estado hablando sola.

—¿Lo de los muchachos? ¿Es eso, verdad? ¡Por favor! Si eran unos malcriados, todo me lo estrellaron, me lo partieron, hasta las manzanillas del patio los muy infelices, sin compasión. Todo dízque por ti, ¡qué tal!, por ti, como si hubieras sido la gran cosa. ¡El gran padre! Los libré, más bien. A todos. Incluso a ti. En todo caso ya es tarde para lamentos, señor Francisco, tarde para lamentos.

—Tú pareces la muerta.

—Lo sé, tal vez sí. Igual los niños ya no pasan de la puerta del patio, solo tú la tocas, y creo que será por el desgracia' o amarre ese que hace el cura el día del matrimonio. Infeliz ese también, no quiso presidir las exequias en el patio.

—¿No te da remordimiento? Digo, con ellos; no conmigo.

—A veces. Después te acostumbras a los gritos de la noche, a los olores fuertes que se levantan a medio día, a las levantadas en la madrugada, a los llamados a la puerta, a los pocillos rotos, en fin, a esas cosas normales que arrastran las decisiones.

—Veo que vives tranquila, eso es triste.

—He aprendido a hacer más llevaderas las soledades, a eso se expone quien sufre primero y queda vivo para echar su propio cuento.

—¿Y... tus almas en pena? ¿No te dan miedo?

—No te preocupes, ya te he dicho que no vienen por aquí, se quedan en el patio todos los días. Después de todo, aprendieron a respetar a sus mayores. Y tú no me das miedo. Ya no.

—¿Y con mi ausencia también aprendiste a vivir?

—Ya van tres preguntas.

—No puedo evitarlo. Respóndeme.

—No, con tu ausencia no; con los remordimientos sí. Después de todo, por eso estás aquí, creo. Sus conciencias son un tanto menos dolorosas, sus palabras un poco menos dañinas, y solo quizás me muestran a una niña atormentada en ocasiones. Me dañaste, hombre, me dañaste.

—Mañana volveré para tomarnos el café.

—El último, espero. Y si te encuentras a los niños, no los traigas, déjalos que duerman hasta tarde.

AURORA ELENA MONTES REBOLLO  
Cesar · Valledupar  
Taller José Manuel Arango

# EL ARMARIO OSCURO



El rayo de sol atravesaba la ventana bañando la mesa desnuda del comedor y el viejo aparador con las copas polvorientas. Ese mismo rayo moría sobre los pies de la mujer sentada en el piso. La mujer tenía las piernas recogidas y se abrazaba a ellas mientras sus ojos miraban a ninguna parte. Junto a ella el cuerpo de un hombre viejo estaba tendido boca arriba y un pequeño charco de sangre se había formado bajo su cabeza. El hombre tenía la piel verdosa y la cara marcada por cicatrices de varicela; vestía un pantalón azul turquí, una camisa blanca con estampados rojos y mocasines marrones. Sus manos eran ridículamente pequeñas; en una de ellas llevaba un anillo de mujer. Ella hizo un movimiento con la cabeza y miró al hombre. Con un dedo tocó el charco de sangre que ya estaba gelatinoso, lo miró, lo olió y pasó su lengua por él. Después se levantó, caminó cuatro pasos a la derecha y se paró frente a un espejo de cuerpo entero que colgaba de una pared sucia. Se acomodó la blusa dentro del pantalón y ajustó la correa. Volvió a la mesa del comedor y recogió el bolso. Sacó un labial y se pintó sin mirarse al espejo. Lo guardó nuevamente y abrió el bolsillo más grande del bolso, ahí estaba la pistola. Aún se sentía el olor a pólvora.

Le gusta sentarse en el banco grande porque le cuelgan los pies y ella puede entonces moverlos y jugar con ellos. Lo hace mientras muerde el *Bonbonbum*; lo que molesta a su madre, porque mientras los otros niños lamen y se entretienen largo rato con el dulce, ella en diez minutos se come dos. El banco está a un costado del andén y permanece invadido por vendedores ambulantes. Su madre es una de esas vendedoras, su chaza llena de mercancía barata está cubierta de un plástico verde que las protege del sol.

La calle es una hilera de chazas con techo verde donde se puede encontrar toda clase de mercaderías mientras un enjambre de gentes circula con sacos de comida, alambres para cerca y utensilios de cocina. Ella acompaña a su mamá cuando no hay clases porque le gusta mirar a la gente subir y bajar por la enorme calle que palpita por el ruido de bocinas agónicas y voceadores que invitan a comprar, le gusta el olor que desprenden los aceites donde se fritan los chorizos en los fogones ambulantes y también le gusta mirar a su madre mientras trata de vender la mercancía diciéndole mentiras a la gente. Su mamá le muestra un vestido a una señora gorda que lo mira con poco interés, la mujer le señala un sostén con faja que cuelga de un gancho. Mientras la mujer toma la medida del sostén, su madre la observa morder el palito blanco del bombón. La mira con ternura y le lanza un beso, ella le sonrío desde el banco donde está balanceando sus pies, le sonrío y saca su lengua roja. La tarde está cayendo y su madre guarda ya la mercancía; le dice que recoja los juguetes, que su padre vendrá por ellas. Ella acomoda sus cositas en el morral y vuelve a sentarse en el banco. Alcanza a ver al hombre que viene en la esquina bajando por el andén, lo reconoce. El hombre sube las cajas de mercancía sobre la chaza mientras su madre lleva las botellas de gaseosa a la tienda. El hombre se le acerca, le acaricia la pierna y le da un beso en la mejilla, ella trata de ocultar el rostro tras el morral para limpiarse la saliva que le dejó el beso. El hombre vuelve a sobarle la rodilla, ella se baja del banco y espera a su madre con impaciencia. Ya han guardado todo y ella trata de agarrar la mano de su madre para irse a casa. Pero su madre se ha adelantado y es el hombre quien toma su mano pegajosa. Él, con esa mano rara que tiene.



DANIELA GUZMÁN GUTIÉRREZ  
Cesar · Pelaya  
Taller La Voz Propia

# EL REY DE AGRABÁH



Simón, rey de Agrabáh, quería un libro de cuentos sin letras, sin trazos, sin dibujos, sin nada.

¿Pero cómo sería eso posible?... Sus siervos y adivinos, magos y sabios, buscaron por todo el reino un libro de cuentos con estas características, pero no lo encontraban, ¿de dónde sacarlo?

Buscaron en plazas, campos, parques, cabañas, en las pocas bibliotecas del reino, debajo de cada cama, en los rincones de las casas, pero el cuento parecía no existir!

El rey, cada vez más enojado, dijo al oído del Primer Ministro, si hoy no me entregan mi libro de cuentos, serán ejecutados todos los escritores y sabios de Agrabáh.

El primer ministro llamó a sus consejeros y estos a sus heraldos; en pocas horas, todo el pueblo se enteró de la fatal determinación. Niños, jóvenes, adultos y ancianos, temerosos.

Se comprometieron a tratar de encontrarlo.

Pasados tres días, y al no obtener respuesta a su requerimiento, el primer ministro recibió la orden de arrestar a todos los escritores y sabios del reino.

Esa mañana el rey, que llevaba más de seis meses sin poder dormir, debido a su obsesión, recibió la visita de un extraño personaje. Después de las reverencias de rigor y de postrarse ante el rey para recibir su atención, le dijo:

—Rey de Agrabáh, señor de estas tierras, tengo lo que deseas.

El rey lo tomó por el cuello y comenzó a exigirle que le mostrara el libro de cuentos; a punto de morir asfixiado, el recién llegado entregó un cuaderno nuevo, que guardaba dentro de sus vestidos.

El rey lo abrió apresuradamente y descubrió que estaba en blanco... ni un letra, dibujo, trazo, nada... nada.

—¿Qué dice este libro?...

—“Ordena liberar a los presos y lo sabrás”.

El primer ministro recibió la orden y de inmediato la ejecutó, minutos después el rey se abalanzó nuevamente contra el hombrecillo.

—No aceptaré órdenes de nadie, dime qué dice ese libro, pero dímelo ya...

—Escucha bien lo que dice: “Rey de Agrabáh, entrégame todo lo que tienes, tus tierras, tus ganados, tu reinado, o sufrirás los misteriosos rigores del juicio final”.

El rey abrió desmesuradamente sus asustados ojos y exclamó:

—¿Cómo ocurre esto, ese libro me está mandando?

—Estas son las consecuencias de leer el libro de cuentos sin letras, sin trazos, sin dibujos, sin nada.

En una mazmorra olvidada del palacio, Simón, reía a carcajadas, mientras continuaba la lectura interminable del libro de sus sueños.

Así es como Liam Graham gobierna en Agrabáh...

YERALDÍN MEJÍA DÍAZ  
La Guajira · Riohacha  
Taller Cantos de Juyá

# HUELLAS EN LO PROHIBIDO



*La única cosa importante en la vida son las huellas de amor,  
que dejamos atrás cuando tenemos  
que dejar las cosas sin preguntar y decir adiós.*

ALBERT SCHWEITZER

Mis amoríos con Gloria fueron cortos. No porque así lo quisimos. Fue su suegra, que se convirtió en sabuesa, no la dejaba en paz, hasta que logró separarnos.

Nos veíamos en misa. Me lanzaba miradas tiernas e insinuantes, me guiñaba el ojo entre el cabello y el velo; yo le quería corresponder y me encontraba con los ojos de doña Elda. La suegra la cuidaba a sol y sombra, debido a los comentarios mal intencionados y envidiosos que las vecinas deslenguadas le hacían de su nuera.

Y es que Gloria, mala fama sí tenía. Las mujeres del barrio le apodaban La acaba hogares, La buscona, La culo suelto, La horizontal, La perra, La fulana, La care'bruja, La mujerzuela, entre muchos otros. Yo le decía: "Mi potranquita", por su caminar arrebatado e inconfundible. Acelerada siempre. Ella era joven, de escasos veinticinco años, aparentaba mucha ingenuidad; de rostro menudo, ojos exóticos y mirada penetrante; me hacía salir de la piel. La nariz aguileña y una boca bien delineada, parecía un pico. Lo único que no me gustaba de ella era su sonrisa de dientes diminutos y

separados. La primera vez que me sonrió, observé cómo se desdibujaba su rostro, entonces entendí de dónde salía el apodo de La care'bruja.

Un día pasó por mi casa moviendo su trasero africano y robándose las miradas de todo el vecindario. Los dos sabíamos que ese vaivén de caderas era un coqueteo para mí.

—Buenos días, Gloria.

—Buenos días, don Manuel —respondía, con voz aterciopelada, camuflando un “Yo quiero contigo”.

Apenas iniciaba mi suspiro cuando escuché la voz de la suegra:

—A las mujeres casadas no se les mira tanto —refutó doña Elda.

Como siempre, salía de lugares inimaginados.

—¿De qué habla, doña Elda?

—De la manera en que mira a la esposa de mi hijo.

—Solo saludaba —expresé con fingido enojo—. Yo soy un hombre de respeto.

Y así, muchas veces, la perseguidora suegra rompía los momentos mágicos: en la iglesia, en el parque y en la tienda de la esquina, no daba oportunidad a nada. Entre Gloria y yo todo estaba dicho.

Cierto domingo llegué más temprano a misa. La iglesia estaba casi vacía. Unos cuantos feligreses oraban por el perdón de sus pecados, mientras yo paseaba la mirada buscándola. Estaba en la fila del confesionario, detrás de la suegra, con un vestido blanco que le llegaba a la altura de las rodillas; agarraba el velo con las manos, y su mirada me quemaba. Quedé inmóvil cuando la vi venir hacia mí, caminé hacia el lado derecho de la iglesia y me detuve debajo de la imagen de san Martín de Loba.

—Hola.

—¡Qué hermosa estás!

Le miré los labios de forma insinuante y posé mi mirada en su busto pequeño y bien formado. Creí que se iba a sonrojar. Ante mi provocación, introdujo el dedo índice en su boca y empezó a lamerlo. Miré para todos lados por si alguien nos miraba, cosa que a ella no le importaba. Pasó su humedecido dedo por mi boca y mi reacción fue tocarle su feminidad; para mi sorpresa, estaba totalmente expuesta. Mi sangre empezó a irrigar con más fuerza en todo el cuerpo. Ella, calmada y sonriente, tomó el control de la situación, sacó un papelito de sus pechos y lo metió en el bolsillo de mi camisa. Dio la vuelta, no sin antes fijar su astuta mirada en mi notoria expresión física. Doña Elda seguía confesándose y ella volvió a tomar el lugar en la fila.

No tuve equilibrio en la misa. Saqué el papel que Gloria metió en mi bolsillo y observé un número telefónico con un beso rojo encima; esto terminó de volverme loco. La miraba y ella me hacía señas que yo no entendía por el estado de alborozo en que me encontraba; se pasaba la lengua por los labios y yo sudaba como un adolescente. No supe cuál fue el sermón, mis manos estaban frías y mi mente imaginaba las múltiples formas de poseerla.

Terminada la misa, aproveché la multitud y me dirigí al patio de la iglesia, creí haber entendido una de tantas señas que me hizo. Al instante estaba detrás de mí. Probé el dulce sabor de sus besos, sentí el olor a manzanilla de su ensortijado cabello recién lavado, toqué su piel trigueña en cada curva debajo del vestido blanco y el velo cayó al suelo de tanto afán que traíamos. Cuando creí que iba a tocar el cielo:

—¡Gloria!

—¡Mi suegra! —Recogió el velo mientras yo quedaba paralizado—. Escóndase en los baños.

“Vieja bruja”, pensaba con los puños apretados, mientras corría lejos del alcance de la entrometida suegra.

—Te busqué en toda la iglesia.

—¿No puedo ir al baño sola?

—Juan José está de viaje.

—¿Por eso no puedo ir al baño?

—Debo estar pendiente de ti.

—¡No soy una niña, deje de cuidarme! —expresó molesta mientras entraba a la iglesia para luego dirigirse a casa de su suegra.

—Es por tu bien, no quiero comentarios sueltos.

Gloria levantó los ojos al cielo en señal de resignación.

Duré un tiempo prudente sudando en el baño; con la ropa empapada planeaba cómo deshacerme de la suegra de mi amada. Al salir de la casa de Dios lo hice sin remordimientos, pensaba que el cura, tal vez, había hecho peores cosas allá adentro.

La suegra vivía en la misma acera de Gloria, exactamente a tres casas de distancia. Yo vivía diagonal, en un apartamento pequeño, después de mi separación decidí quedarme solo. No esperaba conocer a esa mujer, me robó la calma. Unos meses atrás llegó al barrio, después de casarse con Juan José, el único y mimado hijo de doña Elda. Juan la adoraba y nunca creyó en tantos chismes que le decían de ella. Desde novios. Muchos decían que Juan José se casó virgen, pues nunca le conocieron novia, nada más a Gloria, quien con sus múltiples episodios de cama obtuvo la destreza para

idiotizarlo. Ella no era santo de la devoción de la suegra, pero la toleraba por no pelear con el hijo.

Gloria era todo lo contrario a lo que aparentaba, tenía cara de Semana Santa, pero caderas de carnaval. Coqueta y fogosa como ella sola, hacía gestos de niña buena y en realidad era perversa.

No supe cuántas veces marqué el número del teléfono ese día, sin obtener respuesta. Después del calor del mediodía, el cielo se encapotó anunciando una tormenta que no cayó hasta que la noche abrió sus puertas. Llovió hasta escurrir el cielo. Se fue la energía eléctrica y la soledad en las calles era absoluta. Yo estaba impaciente. Volví a marcar, esta vez con mejor suerte:

— Buenas noches.

La voz sensual al otro lado de la línea me sacó de control.

— Buena noche, habla Manuel.

— Creí que no me llamaría.

— Perdí la cuenta de las veces que he marcado.

— Apenas pude despegarme de mi suegra.

¡Ay, esa voz me volvía un ocho!, me llevaba, me traía: ¡qué mujer tan sensual! Hablamos durante varias horas, nos conocimos mejor, nunca habíamos tenido tiempo de hablar bien. Me contó de su niñez y adolescencia; me explicó que la cicatriz que tenía en la mano izquierda era producto de una quemadura cuando era niña, desmintió la versión de las señoras del barrio, quienes argumentaban que era un ácido que le echaron por andar con un marido ajeno.

Le conté de mi separación, de mi trabajo como abogado, y tuvimos la sensación de conocernos desde hacía tiempo. Me invitó a su casa esa noche, quería que llegara desnudo; dijo que la puerta estaría abierta para que entrara enseguida.

Esperamos a que se hiciera tarde hablando por teléfono; me decía palabras sucias al oído que ejercían su poder afrodisíaco, me incitaba con *meloserías*, al punto de llegar a desesperarme por tenerla. No era bonita doña Gloria, era ardiente, y eso la hacía llamativa para todos los hombres, se le notaba en todo, hasta en el caminar.

Su despedida por teléfono fue:

— ¡Te espero ansiosa!

Salí con un pantalón de pijama corto en franela, planeaba quitármelo a mi llegada. Aún lloviznaba; sentí el frío del piso mojado en mis pies y la brisa en toda la piel. Yo era presa de la felicidad, ¡por fin solos! Crucé la calle

y llegué a su casa, la reja estaba sin candado. El barro del jardín se pegaba a mis pies; todo estaba muy oscuro. Mi masculinidad estaba en todo su esplendor; bajé mi pijama hasta los muslos y casi muero de la impresión: unas manos ásperas y pequeñas se prendieron de mi órgano reproductor, tiraban con fuerzas, con intención de arrancármelo.

De entre las plantas del jardín salió la suegra; estaba al acecho.

—¿Quién eres, desgraciado?

No pude quejarme, pues la vieja reconocería mi voz.

—¿Vienes a robar o te espera mi nuera?

Forcejeé con la obsesiva suegra, traté de empujarla, pero ella me sometía, prendida ferozmente de mi miembro; lo retorció, lo jalonaba. Dimos vueltas por casi todo el jardín en aquella batalla muda. Atemorizado, decidí zafarme acosta de lo que fuera, un hombre de tanto prestigio no podía quedar en evidencia. Solo pensar que ese chisme llegara al despacho me acobardaba. Le puse las manos en el pecho y la empujé con todas mis fuerzas, hasta que logré tumbarla. Subí mi pijama y salí corriendo despavorido.

—¡Un ladrón, atrápenlo!

La vieja gritaba como loca y yo corría como alma que lleva el diablo, en dirección contraria a mi casa, para no levantar sospechas. Por suerte, la energía eléctrica llegó en la madrugada y pude aprovechar la oscuridad para dar la vuelta a la cuadra y regresar con mucho sigilo a mi hogar. Una vez en mi cama, más tranquilo, comencé a sentir el ardor del maltrato recibido de doña Elda. ¡Vieja desgraciada! Mis amoríos con Gloria eran imposibles. Tuve la sensación de estar masticando vidrio durante horas, y sacándole la madre a la entrometida anciana me quedé dormido.

Al día siguiente vi la puerta de la casa de mi amada abierta. La pesadilla de suegra estaba con ella.

—Buenos días. ¿Cómo amanecen?

—Buenos días, don Manuel.

—Adelante— me invitó doña Elda—. Tómese un café.

Me pareció extraña la invitación, pero acepté.

—¡Ay, don Manuel, anoche casi me roban! —dijo Gloria con su acostumbrada expresión de inocencia.

—¿Cómo así?

—Se metió un hombre.

Puse cara de asombro mientras doña Elda me entregaba un café

—Así como lo oye, era un tipo alto —expresó la sagaz señora, escudriñándome—. ¿Usted cuánto calza?

—¿Por qué la pregunta, doña Elda?

—El tipo tenía unos pies grandes como los suyos

Dejé salir una fingida carcajada. La vieja bruja estaba segura de que era yo. Me tomé el café y me despedí. Cuando estaba en la salida, sentí la voz detrás de mí:

—Anoche, después que se fue el tipo, fui a mi casa, regresé con una lamparita, le eché harina de trigo a una de las huellas que dejó y la tapé con mi abanico de mano.

Volteé la mirada hacia el interior de la casa. Los ojos de Gloria la delataban, se le notaba el susto.

—Ojalá atrapen al ladrón.

La vieja se vino detrás de mí y, una vez en el jardín, me dijo:

—Ponga su pie aquí en la huella.

Increíble, ahí estaba mi pie pintado con el blanco de la harina.

—Yo no soy Ceniciento —me hice el ofendido—. Usted a mí me respeta.

Salí de la casa y de la vida de Gloria para siempre. De la noche anterior, aún sentía el ardor de la piel donde me haló la suegra sabuesa. Preferí alejarme de los problemas.

Han pasado muchos años y todavía conservo en mi billetera un pape-lito arrugado con un número telefónico y un beso rojo encima. La huella de un corto amorío prohibido en el corazón y la certeza de que el honorable miembro, a *jalonazos*, nadie lo arranca.



ANNY KATHERÍN SÁNCHEZ DÍAZ  
Norte de Santander · Cúcuta  
Taller RELATA Cúcuta

# EL MONSTRUO DEL ARMARIO TIENE MIEDO



Todas las noches era lo mismo: “Que no quiero ir a dormir, mamá”. “Que sí, Ignacio”. “Que no”. “Que sí y no lo repito”. Y cuando mamá decía “no lo repito” se ponía cantaletera insoportable. Al final, a dormir solo; mamá ya no me dejaba dormir con ella: “ya estás bastante grande, Ignacio”, decía, y cuando no me quería tomar la sopa, ahí cambiaba a: “aún eres un niño, Ignacio”. Mamá dice lo que le conviene, y yo creo que le gusta tener la cama para ella sola, ni a Mango lo deja montarse, y eso que él le hace piruetas para ablandarla. Pobre, tampoco le funciona. No sé cuál es el motivo por el que Mango le menea la cola para que lo deje subir a la cama, pero mi motivo sí que es grave, gravísimo, es de vida o muerte. Se trata de un monstruo grande, que no se lava las orejas y que nunca se corta las uñas. No es que lo haya visto directamente, pero he visto su sombra rascándose las orejas y he escuchado su rasguñar y sus rugidos de monstruo. A las diez en punto empieza, arañando la puerta del armario, luego da unos golpes suaves y después... ruge.

Anteayer, justo el último día de clases, pregunté a mis amigos qué hacer. “Déjale dentro del armario un balde con agua y jabón para que se lave las orejas”, me dijo Marlon. “Mejor déjale una tarea de matemáticas bien difícil”, dijo Catalina. “Lo que necesitas es una carta amenazadora”, dijo Katty. “A mí me gustaría que me dejaran una bolsa llena de dulces; mi papá dice que eso se llama ‘soborno’ y que siempre funciona”, dijo Pepito. Da miedo intentar todo y que nada funcione: no quiso lavarse las orejas y el agua con jabón la dejó intacta. La tarea de matemáticas solo la hizo

hasta la mitad. La carta amenazadora se la comió y solo dejó en un rincón del armario migas de papel llenas de saliva color verde. La bolsa de dulces sí la dejó vacía y el armario como un cochinerito, pero en la noche volvió. Miré al armario dos horas pensando: “es hora de tomar cartas en el asunto”. Enfrentaría al monstruo y para hacerlo armé un kit antimonstruosdelarmario.

Me haría millonario vendiéndolo en la escuela y en muchas otras escuelas cuando regresáramos a clases o cuando mamá me quite el castigo por decirle que no iría a mi cama: una semana sin usar el teléfono. Cuando venda muchos kits me compraré un teléfono bonito. De seguro otros niños tendrían el mismo problema en todo el mundo y el kit será su solución.

**KIT ANTIMONSTRUOS DEL ARMARIO:** Armé el kit con una linterna, bombas de agua, jabón líquido, perfume, flores (imaginé que a los monstruos no les gustan) y mi remedio para el resfriado, ese que sabe a manzanas podridas. Estaba listo. Faltaban diez para las diez y me había vestido con un conjunto deportivo negro, como veía en la televisión. Respiré profundo y conté hasta diez, hasta veinte, hasta cincuenta... Y ya faltaban cinco minutos para las diez. Tomé el cerrojo de la puerta y lo deslicé. Estaba oscuro. Prendí mi linterna y alumbré, pero aún no veía a nadie. Mi armario se veía muy grande; caminé sigilosamente sin ver al monstruo. Junto a mi camisa favorita vi un pie, de uñas largas, escondido detrás de mi uniforme de la escuela. Lo alumbré. Con la mano temblorosa halé mi uniforme y alumbré con la linterna. Ni siquiera se me ocurrió gritar; tenía enfrente al monstruo del armario y no era como lo imaginaba: era de color naranja, sin un solo pelo y con nariz de zanahoria.

Nos quedamos mirándonos y ahí sí que gritamos. Salí de mi armario decidido a nunca volver, cerré la puerta y la tranqué, pensé ir con mamá y recordé sus amenazas de esa mañana: “una sola palabrita, señor, y lo dejo durmiendo en la calle”. En la calle estaría peor; al monstruo lo tenía encerrado en el armario. No dejó de rugir esa noche ni las siguientes, y supe que debía enfrentar al monstruo (era mi armario y no el suyo. Nunca le di permiso de dormir en él). Me armé de valor, alisté mi kit de antimonstruosdelarmario, dispuesto a atacar antes. Si el monstruo siempre llegaba a las diez, yo debía llegar primero que él.

**CÓMO ATACAR A UN MONSTRUO:** entré en mi armario a las 9:30 p. m. con suficiente jabón líquido “limpia todo”, para sus orejas. Lo atacaría con jabón. Esperé treinta minutos eternos hasta que vi una luz y escuché unos pasos. En la poca luz creció su silueta con algo en las manos, que no veía bien. Esperé silencioso, pasmado del miedo, sudando frío. Cuando lo

tenía muy cerca presioné la boquilla del jabón y sentí que disparó. ¡Había dado al blanco! La silueta del monstruo se cubrió la cara, enjabonada, y yo seguí ahí, en silencio, aterrado, esperando una pregunta o una respuesta, sin imaginar lo que haría. Y fue cuando él empezó a llorar y no supe qué hacer, siempre escuché que los monstruos no lloran.

MANUAL PARA CONSOLAR A UN MONSTRUO: 1. Mantener la calma. 2. Sobarle la barriga en forma circular. 3. Seguir manteniendo la calma. 4. Cantarle una canción.

Seguí estos pasos cuando empezó a llorar desconsoladamente. Tenía miedo, pero me sentía culpable. Así que lo primero que se me ocurrió fue sobar su panza. Mi corazón latía a mil sobando esa piel lisa y gruesa. Seguía llorando, le canté la canción de mi abuela; dejó de llorar, pero salió corriendo y lo perdí de vista. No sabía si buscarlo o volver a mi cama. Empecé a alumbrar con la linterna. Descubrí sus pies detrás del disfraz ninja del año pasado.

“¿Qué haces?”, pregunté. “Deja mi armario”, insistí a su silencio. Su voz opacó la luz: “no puedo, es mi lugar de sueño asignado”. “¿Lugar de sueño?”. “Sí”. “¿Como tu cama?”. “Sí”. “Busca otro”, le pedí. “Cada monstruo tiene su armario, no se puede cambiar”. “¿Qué traes en la mano?”. “Mi almohada y mi cobija”. “¿No vienes a asustarme?”, pregunté, y él respondió: “Tú eres quien me asusta”. “Entonces ¿por qué arañas mi armario?”. “Me pican las uñas, perdí mi cortaúñas hace mucho”. “¿Y por qué lo golpeas?”. “Me aburro”. “Y ¿por qué ruges?”. “Es mi estómago, me da hambre”. Vi cómo movía su pie nerviosamente. “¿Por qué no sales?”, me atreví a preguntar. “Tengo miedo”. “Y yo tengo miedo de ti”, le dije. Me miró triste y preguntó: “¿Entonces qué hacemos?”. “Tengo una idea, juguemos piedra, papel o tijera: si gano, te vas de mi armario; si ganas, te dejaré quedar”. “Me parece bien”. “Después de tres: piedra, papel o tijera. Uno, dos, tres. El monstruo sacó su mano de detrás del disfraz, extendida igual que la mía. Ambos sacamos papel. Sacamos varias veces lo mismo. “¿Qué haremos”, preguntó la voz nerviosa del monstruo. “... Quizás podemos compartirlo”, dije. El monstruo se quedó en silencio. Salí del armario con sueño y dormí sin miedo por primera vez en mucho tiempo.

Quería hacerle muchas preguntas la noche siguiente. Conocía a un monstruo, vivía en mi armario. El día se me hizo larguísimo: nada en la televisión y llovía toda la tarde. Mamá me mandó a dormir a las nueve y esperé una hora sentado en mi cama. A las diez en punto abrí mi armario y entré. Busqué al monstruo hasta las once y me fui a dormir con muchas

preguntas y desperté igual: ¿a dónde se había ido? ¿Habría conseguido un traslado de armario? ¿Y el nuevo monstruo? Pasada una semana, al recordar que antes había comido dulces, compré un litro de helado de brownie y lo dejé junto a una carta de “bienvenido a mi armario”, como ofrenda de paz. Esperé poco, lo vi salir de una puerta que no sabía que existía en mi armario. Se comió el postre en un bocado. Tomó la carta, la miró, la olió y la devoró. ¡Tanto esfuerzo y se la había devorado! Salí y con voz suave le dije: esa es... era mi ofrenda de paz. Él se asustó, brincó, se pegó en la cabeza, se puso a llorar y yo de nuevo le sobé el estómago diciéndole: “No te asustes, quiero hacerte compañía”. Era más alto que yo, pero sentado se veía de mi altura. “Cómo te llamas”, pregunté. “Phill”. “Por qué te comiste mi carta, Phill, era una carta de paz para ti”. “Estaba deliciosa, la otra tenía un sabor amargo”. “Me alegra que esta te haya gustado. Phill, ¿por qué me tienes miedo?”. “Porque unos humanos parecen fantasmas y otros perdieron su corazón, hablan un lenguaje horrible y raro. Solo los niños nos pueden ver. Los monstruos somos muy tímidos, pero sí nos lavamos las orejas”. Entonces lo vi niño y me sentí grande.

Ni el monstruo ni yo tenemos miedo ahora, dormimos tranquilos y felices. Las cosas a veces no son lo que la gente dice y en cada armario de un niño hay un monstruo con miedo al que le gusta que le soben la panza. Cuando conocí al monstruo del armario, yo fui para él, el monstruo del armario y ambos teníamos miedo. Ahora he comprendido que mamá estaba asustada por muchas cosas; y por mí, que a veces ella necesita que le acaricien la pancita, que tengo ganas de crecer y conocer más allá del armario de mi vida, y que crecer no es no volver a ver los monstruos de la infancia, sino llegar a ser amigo de ellos.

ASCENETH BONILLA DE PAZ  
San Andrés, Providencia y Santa Catalina · Isla de Providencia  
Taller RELATA Providencia

# EL PASTOR



El pastor de un pueblo era muy estimado en su comunidad. Los feligreses le hacían caso, lo admiraban por ser muy humano, sus sermones eran escuchados porque, como buen orador, los tenía convencidos de que poseía el don de hacer milagros. Las feligresas veían en él a un hombre atractivo y además alegre, quien valiéndose de la admiración que ellas le profesaban las convencía y llevaba al campo o a la playa en sus tiempos libres, donde las hacía posar desnudas para pintarlas.

Luego vendía esas obras de arte; con ese dinero completaba su magro sueldo, para poder costear sus gustos y los de su familia. Era casado y tenía dos hijos.

Cuando quedaba en soledad pensaba: ¿qué pasaría si esto se llega a descubrir?... Sentía mucho miedo y remordimiento.

Una tarde, en la playa, sentado sobre la arena, miró al cielo y pidió a Dios que lo ayudara a dejar estos necesarios menesteres. Lo pidió con tanta fe que Dios lo escuchó.

El pastor miró hacia el horizonte y vio algo que le parecía un ave que venía volando... Era un demonio que llegó, suazzzzzzzzzzzz, y se lo comió.

AMPARO HERRERA SALAZAR  
Santander · Bucaramanga  
Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

## EL ATRAVESA' O



Alrededor de la lámpara Coleman, junto a sus hermanos, Ana escuchaba atentamente las historias de miedo que contaba su padre. No era de extrañarse que en ese pueblo se fuera la luz un lunes, cuando la noche apenas comenzaba. No era casualidad que hubiera salido la luna y que justo en frente de la casa se sintiera ese aire frío y las siluetas de los parroquianos, envueltas en sus abrigos, deambularan sin ser reconocidas. No había vecinos, salvo por una pareja de viejos que atendía el restaurante de al lado, sin niños, y que se alegraban cuando ella y sus hermanos pasaban por allí a preguntarles la hora o si conocían el nombre del alcalde, para una tarea, o si habían comprado *El Tiempo*.

Los niños jugaron al escondite desde que las luces se apagaron. Las sombras se apoderaron lentamente del juego, lo hacían tan inquietante que el corazón de Ana saltaba como el de un conejo asustado, mientras se ocultaba tras unos arbustos de higuera conteniendo la respiración para no delatarse. Luego corrió con todas sus fuerzas.

—Un, dos, tres por mí, ¡salvo la patria!

Clara, que había hecho el conteo sin mirar, con la cara tapada, de cinco en cinco hasta cien, se echó a llorar y el juego acabó. Ana era la última que faltaba por descubrir, la más pequeña. Clara no quiso aceptar su derrota.

Comieron y el padre encendió nuevamente la lámpara; toda clase de insectos nocturnos gravitaban alrededor de los niños. Siete, eran siete apenas; los demás, los hermanos más grandes, ya se habían marchado de casa en busca de su futuro o de su ruina particular.

—Papá, cuéntenos la historia del atravesá'o.

—¡Otra vez?

—Sí, otra vez —respondió el coro de niños.

El ambiente de la sala-comedor, iluminado solo en una pequeña parte, por la lámpara, recuperaba los rostros de los niños dejando todo lo demás en tinieblas, haciéndolos parecer más blancos de lo que eran; su palidez contrastaba con el rostro entre rojizo y oscuro del padre, sus azulados ojos y esas manos que para Ana eran negras y que con el paso del tiempo se le revelarían casi traslúcidas, desprovistas de esa otra piel de hollín que las cubrió durante tantos años de labor.

—Transcurrían los tiempos de la violencia —empezó a contar el padre—, siempre era peligroso salir en la noche y habíamos ido con el compadre Rey hasta una vereda que queda cerca del cruce de Guavatá. Yo todavía no conocía a Ema y trabajaba en el hotel de mi madrina; el compadre vino y me convidó a visitar a una tal Briceida de la que él gustaba, pues ella estaba de cumpleaños y al parecer sus papás ofrecerían una *moya* llena de chicha y abundante comida. Nos fuimos en un caballo que conseguimos prestado. Salimos al igual que el animal, desbocados, con la fuerza de nuestra juventud, sin tener precauciones de nada. Las riendas sueltas con el pensamiento fijo en Briceida. Yo la había visto en misa un par de veces; nunca descubría su rostro totalmente, al parecer obligada por sus padres a usar mantilla. Era alta, espigada como mis tías. Mi compadre pensaba en sus tobillos bien plantados, su caminar acompasado, y desde ese día que la vio bailar el torbellino en la plaza, con su hermano, ya no pudo suspirar por ninguna otra. El frío se iba apoderando del camino, las tinieblas no nos atemorizaban, pero había algo en el ambiente que obligaba a avanzar muy rápido, como huyendo. Una hora y media después llegamos a la casa. Dos gozques intranquilos salieron a recibirnos.

—Chispas, Aleluya, pa' dentro —gritó una mujer—. Sigán, no son bravos, no han mordido a nadie en la última semana —masculló entre risas.

—¿Y el caballo?

—Pueden dejarlo amarrado a ese árbol, ya les traigo algo pa' la sequía. Y continuó diciendo:

—Era la mamá de Briceida, una mujer de palabra amable, pero con un mirar tan agudo que con solo pasar la vista juzgaba a los visitantes. Adentro, la casa estaba llena de gente desconocida, mi compadre Rey recibió de manos de un niño una totuma y sin respirar bebió hasta el fondo. La mía la trajeron después. Yo traía mis temores y no quise beberla de una vez.

—Y, ¿por qué iban a caballo, papá, no había carros? —preguntó Ana.

—Pues cómo les parece que no. Por lo menos acá poco se veían. Además, las carreteras de ese entonces eran solo trochas por donde no pasaban sino cristianos de a pie y a caballo.

—Y ¿a qué le tenían tanto miedo? —preguntó Clara, mientras los demás permanecían callados y se desesperaban porque el padre no continuaba la historia.

La lámpara parpadeaba de vez en cuando y la madre lavaba los trastes mientras prestaba atención en silencio.

—Nos despedimos —continuó el padre sin responder a la pregunta—, con la noticia de que Briceida se casaría pronto, claro que con otro paisano. El compadre no pudo aguantar su desazón y se empujó varias totumadas de chicha, las que yo acompañé con mucho menos. Teníamos que pasar por el cruce de Guavatá de vuelta y ya con esos tragos en la cabeza las cosas no se verían igual. Pensamientos revueltos agitaban aún más al compadre Rey, quien apretaba las riendas y azuzaba de tal manera al caballo que perdía por momentos la orientación zigzagueando por aquella oscura senda. Negros arbustos parecían hablarnos o gritarnos en advertencia. De pronto algo se interpuso en nuestro camino, era un bulto blanco, algo sin rostro que se nos apareció de la nada. Un bulto grande, más grande que el tamaño de un hombre adulto. Un objeto que se movía de lado a lado quitándonos la voz y la borrachera. Rey intentaba esquivarlo invocando el padrenuestro y arreando el caballo, pero este, al parecer también asustado, ya no obedecía a su jinete.

Diciendo esto, el padre tomó una sábana escondida detrás de su asiento, se cubrió el cuerpo extendiendo sus manos por dentro, y moviéndose como el bulto mencionado en la historia tornó su voz misteriosa y le habló a los niños:

—Vengo del más allá a advertirles...

Los niños se pararon de sus sillas y entre el miedo y la risa esquivaron al padre, quien trató de cogerlos y continuó.

—Vengo del más allá a advertirles, ja, ja, ja, ja, que al que coja primero...

Y repitiendo esto varias veces los persiguió por la sala-comedor uno por uno, como jugando a la gallina ciega.

Los niños salieron corriendo puerta afuera en medio de la noche mientras el padre se retiró la sábana del rostro.

—Un momento, niños, no he terminado —los atajó el hombre—; el asunto es que Rey sacó un crucifijo que llevaba colgado al cuello y lo alzó, como desafiando aquella visión; aferrado a él, con los dedos pegados a ese



pedazo de metal, cayó desmayado encima mío. Yo me bajé con cuidado, tranquilicé al caballo, acosté al compadre atravesado en la bestia, volví a montar y proseguí mi camino a trote suave mientras desaparecían todos los temores y fantasmas. Al día siguiente mi compadre no podía despegar los dedos del crucifijo, el brazo lo tenía entumido y tuvimos que friccionarlo con manteca de marrano.

Todos rieron asqueados y siguieron jugando *cuclí*, hasta que la madre los llamó para dentro a dormir. Ya era muy tarde.

ARMANDO JAIMES PÉREZ  
Santander · Bucaramanga  
Taller RELATA UIS

# LA DISPUTA



En un tiempo yo llegué a estar muy urgido por conseguir dinero. Mi exmujer, al enterarse, me llamó para que fuera a su casa pues me iba a ayudar una vez más. “Ayudar” fue como ella dijo. Pero yo no estaba muy seguro de recibir esa “ayuda”.

Imagino que me llamaba desde la casa en la que viví con ella y hablaba desde el teléfono que compré para la mesa del comedor; para marcar hay que girar el disco de números. Me arrepentí de haberlo puesto en el comedor, porque siempre sonaba cuando era la hora de comer. “Buenas, ¿está Tere?”. “¡Se llama Teresa y no está!”. Ahora me arrepiento no solo de haber puesto allí el infeliz aparato, sino de haber comprado la línea, y tantas otras cosas, para abandonarlo todo en esa casa.

La verdad, mi exmujer no representa ningún peligro. Pero no me apetece ir a esa casa por evitar verle la cara risueña a Fredy. Ya he tenido un par de veces la misma sensación de romperle los dientes cuando se asoma a mi taller, con tan mala suerte para mí, que ha sido rápido en esquivar el martillo.

En mi mesón de trabajo puedo desenredar todos los circuitos eléctricos y desmenuzar las piezas mecánicas. Con el tiempo he formado un *banco* de partes sueltas y olvidadas que yo llamaría “trabajo pendiente”. Tengo una olla pequeña de acero en la que preparo café todos los días; utilizo el fogón eléctrico para hervir el agua. A los clientes les ofrezco una taza mientras yo hago mi parte. Aquí el café se toma cerrero para ahorrarme el costo del azúcar, pues el trabajo se ha venido abajo desde la aparición de los neumáticos “Teamwells”.

Fredy se moviliza en una moto Suzuki blanca 2016. El muy cínico ha venido en un par de ocasiones para que lo *despinche*. De los talleres fuera

de la ciudad escoge venir al mío. Una vez estuve por contratar a unos pillos del centro para que le hicieran una visita a la moto de Fredy. Pero esa visita significaba un mes de arriendo completo. El dinero me ha hecho muy reflexivo. Y me he replanteado, varias veces, conseguir un trabajo nuevo... Pero como en qué.

Con el tiempo, las posibilidades se van reduciendo. Llega el día en que terminas dentro de un garaje oscuro, entre un poco de chatarra con óxido y grasa o aceite regados por allí; y te sientas a esperar a que, de alguna forma, encuentres un poco de diversión. También con el tiempo echas de menos el *foliculo piloso*.

Necesitaba el dinero, sí. Para encontrarlo no me podía desanimar. Le comenté a unos colegas vecinos, pero me dieron un no como respuesta porque no les habían pagado en la empresa. Cuando les pagan, ya está todo comprometido. Y pasan dos cosas: o dejan de frecuentar el casino y las máquinas pagamonedas del centro, o se convierten en sus clientes frecuentes. En todo caso, uno los deja de ver.

En esos días sonó el teléfono de mi taller. La voz de Teresa me daba la noticia de que, muy pronto, pasaría a traerme el dinero. Que lo recibiera. Que no fuera orgulloso. Me preguntó que si he comido bien, y le dije que sí, que estuviera tranquila, que no me falta nada. Que no era orgulloso. Solo evito causar más molestias. Y le colgué. No volví a saber de ella por unos días. Yo evitaba pensar que jugaba con mis necesidades, que se hacía la de rogar, en fin, que me quería dar una lección. ¿Y si no fui muy claro con ella? A veces hablamos tanto con una persona que nunca logramos entender sus motivos. Poco a poco, entraban neumáticos por *despinchar* o alguien preguntando por una dirección que no era la del taller.

Tenía un material duro en la prensa y estaba por perforarlo con el taladro de mano cuando llegaron. Le di el último respiro a mi cigarro y lo apagué. No quería que Teresa me viera fumar.

—Henry, cariño, cómo estás —se quitó el casco y me besó en la mejilla—. ¿Para qué es el dinero que necesitas, y otra cosa, cuándo piensas ir por los libros que dejaste en la casa?

De ser otra, se los hubiera quedado, como una herencia cuando yo falte... Pero no es lo que ella espera heredar. Enseguida le sonó el teléfono y tuve la impresión de que sería incómodo para ella contestar en ese momento. Conozco los gestos de Teresa y eso Fredy no lo ha notado aún.

—¿Será que puedo usar tu teléfono?

—Está al fondo, en el cuarto de herramientas. ¡Busca el apagador detrás del armario...!

Teresa llegó al cuarto y encendió la bombilla. Fredy tenía el casco en la mano y no se alejaba de la moto. Estaba risueño como siempre. Entonces, comencé a taladrar el material en la prensa. Le mostraba a Fredy cómo se hace el trabajo. Apoyaba ligeramente la broca del taladro sobre la pieza metálica y la hacía girar. Hubiera preferido tener fija su cabeza en la prensa, para acercarle el taladro a la sien. Él seguía plantado allí, ligeramente recostado a la pared, sin alejarse de la moto. Solté la prensa para pulir con cuidado la pieza metálica en el esmeril. Luego, me fijé cuando él fue hasta el compresor a encenderlo y tuve que suspender mi trabajo:

—¿Qué vas a hacer?

—Le voy a poner un poco de aire a los neumáticos. Aprovechar que vine al taller...

—¡Al menos pide permiso...!

—¿Me das permiso, Henry?

De la ira le tiré la pieza metálica que había acabado de pulir. Con tal mala fortuna que, en lugar de ponérsela en la cabeza, fallé, y le di a la caja de automáticos. Hubo una explosión con chispas en la caja, y los automáticos se dispararon y dejaron el taller a oscuras. Teresa gritó desde el cuarto donde estaba hablando por teléfono. El esmeril dejó de girar. No se podía ver mayor cosa y nuestras siluetas se confundían entre el desconcierto. Como pude me las arreglé para caminar a tientas por entre el mesón de trabajo y la pared. De una patada tiré al suelo la motocicleta blanca de Fredy. Hubo más chispas de la caja de automáticos y se restableció la luz. Teresa gritaba desde donde estaba. Él se molestó mucho porque le había partido los espejos a la moto y pegó un salto de cólera. Con el casco me dio un golpe seco en la cabeza y caí al suelo. Allí se volvió a ir la luz. Luego los hechos se me han querido salir por esa herida. No sé si Teresa corrió a ver qué pasaba, solo sé que tenía a Fredy encima conectando múltiples puñetazos en el mismo golpe. Me protegía el rostro con los brazos y me daba en el estómago. Bajaba la guardia al pecho y me conectaba arriba otra vez. Teresa gritaba en alguna parte. Luego se levantó y me sacudió a patadas. La primera me dejó sin aire, la segunda me reventó la boca y luego vinieron las demás.

Me tenía bloqueado debajo de él. Simulé el muerto por unos segundos para demostrarle que había acabado conmigo. Saltaban chispas de la caja. En su descuido la luz volvió, le agarré la pierna y lo derribé tras un golpe bajo. En el suelo lo conecté unas tres veces, pero Teresa me tiraba por un

lado. Sin querer la empujé para quitármela de encima y la pobre cayó al suelo. La luz se fue y el tipo me derribó con un golpe rápido en la mandíbula. De nuevo se vino encima y me pegaba con más fuerza. Yo intenté escabullirme, pero no pude. Intenté agarrar algo, pero era como prender a un gato negro en un cuarto oscuro. Teresa llegó a separarnos, y uno de nosotros le dio a ella y la tiró al suelo. Eso nos enojó muchísimo. Recibí un golpe de Fredy que fue el fin para mí. Había sido contundente e hizo sonar las alarmas de un vehículo en camino. Él tuvo que haber seguido solo con la pelea, desengañándose contra el moribundo en el suelo.

—¡Suéltalo, Fredy! ¡Lo vas a matar...! ¡Suéltalo!

Al final, Fredy soltó mi cuerpo destruido. Tenía los nudillos de las manos destrozados como los espejos de la moto. No podía distinguir si había luz o no, porque sentía los ojos muy pesados y no los podía abrir. Pero escuchaba la voz de Teresa y las chispas de la caja de automáticos. No pude recuperar el aliento en ese momento, sino hasta mucho tiempo después. Sentía los labios hinchados y escupía bocanadas de sangre. Entonces, me desconecté de mi taller. De camino, la línea de mi vida se perdió por unos minutos. La hallaron en el hospital, en el monitor de los signos vitales. Aquí se habían encendido todas las luces. “Ha perdido mucha sangre...”. “¡El paciente es A Positivo!”. “¡Necesitamos un A Positivo en la camilla 13!”. “Un corte acá y acá”. “Bien, señora. Está estable. Se recupera”.

Escuché algo sobre mis dientes que no me gustó.

Cuando me pude levantar, lo primero que hice fue buscar un espejo. Trataba de sonreír para ver si faltaba algo. Pero creo que allí estaba todo, más o menos bien. La incapacidad decía 15 días. Al tercero no soporté más y, temprano esa mañana estaba abriendo el taller. Noté que Teresa había ido a hacer limpieza: lavó el baño y recogió las cosas que habían quedado regadas. Sé que fue ella porque había una fragancia en el baño; desaparecieron mis cigarros de la gaveta, y modificó completamente el orden en el cuarto de herramientas desordenándolo todo.

A Teresa la perdono porque, la muy noble, me dejó en el mesón de trabajo un sobre con el dinero que yo estaba indeciso en recibir. Una “ayuda”, como dice ella. La nota del sobre decía: *De parte de Teresa y Fredy. Por los daños causados.*

Con el dinero que me dio mi exmujer, le pagué a los pillos del centro para que le dieran al tipo una fuerte paliza.



# POESÍA



RICARDO ALFONSO PACHECO SOTO  
Atlántico · Barranquilla  
Taller Maskeletras

# EL CURSO DE LA MANCHA DE AGUA

## *HOMENAJE PÓSTUMO*



### Cercana

¿Sientes esta energía que se desboca del cuerpo  
y amaga con abrazarte la cara?  
¿Sientes el acero de mi sueño, caro a mis manos  
poco tuyas y temblando?  
¿Ocurre en tu cabeza la idea sin esperanza  
de encontrarnos?

Esta lanza de fuegos blancos  
se quiebra en mis vacíos cuando pareces verla  
se queda sin ganas de escocer los aires  
extraviándose en el polvo revolcándose  
en unas palabras sin plan  
en una manera repleta de estupidez  
de confianza banal

Y en vano me corrijo cuando te hablo de mí  
quizá mis ojos reverberan la hondura de un eco  
una articulación torpe las extremidades  
un bit de escándalo mi perfume cardíaco

Sería mejor tu carne accidental  
o con indiferencia  
o entregado en dones  
ya no construida de un vapor  
o cálidamente ajena

Pero luego la fiereza del terreno que es la vida  
con tanta piedra en el pecho  
tan cerca de tu línea de costado  
hurgo en esa niebla un pedazo de la espesura  
ionizando una poesía de cercanías  
de amistad inútil

Miro la madurez del rostro  
que sabes armar de una sola sacudida  
miro el mundo que te porta encima  
a una distancia que rebana mis entrañas  
y me vuelve una daga y un espejo  
y acuchillo mi reflejo  
que refleja mi suerte de años no contados  
apuñalo mi imagen que se mete en la muerte  
en lo que tú festejas con el sueño

## La fatiga del corazón

Cuando duerme el silencio es un planeta  
y la ausencia de su despertar  
mancha el aire con un hedor a animal

Me obligo a esperar hasta verlo recobrase  
mi alivio precisa ser atravesado  
por el túnel mineral de su propio corazón  
Temo a la vez por ese nuevo brote de viveza y ardor  
pues significa brillar para él  
y correr el riesgo de volver a enfermarlo

Estoy cansado como él de la misma postración  
quisiera destruirlo pero eso sería caer en mí mismo



profundamente me odiaría en el vacío  
de no morir

Por ello soportaré esta oscuridad  
y la vigilia de su cansancio después  
ya no será necesaria  
podré dormir entonces  
y *despertar* en paz

## Nunca antes el corazón

Nunca antes el corazón con hambre  
había soportado la austeridad  
procurándose una dentellada  
hasta de lo que fuera el rescoldo cobrizo  
de aquel pan de ayeres y grietas

Y volcándose con el carácter de la lluvia  
y persistiendo como el invierno  
como la fiebre en su resguardo

A su semen están cosidos los augurios  
trasminados desde la tortura  
y más allá desde los hielos despertares  
cadáver sollozo de puntas finas

En su bitácora un kilómetro de presión  
por cada día  
de pernoctación de bogar  
El parabrisas que grita fuegos sin llama  
como edades sin aventura  
los retrovisores ahogándose con el reflejo del mar  
fábula de perseguidor

Y en su última osadía desde el retrato digital  
umbroso cayó en su carne  
durmió subterráneo desvaneció las estrellas

## Pequeño viaje

Tuve que marcharme con la sombrilla raída con los espejos del cerebro  
copiando invariables  
en las espaldas de un montón de días sin ventura balsa tan espaciosa  
como un islote

para volver

Antes de la fuga por aire y roca me había lanzado al experimento de  
desandar y esculpir  
huecos con el fin de sortearlos

con las uñas

y cegueras

Me llevé tu pelo luna y el pubis cantor de ligeras canciones  
las calles de arena de mi cartera  
en cada hueco sembraba relojes La lluvia, el sudor, los orines permeaban  
sus flores

¡Cuerpos de velocidad!

Siempre había llorado por lo que se escurre de nuestras manos  
como un chorro de plumas en los circuitos del viento  
no regresa ya tal sino como un espectro  
tan vivo como la muerte misma  
pútrido como el tiempo  
mieles ácidos heridas a la cabeza que se engulle algún color de la  
memoria

por ejemplo el clan

Al regresar volví también Compacto el fuego en la raíz de una entraña  
humilde más en la palabra artificial  
vine a cuidarte y a brincar en tu océano  
a penetrar tus olores con una de las sonrisas del muy ayer

He ido lejos sin ti pero contigo regresé (paz de nuevo a las cosas)  
que esperabas además  
del horizonte

un cuerpo de hombre que se encimara el abrigo de su sombra  
abandonada entre tu sexo y tu miedo

cuando la fatiga del sol

y en un foso

sí

arrancada mientras contaba recuerdo con desesperación  
con los ojos cerrados

## Secretos

Por qué llegas como la electricidad  
los nervios quedan manchados de luz  
se alborotan los perros  
sacudes mi polvo

Cuando las lunas se callan  
porque sospechan los misterios  
secretos del deseo secreto

Y llegas nueva de barro  
de una era que se aglutina rápidamente  
y se transforma  
en fosforescencia

Mientras tanto no podemos  
condenar el futuro  
aunque nos arrope de hambre  
si sigue llegando tan vivo  
te mataría  
tendrías que matarme  
para que calle el misterio  
el secreto

FRANCISCO BÁRCENAS FERIA  
Córdoba · Montería  
Taller Grupo Literario Manuel Zapata Olivella

# PECHO DE PÁJARO



## Instrucciones para hallar un pájaro en el pecho

### I

Un pájaro con fuerte latido en sus alas  
cae en el abismo que llamas pecho.

Plumas de agua  
te hicieron recordar el silencio de versos antiguos  
pero no la parte de tu conciencia  
que le dio la facultad a tu mano  
en el sueño  
de quedarse con el pájaro mojado sobre ella.

### II

Cambia de ruta,  
elige otro fragmento que te obligue  
a resolver el ansia.

Cambia el recuerdo y su piel.  
Dale, por qué no, un color al pájaro  
que confunda sus alas con tu pecho.

Y vuelva  
abajo

profundo  
hasta encontrar sentido  
al pájaro de tu pecho.

## Salí por el ombligo de mi madre

Salí por el ombligo de mi madre  
y como un pez  
aleteé en un mar de sombras.  
Quise sentirme sucio  
hasta que me pesaran las manos,  
hasta no poder con el peso de mi cuerpo  
siempre en ascenso  
pero con las entrañas enterradas en el suelo.

Sembré el árbol del miedo  
con lo que dejaron mis pupilas en el barro  
y me prohibí caminar frente a él.

Sé caminar con la voluntad en los ojos  
pero no mantener fija la mirada  
en ningún punto.  
No en la noche que trae el gato en sus ojos.  
Sí en distorsiones pasajeras.  
Sí en agujeros negros.  
Sí en pájaros nocturnos.

MARIO ALBERTO BERMÚDEZ  
Norte de Santander · Pamplona  
Taller Rayuela

# RÉQUIEM



Se guarda una protección en el día señalado.  
No quiere esfumarse como la niebla jugando con el viento fuerte de  
oriente y occidente.

El estómago lleno sabe dónde pisar  
Dónde explotar.  
Ahora el rostro es rojo.  
Las venas si se tocan  
Derraman verdad complicada para los médicos astutos.

Sé que no sentiré la aguja.  
El formol se desplaza por los ojos secos  
Mientras contraigo mis caderas a romperse.

Te amaría si suplicaras.  
Te amaría si llorando dijeras mentiras.  
Te amaría si murieras.

En algún lugar se observan las tablas uniéndose.  
El cajón guarda los últimos cabellos de la cabeza y fumamos el globo  
terráqueo quebrado.  
¿No serás tú esa misma clave de sol que necesitaba mis gritos?  
¿No serás tú asteroide y yo fugaz piedrita cayendo?

Te amaría si congelaras los tiempos amarillentos.  
Te amaría si mi muro se ensuciara en serio.  
Te amaría si yo no existiera jamás.

Los descansos son solo puñados de colores en agua sucia.  
Los descansos son fiesta fúnebre desde que naces hasta que mueres.  
Los descansos se abren, se encierran, descuartizan y crecen.

Mi dulce mirada se desvanece.  
Y los de la morgue morbosean el que fue una vez mi cuerpo.  
Unos leves movimientos...  
aterrojan a la muchedumbre.  
Otros ríen sin parar los actos teatrales.  
Me sostienen entre cuatro personas y me siguen a mi nuevo hogar.  
Duermo.  
Permito que me vean.  
Una fama se describe con recelo en los bostezos de la gente.  
¡Cantan con fervor tontas y miserables canciones y me arrugo de rabia!  
Ciertos cortes en mi piel...  
Según amigos: Son rayones de niños maltratados por la guerra .

Te amaría si no me pusieras condiciones  
Te amaría si soy lo que ahora soy.  
Te amaría si después odiara.  
Te amaría si el amor deja de ser.

Hoy es ya mi tiempo  
Los arbustos se enredan en mí  
Cadáveres toman vida y jamás lavaré sus desgracias.  
Hoy complicando los dibujos luminosos mi religión es destruida y reinará el polvo cósmico.  
Ya mañana mi recuerdo cumple mis amoríos y juego a vivir de nuevo.

Te amaría si el universo en mis manos duerme.  
Te amaría si repito lo necesario.  
Te amaría si volando sueño en alguna ocasión que yo te amé.

JOSÉ ALFONSO VERGARA HERAZO  
Sucre · Sincelejo  
Taller Páginas de Agua

# ABCDIARIO AL DESNUDO



## Perseguido

Todas las personas me ven desnudo  
y entonces  
me brotan las imperfecciones,  
el intento por tapar todo con mis manos resulta ser un acto de salvación  
fallido,  
un salto al vacío que se queda corto.  
¡No, no, no!  
No quiero entrar en el juego colectivo de la ignorancia,  
no quiero oír sus opiniones sobre mis días,  
su percepción social respecto a lo que pienso debajo y detrás de las  
escenas.  
Por eso salgo corriendo para dar un grito de libertad, de progresismo, de  
un ego que ya es grande, de rebeldía.  
Salgo corriendo para buscar dentro de mí las razones.  
Y me pierdo.

## Reloj-es

Permítenos ver la hora,  
creo que nos atrasamos en el tiempo,  
el mundo se ha conjugado en ti.



Te vi y se empezaron a dormir los contextos  
quedaste tú  
sola, incandescente, sólida,  
todas las rutinas que había tenido duermen en la palma de mi mano,  
imponiéndote tú como la nueva y única.

Te veo y me voy a casa en medio de esa aurora,  
en el letargo de todos los que van por la calle  
sin hablar,  
sin correr,  
sin tus firmas.

Con los ojos recargados de tanto,  
contagiados de tanto,  
enamorados de tanto.

Permítenos ver la hora porque creo que nos atrasamos en el tiempo,  
y tu recuerdo es el altar  
de los que te vimos pasar sin tacones,  
de los que no llenamos los papeles del “protocolo”  
y nos ha tocado dibujarte.

Permítenos ver la hora porque creo que nos atrasamos en el tiempo,  
y tu recuerdo son las páginas del infinito.  
Estamos viajando sobre caparazones de tortugas,  
y hemos llegado a la estación primavera,  
vemos cómo tus pasos han hecho grietas en la avenida,  
y en el viento has abierto el camino que se le olvidó a las gaviotas,  
nos hemos enredado en las roturas del aire  
y a mi reloj  
se le calló la manecilla delgada.

Permítenos ver la hora porque creo que nos atrasamos en el tiempo  
y perdimos unos instantes.  
Porque los libros se han caído,  
la palabra descriptiva es catástrofe  
y nadie puede salvarnos de tanto daño.

Ya no creo que pueda arreglar este atraso,  
ya no creo.  
Si sigues paseándote frente a mis ojos con tanta lentitud,  
si vuelvo a evidenciar la escena en que te sueltas el pelo.

Ya no creo que pueda arreglar mi reloj  
si frente a mí te vuelves a morder el labio inferior,  
no creo que mi psicóloga me ayude,  
no creo que dejes de ser eterna.

Entera.

Persistente en esta revolución de pensamientos que manifiesto en letras  
que llevan tu nombre.



# NODO CENTRO



Arauca · Boyacá · Caquetá ·  
Cundinamarca · Guaviare · Huila · Tolima



# CUENTO



VÍCTOR CAMILO RONCHAQUIRA GAMBOA  
Arauca · Arauca  
Taller Arauca, Lee, Escribe y cuenta

# GUERRA INTERNA



Íbamos por la calle con un caminado clásico de mentiroso en carnaval, teníamos pinta de domingo y el cabello sin peinar. La gente nos miraba como si no entendiera tal situación.

—Ya es medianoche —dije y por un momento recordé esa medianoche en la selva.

—¡No, oye!, son las doce del mediodía.

—¡Nooo! Mira el cielo, obviamente es medianoche —le repetí y volví a sentir la respiración de ella, sus palabras, su mirada.

—¡Te digo que nooo!, son las doce del mediodía.

—¡Bueno, ya!, como tú quieras —acepté, pero empecé a pensar que hoy debía ser el día.

Yo y mi otro yo seguíamos discutiendo por cualquier cosa. Íbamos rumbo a mi casa. Recordaba esos tiempos en los que mi otro yo gobernaba nuestro cuerpo de manera arbitraria.

Él fue el mejor estudiante en nuestro liceo, el mejor politólogo de su promoción y, después, el mayor mercenario de su frente guerrillero.

Desde que pisó una mina todo se le derrumbó. Sus camaradas del frente nos abandonaron con nuestra pierna izquierda colgando.

Ya casi llegábamos a la puerta principal de urgencias del hospital, que queda a dos cuadras de nuestra casa, y a mí, al ver el arma de uno de los guardías, me recorrió una sensación de escalofrío. De repente, mi otro yo cogió su fusil calibre 7,62 mm y comenzó a disparar. Sentía en ese momento que las balas nos rodeaban, el piso temblaba y éramos el blanco más fácil que un tirador desearía. Alcanzamos a recibir dos disparos, pero su espíritu guerrero y nervios de acero nos mantenía de pie. Mi otro yo, al verse

desprotegido, salió corriendo hasta el semáforo para poder cubrirse, y en el transcurso de su huida la prótesis que revestía nuestra pierna averiada se atascó y caímos como papas. Mientras mi otro yo trataba de pararse, veía por última vez, de rodillas, cómo los soldados nos encañonaban sin ningún tipo de piedad; entonces volvió mi mal hábito de cerrar los ojos en un momento de crisis. Segundos después, sentí el olor a plomo proveniente del cañón de una pistola y en seguida escuché un disparo.

—¿Joven, me ayudarías a cruzar la calle, por favor? —nos dijo una viejita que iba caminando a nuestro lado.

Caí en la cuenta de que lo anterior solo habla sido un breve juego de mi mente.

—No, gracias, no quiero que se me peguen sus gérmenes —le respondió mi otro yo.

—No hay problema, abuela, nosotros la llevaremos —intervine antes de que la viejecita nos insultara.

—No, mejor no. Deja de fumar esas cosas, hijo —dijo la abuelita mientras nos abandonaba. Le conté a mi otro yo lo que había sentido hacía un rato, y le pregunté si él había sentido lo mismo.

—No sé de qué me estás hablando, tal vez la viejecita tiene razón: deja de meter esas cosas, hijo.

Yo no presté atención a lo que él decía, pues para mí había sido tan real como esas noches de tormenta en las que no podíamos dormir por miedo a una emboscada del ejército.

Era la última cuadra antes de llegar a casa; un señor que cojeaba más que nosotros nos pidió candela para prender su cigarro. Mientras trataba de buscar mi briquet, mi otro yo le preguntaba, de manera imprudente, al señor sobre su pierna, que cuál era su problema y a cuál de sus dos piernas pertenecía.

—Cuando yo era soldado, un combatiente guerrillero, de esos sanguinarios, me apuñaló la rodilla derecha quince veces de manera circular, dejando casi como un colador mi articulación —dijo el señor, un poco incómodo, pero con mucha calma en sus palabras. Mi otro yo analizó la situación casi que con una sonrisa.

Yo saqué mi briquet y, para evitar que mi otro yo siguiera molestando al señor, lo prendí. El señor puso su cigarrillo en los labios y se acercó a la flama de manera lenta, haciendo que su cara tomara un color anaranjado.

Mientras eso ocurría, mi otro yo fantaseaba la situación que narraba el hombre como si él fuese el guerrillero que le descuartizó la rodilla. Él se lo

imaginaba como una emboscada, en la que el único del escuadrón que no había sido degollado era este señor. Mi otro yo proyectaba en nuestra mente cómo entraba en el sector del campamento del ejército, y lo vio recostado sobre su chinchorro. Sin preaviso le apuñaló la rótula con tal fuerza, que se escuchó una implosión ósea que lo trajo de nuevo a la realidad.

Terminé de prender su cigarrillo y me despedí del señor con un apretón de manos. Él me agradeció con una venia, o eso creí, su cojera me era confusa. Me di vuelta y caminé, mi otro yo tomaba el timón de nuestro cuerpo. Siempre se había caracterizado por ser crudo y calculador, sin corazón.

Abrió la puerta de mi hogar y soltó un “¡gran hijueputa!” a todo pulmón que hizo que retumbaran mis oídos. No observé bien, pero al parecer a mi otro yo se le había quedado nuestro celular en el centro terapéutico, en el consultorio del siquiátra encargado de nuestro caso.

El “¡gran hijueputa!” seguía retumbando en mis oídos cuando subíamos a nuestro cuarto, en el cuarto piso, sin probar bocado, sin prender luces, sin quitarnos ninguna prenda, sin más, que un “Hablamos mañana” de su parte. Se puso en el borde de la cama, nos dejó caer y se durmió. Ahí fue cuando yo me paré, entré al baño y me lavé el rostro. Mientras me iba secando la cara con una toalla de papel me miraba en el espejo, y cada vez que cerraba los ojos por el roce de la toalla, se plasmaba en mí la imagen de ese día en el que mi otro yo era el verdugo de aquella camarada, la mujer que más había amado. Ella era la única en el campamento con la que yo podía sentir gusto de hablar, ya que, al igual que yo, la llevaron a ese sitio obligada.

Él la mató porque la camarada había quedado embarazada, y las reglas de la revolución no permitían este tipo de situaciones. Así que, sin pensarlo y sin preguntarme siquiera, se hizo pasar por mí en la noche de guardia de un lunes, mientras yo dormía, y con su fusil la asfixió contra un árbol de mango. Me desperté justo antes de que ella tratara de decir sus últimas palabras: “¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por...?”.

—¿Por qué? —le pregunté esa vez, con más tristeza que rabia.

—Sabes cómo funciona todo aquí. Pero no fue por eso que la maté. La maté porque sabía que ustedes dos se amaban —me dijo entre risas.

Había pensado miles de veces en las palabras que mi maldito acompañante recitó en la muerte de mi amada, también miles de posibilidades para vengarme, y hoy, con mucho valor y odio en mis ojos, decidí clavarme un cuchillo al lado del corazón, así que me acerqué a mi mesita de noche,

saqué mi navaja, la levanté y en silencio repetí su nombre, puse la navaja con mucho cuidado justo entre mi corazón y mi hombro, con fuerza salí corriendo y me estrellé contra la pared. Mientras me retorcí de dolor, me puse frente al ventanal, y para asegurarme de su muerte me lancé al vacío.



NIXON FELIPE SANDOVAL FUENTES  
Boyacá · Jericó  
Taller Fernando Soto Aparicio (FERSOAP)

# JULIÁN, EL ALCALDE HONESTO



En cierta ocasión, en un lejano y pequeño caserío, en el cual había mucha pobreza, habitaba una familia que tenía dos hijos, uno de ellos muy alegre, confiado, bondadoso, pero sobre todo muy inteligente. Él se llamaba Julián, quien era muy querido por los habitantes de su tierra; hacía sus estudios secundarios en el colegio del pueblo al que llegaba después de caminar mucho por un camino de herradura. Un cierto día, después de salir de sus clases se quedó dormido en una silla del parque del pueblo. Pasó por allí un señor muy elegante y bondadoso, quien al verlo decidió despertarlo. Julián abrió los ojos muy asustado; el hombre le dijo que lo quería ayudar a terminar los estudios en otra ciudad. Julián aceptó, pero antes corrió a su casa a despedirse de su familia y se encontró con la sorpresa de que su hermana menor, quien tenía tres años, había desaparecido. Él se fue confiado en que la encontrarían; decidió irse de la casa, regresó al pueblo y se fue con el forastero, quien le ayudó con sus estudios universitarios en derecho. Al terminar, se dedicó a la política.

Después de muchos años volvió a su tierra. Se encontró que sus padres sufrían mucho porque pensaban que ya no era solamente su hija a la que habían perdido, sino también a su hijo porque no volvieron a saber nada de él. Julián les pidió perdón por el olvido, los llevó a vivir al pueblo y decidió postularse como candidato a la alcaldía de su municipio, y como la gente lo quería mucho ganó las elecciones. Pasaron dos meses, se posesionó a los seis, se casó y formó una bonita familia; además, le estaba yendo muy bien en su mandato.

El alcalde Julián estaba muy orgulloso de que las cosas le estuvieran saliendo bien en la gestión para su territorio, porque tenía en cuenta a los habitantes en cuanto a vivienda, salud, educación, servicios públicos, entre otros; pero había un problema que lo tenía bastante preocupado; era consciente de que él era demasiado confiado y honesto y pensaba que en cualquier momento podría llegar al pueblo una persona que se aprovechara de su buena fe.

Una mañana mientras desayunaban, le dijo a su esposa:

—Me considero el mejor alcalde de esta tierra, pero al mismo tiempo pienso qué pasará si alguno de mis empleados me traiciona. ¿Qué puedo hacer para encontrarle solución a este problema que no me deja dormir?

—Amor mío, si desconfías mucho, busca a una persona que te colabore y te ayude en los momentos difíciles de tu mandato.

—¡Tienes toda la razón! Ya pensé lo que voy a hacer: nombraré a una persona para que me colabore cuando alguien intente hacerme una mala jugada ¡Será mi mejor amigo y mi confidente!

La esposa le contestó:

—Sí, pero debes tener mucho cuidado a la hora de escoger a la persona honesta y de confianza. Debe ser una persona demasiado justa, educada, inteligente, que tampoco la vayan a engañar.

Después del diálogo con su esposa, el alcalde salió de su casa a la alcaldía, reunió a sus diez empleados y les dijo:

—Cada uno de ustedes debe buscar tres personas de las más honestas del pueblo y citarlas a mi oficina dentro de tres días.

Así lo hicieron.

Tres días después se reunieron en la sala de la alcaldía treinta personas. Él les dijo lo siguiente:

—Los necesito para un favor, quiero que recorran todas las veredas y otros municipios, incluso otras ciudades, serán muy bien pagados si alguno de ustedes busca a la persona más inteligente de todo el territorio. De todas las personas que ustedes me traigan tendré que elegir a mi hombre de confianza, tienen que decirles que yo, el mejor alcalde que ha tenido este municipio, los espera en esta misma sala el próximo sábado, el día de mercado.

¡A trabajar, porque no hay tiempo que perder!

Las treinta personas salieron en motos, carros pequeños y recorrieron hasta las tierras más lejanas. Un mes después se reunieron en el salón principal del pueblo muchísimas personas deseando escuchar lo que el alcalde

Julián tenía para decirles. Llegaron personas de toda clase: ricos, pobres, jóvenes, viejos, profesores, mineros, agricultores... todos muy contentos, con el fin de conseguir un empleo y ser la persona de confianza del alcalde.

El alcalde, sentado en su silla, les habló con una voz gruesa y seria.

—Creo que todos ustedes son personas muy inteligentes, pero les cuento que solo puedo quedarme con uno, voy a hacerles una prueba y el que la logre será nombrada mi persona de confianza y mi leal amigo.

Todos quedaron asombrados y en aquel salón no se escuchaba absolutamente nada. El alcalde les explicó:

—La prueba es la siguiente: cada uno debe responder diez preguntas con toda la sinceridad y honestidad, yo sé cuando alguien está mintiendo. El que lo logre será mi mano derecha.

Entonces comenzó el reto. Ellos no imaginaban que existía un aparato para detectar mentiras; ya había pasado más de un centenar de personas y ninguno lo lograba, cuando de pronto apareció una mujer que respondió todas las preguntas sin mentiras, se ganó la confianza del alcalde, y con el paso del tiempo y de contarse sus vidas, descubrieron que era la hermana que había desaparecido cuando estaba pequeña y a la cual una pareja de gitanos había raptado por los alrededores de su casa. Le contó que había sufrido mucho hasta que decidió escapar.

Por último, la llevó a casa de sus padres para que la reconocieran; ellos lloraron de felicidad por este reencuentro y se quedó a vivir con ellos y ayudó a su hermano para que su pueblo fuera uno de los mejores de la región.

RAMIRO OCTAVIO SALDAÑA FONSECA  
Caquetá · Florencia  
Taller Maniguaaje

# LA ÚLTIMA PELEA DE MI PADRE



El gancho de izquierda sobre su mentón fue tan fuerte, que aquel hombre negro, fornido y enorme se desplomó sin la más mínima resistencia. La gente no lo podía creer. Mi padre, que hasta hacía unos momentos daba brinquitos y lanzaba puñetazos al aire con la izquierda y la derecha, se quedó pasmado viendo cómo el gigante de ébano caía rendido frente a él. Todo fue un caos.

El tío Juan, un hombre cadavérico y bilioso que siempre acompañaba y azuzaba a mi padre en esas peleas, se quedó en silencio y comenzó a beber y a fumar desesperadamente. “¡Levántate, levántate!” , gruñía mi padre. Había mucho en juego y si aquel mastodonte negro no se ponía de pie él y el tío Juan estarían en serios problemas. Mi madre y yo observábamos en silencio.

Dos o tres segundos más tarde, con esfuerzo, el recién noqueado comenzó a levantarse. Trastabillando, y atontado aún por el tremendo izquierdazo, logró ponerse de pie en medio del ánimo de la gente que lo rodeaba. Mi padre, al oír el alboroto, bebió un enorme trago de cerveza y comenzó de nuevo a lanzar golpes mientras observaba cómo el Hércules de color tomaba un segundo aire para seguir peleando.

El tío Juan, más amarillo y seco que nunca, expulsaba bocanadas y bocanadas de humo al tiempo que seguía alentando a mi padre dándole palmaditas en la espalda. Mi padre, por su parte, continuaba dando salticos sin sentido que más parecían pasos de un bailarín novato que armas de defensa de un peleador consagrado. Mi madre, visiblemente enojada, trató de decirle algo para hacerlo entrar en razón, pero él se le adelantó y

con un contundente: “¡mujer, déjame!” consiguió que mi madre se alejara un poco y se quedara viéndolo con esa expresión que siempre tienen las mujeres para decirnos a los hombres lo estúpidos que somos a veces. Ahora pienso que, si las miradas noquearan, mi madre hace rato que hubiera terminado aquella pelea.

La contienda, entonces, comenzó de nuevo en medio de la algarabía de la gente. Mi padre sudaba como un caballo. Estaba nervioso. Nunca antes ni después de esa pelea lo vi transpirar de esa manera. De pronto, sus ánimos disminuyeron y ya no daba brinquitos ni lanzaba puñetazos al vacío. Ver que aquel hombre había quedado tan mal lo llenó de angustia. Lanzó aquella mueca que se le dibujaba en la cara cada vez que todo estaba perdido. El tío Juan se me acercó con sigilo, y con un tufo marchito me susurró al oído: “Mijo, si ese negro no se levanta nos va a tocar a tu padre y a mí empacar maletas e irnos a vivir muy, muy lejos”.

Sonó una campana y los ánimos se calmaron un poco. Mi madre huyó hasta la cocina. La casa apestaba a cerveza, cigarrillos y crispetas quemadas. Yo no sabía si darle ánimo a mi padre, o ir con mi madre para decirle que a mí tampoco me gustaban las peleas (aunque eso fuera mentira). “Eso es de puros salvajes”, decía ella. “Y tu tío, en lugar de alentar siempre al pendejo de tu padre, debería convencerlo de que hay otras maneras de solucionar los problemas”. Y tal vez tenía razón.

Sonó otra vez la dichosa campana y la gente comenzó a gritar de nuevo. “Con tanto maldito alboroto, no demoran en enojarse los vecinos y llamar a la policía”, sentenció mi madre mientras volvía de la cocina. Los dos hombres, en efecto, habían reanudado su lucha. Mi padre estaba inmóvil, con la mirada perdida. Simplemente apretaba sus puños. El tío Juan, en cambio, ahora gritaba como loco: “¡Defiéndete, marica, defiéndete!”. Fue entonces cuando llovieron golpes de todas direcciones. Le caían en el rostro, en la cabeza, en el estómago, en la espalda, en los brazos. Fueron tantos y tan fulminantes, que hicieron que mi padre se desplomara sobre su sofá favorito. Era un sofá de cuero cuarteado color marrón, cubierto por una manta de muchos colores y ubicado justo en frente del primer televisor a blanco y negro que tuvimos en casa.

“¡Levántate, negro, levántate!”, gritaba desesperada la enclenque humanidad del tío Juan, mientras se tomaba la cabeza con ambas manos. El cigarrillo y la botella cayeron sobre la alfombra preferida de mi madre. Mi padre, pálido y sin brillo en los ojos, se quedó mirando fijamente la

pantalla del televisor. “*Cinco..., seis..., siete...*”. “Levántate, por favor, levántate”. “*Ocho..., nueve...*”. “Maldita sea, Carlos, perdimos”. “*Diez, ¡fuera!*”.

Tres meses después de aquella pelea, mi padre me regaló en mi cumpleaños unos guantes de boxeo. En ese momento él ya no vivía con nosotros. Ni él ni el tío Juan, al que jamás volvimos a ver. Comimos ponqué y me preguntó cómo me iba en el colegio y esas cosas. Luego me puse los guantes y jugamos un rato. Yo golpeaba con fuerza las palmas de sus manos, y él me susurraba cómo debía moverme, defenderme y lanzar golpes. Minutos más tarde, mi madre, luego de recordarle lo de la cuota alimentaria, lo despachó con esa mirada que noqueaba estúpidos.

(En 1971, Muhammad Ali, el boxeador más grande que ha dado la historia de este deporte, perdía en Las Vegas con Joe Freizer en la llamada “pelea del siglo”. Solo perdió cinco peleas en toda su carrera).

JUAN ESTEBAN QUINTERO  
Cundinamarca · Cota  
Taller Voces del Majuy

# BRUMA



Se veía tan lindo, tan tierno entre el humo. Acostado, pálido, quieto...

Cómo no enamorarse de su figura cuando cerraba los ojos, cuando no se movía. Así, sencillo, calmado, rígido y despeinado.

Soy pálida. A veces me siento tan blanca como la bruma que se posa en la montaña. También soy fría, no es que tenga un carácter seco, sino que mi piel es helada. Pero no siempre fue así.

Todas las mañanas me miraba en el espejo, miraba mis ojos marrones. Escuchaba a Carlos cantar en la ducha mientras preparaba el desayuno. Cantaba cosas indescifrables en un inglés incomprensible.

Carlos fumaba, no lo culpo, yo también lo hacía. Me fastidiaba el humo en el pelo, el olor a tabaco en la casa, la densa bruma que distorsionaba la luz de las lámparas.

Cuando Carlos salía de la ducha, se vestía, se afeitaba y se perfumaba tanto que el olor a tabaco se camuflaba un poco. Se ponía su traje, prendía un cigarrillo sin filtro, se sentaba con mala cara a esperar el desayuno.

Me decía que su trabajo era una mierda. Que todos en esa oficina eran una manada de pervertidos, una gran bandada de locos actuando como cuerdos.

—Algún día, entre noviembre y enero, nos vamos a escapar —me decía, mientras servía un tinto negro en su pocillo favorito.

—¿Irnos a dónde?

—¿Ves la copa de la montaña? Allí. Entre el bosque que está en la cima y la delgada línea que forma un camino divisorio —me decía mientras me abrazaba por la cintura señalando la montaña.

Desayunaba, cogía su maletín, yo le arreglaba la corbata y salía por la puerta trasera. Prendía el carro, y dentro de él otro cigarrillo. Nada descajaba del ritmo habitual.

Me bañaba. Peinaba mi cabello negro, liso, largo y suave. Recibía la correspondencia y preparaba el almuerzo.

En la noche, Carlos llegaba con cara de puño, tumbaba todo a su alrededor. Se convertía en la furia divina, en una orgía de golpes. Danzábamos discordantes, de un lado de la casa al otro, mientras mi cabeza rebotaba por todas las sudorosas paredes del lugar que llamábamos “casa”.

Los días pasaban así desde que nos mudamos solos. Desde que legalizamos el martirio que, por cuestiones sociales, nos obligaba a estar juntos.

Fue en una mañana de octubre, cerca del día de brujas, cuando me levanté totalmente pálida. Mi piel estaba helada, mis labios ya no eran rojos.

Mientras Carlos se duchaba, yo intentaba preparar el desayuno. Tenía rabia y no sé qué me pasó esa mañana. Me sentía tan triste, tan poseída por el miedo y la desesperación, que no pude cocinar. Estaba bloqueada, vacía. Me senté en el sofá marrón de la sala, cuando salió del baño. Me encontró ovillada, con la mirada puesta en su cuadro más reciente. Tenía los ojos desorbitados, bizcos, sin rumbo.

Carlos caminó hacia mí rompiendo el humo del cigarrillo mentolado que tenía entre mis dedos. Me gritó cosas que en el momento no pude digerir, seguro ofensivas.

Salió en el carro, se marchó con prisa y probablemente con hambre.

En la tarde me dieron ganas de ser bruma, de ser el viento que pasaba por la montaña, de acariciarla suavemente. Me dieron ganas de ser humo, de volar libre, de desvanecerme. Me dieron ganas de no ser nada.

Volví a la realidad. Me sentía hecha trizas, pero con una sonrisa. Resignada con mi vida. Pensaba tener hijos, criarlos a mi imagen y semejanza, tal vez en la montaña, que se rodearan de vegetación, o de pronto en un pueblo calmado, un lugar sano para poder levantar una mísera generación de niños. Así pasé el día, con tranquila desesperación.

Cuando cayó la noche, Carlos llegó a la defensiva. Tiró todo a su paso, una orgía de golpes, la ira divina. Maltrató mi cara con las fuertes puntas de sus nudillos.

Lo persuadí para que nos acostáramos. Con la luz apagada, semidesnudos. Se veía lindo, tan tierno entre el humo. Acostado, pálido, tan quieto. Y cómo no enamorarse de su figura cuando cerraba los ojos. Cuando no se movía. Así, sencillo, calmado, rígido y despeinado.



Lo abracé. Acaricé su cara, besé su cuello, desbroché su camisa de cuadros. Se volteó, me miró con desprecio, como si él fuera un niño y yo su juguete, su granja de hormigas. Me puso sobre su cadera y procedió a pintarme el cuerpo con el transparente sudor de sus manos. Le cogí el pelo, le agarré una mano. Besé su frente y saqué sigilosamente de mi mesa de noche el cuchillo.

Pasé la mano por su cara mientras él, en el placer que le daba mi cuerpo, se transportaba a otro mundo, a una realidad abstracta. Puse el cuchillo en su garganta. Lo pasé de un lado a otro como tocando violín; él, abriendo los ojos estallados, susurró en mi oído una frase sin sentido.

Volví a pasar el cuchillo por su cuello, esta vez con más fuerza, con más rabia y odio.

Me alejé arreglándome la camisa, viendo la sangre que se derramaba sobre su pecho, sobre su silueta. Viendo la sangre como si fuera viento, como si su cuerpo fuera montaña. Me miró por última vez con un gesto despreciable, cayó en un sueño retardado, en una sinfonía de sin saberes.

Se veía tan lindo, tan tierno entre el humo. Acostado, tan pálido, tan quieto...

Cómo no enamorarse de su figura cuando cerraba los ojos. Cuando no se movía. Así, sencillo, calmado, rígido y despeinado.

MARIO CASTRO IBARRA  
Cundinamarca · Chía  
Taller de Narrativa La Tinaja de Chía

# FRANCISCO, ¿DÓNDE ESTÁS?



Al fin respiró aliviada. Con un esfuerzo casi sobrehumano empujó a Francisco hacia un lado liberándose de su peso. Definitivamente ya no estaba para esos trotes. Como siempre, Francisco la había engatusado con sus *meloserías* y su picante lengua, y había logrado “eso” a lo que ella se había resistido durante una larga temporada: ¡Casi tres años!

Se pasó el dorso de la mano por la frente y comprobó que había sudado... ¡copiosamente! “Hacía mucho que no sudaba”. Era como si su piel marchita se transformara en gruesas escamas que taponaban sus poros, sellándolos.

“¡Pobre Francisco!”. Debía estar muy urgido para haberse inventado esas historias con las que a pesar de todo se rindió. Nunca había sido buena para el sexo, ni lo había disfrutado como hasta ese momento. Algo en su interior le reclamaba airoso por cada prenda que arrancaba de sus carnes temblorosas y culpables. Ni hablar de las palpitaciones, los ahogos de éxtasis y esa fuerza inusitada que hacía estremecer sus caderas en la búsqueda de un “complemento” gratamente devorado y que le empujaba el ombligo desde las entrañas. Sentía que iba a desbaratarse.

Esta vez no sintió esos ardores desesperados y esas urgencias que no admitían aplazamiento. Todo fluyó sin sobresaltos, pero *in crescendo* y con una pendiente tan suave que le pareció un orgasmo especialmente diseñado para ella; para ella que era tan recatada. “¡Tan idiota!”. Sí, eso era lo que era, una perfecta idiota. Nunca fue capaz de reclamar para sí el disfrute

de una sexualidad abierta y sana y sin tapujos con Francisco, su marido de hacía sesenta años.

Francisco debió quedar muy satisfecho, pues no lo sentía. Sin embargo, él no había sido el Jorge Negrete de otros años. Extrañamente se había quedado quieto sin bromear ni mordisquearle la barbilla en recompensa por los favores recibidos. Por eso tuvo que echarlo a un lado.

“Se habrá dormido el muérgano”, caviló despreocupada, mientras con dificultad se acomodaba dándole la espalda a Francisco. En estos momentos y por estas épocas ya no debía temer otro ataque por la retaguardia. Francisco yacía boca arriba con una sonrisa de oreja a oreja mirando fijamente al techo con los ojos abiertos. Lo miró de arriba abajo; su miembro dormía tan plácidamente como él. De repente, Sofia se giró impulsada por un presentimiento. Desesperada y aún sudorosa, le apretó el pecho a Francisco para reanimarlo. Como pudo se incorporó apoyándose en el antebrazo, y tomándolo por la quijada lo zangoloteó sin resultado. Con una angustia que no la dejaba gritar, apenas balbuceó:

—Francisco, ¿dónde estás?

No había duda, Francisco no se había venido, se había ido.

MIGUEL ANTONIO PEÑA PEÑA  
Cundinamarca · Fusagasugá  
Taller Manuel María Aya Díaz

# AL COMPÁS DE UN SORBETE



Durante toda la semana, Gonzalito el viejo no podía apartar de su mente la imagen del féretro con el cuerpo de Gracielita, en medio de una iglesia donde solo estaban él, el cura y el sacristán.

Gonzalito el viejo hacía esfuerzos por recordar cuándo habría sido la última vez que Gracielita salió de su casa. Tal vez en los últimos cincuenta y tres años, desde aquella tarde en que regresaron de su luna de miel, ella no se había vuelto a asomar a la puerta ni para abrirla, pues, cuando alguien llegaba de visita, usaba una cuerda que halaba desde el fondo del zaguán y que corría la cerradura.

Lo que él no sabía era que, aunque Gracielita permanecía sola en su casa todo el día —vale decir, sin la compañía de Gonzalito el viejo—, con frecuencia tenía a alguien de visita. Ya fuera la comadre Magoía, alguno de sus sobrinos o simplemente algún vecino de las casas cercanas o hasta de las más alejadas del pueblo.

Todo aquel que visitaba a Gracielita lo hacía con una única intención: enterarse de los más recientes sucesos, públicos o privados, que hubiesen acontecido en ese pueblo durante el día anterior o durante la última semana.

Casi ningún evento se escapaba del conocimiento de Gracielita; por eso, casi siempre, la única manera de enterarse de algo era visitándola.

—¿Qué cuenta de nuevo, tía?

—Nada, mijita. Para una por acá encerrada, todos los días son lo mismo. Entre cuidar el solar, las matas del patio y arreglar la casa, no queda tiempo para enterarse de nada.

—Pero cuénteme, tía: ¿quién se ha casado, quién se separó, quién se ha muerto?

—No sé, mijita. Por ahí supe que...

Y así empezaba siempre un largo monólogo en el que Graciélita iba contando, a veces sin que se lo preguntaran y aun antes de que el visitante supiera que lo quería saber.

Que Emanuel, el carnicero, anda metido otra vez en líos de faldas y que por eso lo volvió a echar la mujer de la casa y que Emanuel se fue a vivir donde la Rosalba; pero que eso no dura mucho porque la Rosalba no se lo aguanta, y porque la mujer vuelve y lo perdona.

Que la hija de la maestra Rita metió las patas con el hijo de un obrero de la empresa que construye la carretera y el Roberto lo atacó con un cuchillo cuando se enteró, pero que no lo hirió porque los borrachos de la cantina del cojo Elías se lo impidieron.

Que vinieron los de la Fiscalía y allanaron la casa del alcalde, que dizque buscando pruebas de unos dineros que recibió de un soborno o que se robó del municipio —No me quedó claro, mijita—, pero el caso es que parece que pronto lo meten a la cárcel y, ahí sí, el jodido es el pueblo.

Que fue de cáncer de páncreas que se murió el hijo de Parmenio. ¡Y con lo jovencito que era! Además, qué tristeza, era el primero de la familia que pisaba la universidad y, pues, era la esperanza de todos para salir de pobres.

Que también se murió Marujita, la que vivía por los lados del Amoladero; pero es que ya tenía como noventa años, y con lo enferma que estaba... también ya era justo.

—¿Cómo hace usted, tía, para enterarse de todo lo que pasa en este pueblo si nunca se asoma ni a la puerta?

—No sé, mijita. Noticias que me traen los angelitos... o a veces el diablo.

Sí. Graciélita era comunicativa, pero ¡preparaba un sorbete de curuba! De esas curubas frescas y felposas que ella recogía de una mata grande y frondosa que tenía en el solar, y que batía con leche en esa licuadora vieja ubicada siempre en el mismo lugar del mesón y que cubría con un pequeño vestido de tela florido, con un moño en la parte de arriba y un encaje en la parte de abajo, como formando una falda. Era una delicia verla preparar el sorbete sin interrumpir, para nada, el recuento de todo aquello que había pasado en el pueblo durante el día anterior o la última semana.

Todo lo sabía Graciélita... menos la suerte que corrió Gonzalito el joven desde aquella mañana en que atravesó la puerta de la casa para ir a buscar trabajo a la ciudad. Desde entonces, no se ha vuelto a saber nada.

Mientras arreglaba el solar o componía las macetas de los novios, Graciélita siempre pensaba con melancolía en Gonzalito el joven. Sin embargo, un acuerdo tácito entre todos los que la visitaban, para enterarse de los últimos eventos, impedía que alguien le preguntara por su hijo. Era un tema que ella no tocaba y, por lo tanto, los demás tampoco. El recuerdo, la ausencia y el desconocimiento de su paradero no se notaban para nada en el rostro de Graciélita, pero todos sabían que era un pensamiento constante en ella. Al contrario de los chismes, de esa nostalgia se enteraban todos sin necesidad de que ella lo dijera.

Otra cosa que tampoco sabía Gonzalito el viejo era que, llegadas las seis de la tarde, más o menos, Graciélita no recibía visitas de nadie porque se iba para la cocina a preparar la cena para él, que llegaba cansado por haber salido en la madrugada para ir a la finca a ocuparse del ordeño y visitar a los vecinos. Luego, de regreso, una vez que había dejado las cantinas en la casa con Graciélita, iba a visitar a sus amigos, pasando por la alcaldía, la tienda de Juan, la comadre Emilia, el billar de Antonio y tantos otros lugares, y a ella le gustaba escucharlo contándole su día, durante la cena, después cuando tomaban el tinto, y aun mientras las últimas sombras acariciaban la luz de la vela, ella escuchaba el arrullo de su voz, que le ayudaba a conciliar el sueño.

Durante toda la semana, Gonzalito el viejo recordó con un sentimiento mezclado de tristeza y cariño que aquella noche, como a las ocho, recién acabados de meter en las cobijas, cuando él le contaba todo lo que había visto o escuchado durante el día, como todos los días, ella lo interrumpió con ternura, lo miró fijo a los ojos y, acomodando su cabeza en la almohada, le apretó la mano y le dijo:

—Adiós, viejo.

Con un suspiro tan fuerte, tan profundo y sonoro, que Gonzalito el viejo supo al instante que su amada Graciélita se había despedido para siempre.

Como lo habían discutido tantas veces, sin velorio alguno, porque Graciélita no creía en esas cosas, Gonzalito el viejo habló con el cura y se programó el sepeño para esa misma mañana. No tuvo tiempo y ni siquiera se le ocurrió avisarle a nadie. Tal vez por eso, pensó Gonzalito el viejo, la iglesia estuvo tan vacía.

Lo que Gonzalito el viejo no sabía era que nadie se había enterado de la muerte de su esposa porque —cosa muy rara— nadie había ido por esos días a visitar a Graciélita para enterarse de los últimos sucesos del día anterior o de la última semana.

SALOMÉ COHEN MONROY  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Cuento Ciudad de Bogotá

# AGOSTO



En abril le empezó a quedar en los dedos un polvo fino, suave, casi traslúcido. Se pasaba las manos por la piel de la espalda, las piernas, el pecho. Y siempre el polvo. Y la rasquiña el día entero. Le preocupaba que la gente notara sus ganas de rascarse, de arrancarse la piel, entonces terminaba haciendo un movimiento involuntario en el que pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro, de un pie al otro, de un pie al otro, hasta que sus amigas de fútbol le preguntaban ¿Qué te pasa?, ¿quieres ir al baño? Y ella decía No, y ellas volvían a lo suyo pensando que tal vez era ansiedad por el partido que iban a jugar.

Su mamá también le había preguntado ¿Qué te pasa?, y ella había dicho Nada. Y la mamá insistía porque había visto el polvo que volaba cuando sacudía la ropa. Y ella trataba de esconderlo. No se sentía enferma, no quería que ningún doctor la viera, pero la mamá insistía de nuevo. Entonces fueron a consultar.

El doctor, un viejo, dijo Usted tiene dermatitis, una condición permanente que deberá controlar con cremas. Cuando ella levantó los ojos del piso notó que el doctor no las miraba y que la mamá tenía la cara fruncida en un gesto de preocupación. El doctor le entregó una fórmula, todavía sin mirarla, y dijo Vuelva para un control.

En mayo todavía faltaban días para el control, y ella sabía que las cremas no eran remedio. Pasaba los días en la casa que compartía con su mamá: sentía que ya no podía jugar fútbol como antes: aunque había bajado de peso no se había vuelto más rápida. Y le aterraba la idea de chocar y romperse. O chocar y desmoronarse. Se sentía frágil y ya no iba a entrenar.



Veía a su mamá limpiar la casa, tres veces al día, frenética, y ella trataba de soltar menos polvo, procuraba moverse poco y rascarse menos, pero a veces ciertos lugares inalcanzables de la espalda la podían desesperar. Se estiraba, se contorsionaba, no quería llamar a su mamá, no alcanzaba, y al final solo le quedaba en los dedos polvo, como tierra fina, seca.

Y en las sábanas.

Y en las esquinas de la habitación.

Y en la novia que se alejó.

La novia que era dulce. Que la visitó el día del doctor, que dijo Cuidate la piel, usa las cremas, mejórate —a ella no le gustó eso que dijo, no le gustaba la idea de cuidarse—. La novia que la llamó cuando no fue al partido y la consoló, pero que cuando la besó no soportó la sensación de agua de mar seca en la piel. La que trató de ver más allá de *la enfermedad*, pero que definitivamente no pudo volver a recorrerle la espalda con la lengua. Que no pudo volver a esa casa, cada vez más turbia por el polvo que flotaba.

Se armó con una excusa para dejarla. Dijo Has cambiado mucho desde que te empezó la enfermedad, ahora eres amarga. Y aunque fuera verdad que había cambiado, no era que se hubiera vuelto gruñona o amarga. Incluso estaba más tranquila, más queda. No le importó mucho que la dejara la novia, o eso dijo. Extrañaría, sí, que le metiera el dedo en el ombligo y le dijera que qué profundo era, que también le gustaba entrar así en ella. Pero trató de olvidarlo y volver a su rutina. Fue a jugar fútbol con sus amigas. Quería pretender que nada había cambiado, que no había polvo, pero ellas la miraban sin esconder el pesar que sentían. Imaginaban que las ojeras, lo delgada, lo callada, eran síntomas de un corazón roto. Dijeron Pobre, se está deshaciendo del dolor.

Aunque sí se estaba deshaciendo, ella no sentía dolor.

En la casa, la mamá barría. Y se asomaba a su habitación. Al principio inventaba algún pretexto, pronto paró de disimular; había entendido que a ella le daba igual si hacía como si nada le preocupara o si se quedaba en el umbral de la puerta mirándola aferrada a la escoba, como si esta fuera un bastón que las iba a mantener en pie mientras el polvo se tomaba sus vidas. Barría de nuevo y miraba las bolsas de polvo sin saber dónde tirarlas. Sabía que ahí adentro había mucho de su hija. Que con esas bolsas negras se oscurecía la esperanza de que el fútbol les traería gloria, dinero. Había entendido que no iban a volver a un control, que las cremas no eran remedio. Que la hija había creado una nueva dependencia, que ella ya no tendría una vejez holgada.

En julio las amigas empezaron a intuir que no era el corazón roto lo que la tenía deshecha. Le pidieron que no volviera a los partidos de fútbol, que ya no era buena como antes, que ahora se quedaba muy quieta, mirando el balón rodar, deformarse al recibir patadas, perder sus líneas y recobrarlas. Que no podían arriesgar el torneo. Que ahora se ensuciaban aún más en la cancha llena de polvo. Dijeron que irían a visitarla. Y aunque lo hicieron alguna vez, les resultó raro estar cerca de ella, con el polvo que flotaba por todas partes y terminaba por caerles sobre la ropa y el pelo, como caspa, no importaba cuánto tratara ella de evitarlo. Unas tosían, a otras les daba impresión pensar que estaban respirándola.

Y la mamá pensaba Qué voy a hacer, qué voy a hacer. Esa pregunta ya no podía ser Qué vamos a hacer, como hubiera querido. Ella estaba ausente. No había vuelto a hablar, ni siquiera había vuelto a avisar Tengo que ir al baño, como lo había empezado a hacer para que la mamá la llevara alzada. Entonces la mamá ahora no solo se valía de escoba y recogedor para el polvo, sino de traperos y pañuelos para la suciedad que venía de adentro. Y ella, nada. Ella, fililí. Ella, sumergida en la contemplación. En la inmensidad de una pelusa, en el olor que su piel había dejado durante mil sueños entre sus sábanas. En las rayas de polvo iluminadas por el sol de la tarde. En el silbido de los vientos de agosto. En la vibración que sintió en la casa, también en el cuerpo, cuando se cerró la puerta de la entrada y la mamá salió. En el silencio que quedó. Luego en el sonido del polvo que caía sobre un piso que empezó a extrañar las barridas de la mamá.

Ella miraba cómo las rayas que separaban cada tablón de madera se difuminaban entre las olas de polvo. Entre las dunas de polvo sobre las vetas, sobre las mesas, sobre las sillas, sobre las camas. Ella solo esperaba sentada en una butaquita que había sido suya cuando niña y que de nuevo le quedaba a la medida.

A veces se reía, y eso era todo lo que hacía, cuando alguna brisa la acariciaba, cargada del polvo que era ella misma.

LUIS EDUARDO VALDÉS  
Guaviare · San José del Guaviare  
Taller Permanente de Escritores Guaviarí

# EL OLOR A DULCE DE GUAYABA DE LA MIRADA DE MERY YOLANDA



Mientras atrás de la casa Mery Yolanda me miraba con sus ojos “verde gatuno”, junto a la paña, doña Belén, la mama de Mery Yolanda y mi mamá sudaban a chorros, sendos canaletes de madera en mano revolviendo el dulce de guayaba, turnándose en la titánica labor de rebullir ese gel rebelde que de lo único que sabía era de volverse paraman, que momento a momento se tornaba más difícil de mantener a raya y que, entre escupitajos volcánicos, se empecinaba en pegarse en el fondo

La que recibía la ventura del descanso, usando el instante de quietud e ignorando la odisea que atravesaba en ese momento su compañera, aprovechaba para sofocar la comezón impertinente que durante el momento de lucha con el canalete dentro del dulce de guayaba candente la había atosigado, y que por las normas básicas de higiene que se deben guardar a la hora de preparar un alimento no se pudo sofocar.

Haya sido por la fantasía de los poetas, que dicen que las piedras hablan, que el corazón suspira, que la lluvia da consejos, que el sol besa las pieles... o porque en realidad así era. Pero ciertamente, cada vez que Mery Yolanda sostenía su mirada sobre la mía, en ese jueguito que ella llamaba “el serio”, el olor a dulce de guayaba se acentuaba con locura. Pero ese día nadie jugaba al juego del serio; lo de ese día se había dado de forma espontánea, así como se daba el convite de nuestros padres por el dulce de guayaba, obedeciendo a la cosecha excesiva que se cernía en las matas

existentes en los potreros, las cuales, sin haber sido sembradas por mano de hombre alguno, se empecinaban en aparecer como una especie de pandemia en cualquier claro de los potreros y en producir todo el fruto del mundo.

Mi papá decía que esas plantas aparecían donde defecaban las vacas; nunca pude entender cómo el estiércol era capaz de producir una planta con un fruto que produjera un dulce tan delicioso como el dulce de guayaba; lo que en realidad mi papá nunca me explicó era que las vacas se comían las guayabas y luego en sus heces arrojaban las semillas que se convertirían en plantas de guayabo que posteriormente darían guayabas con las cuales mi mamá, doña Belén y el resto de las señoras de la vereda harían dulce de guayaba.

El convite para el consabido dulce, año tras año, no solo se pulía sino que iba dando origen a fórmulas más... qué digo más..., mucho más creativas, ramificándose el dulce en miles de recetas, miles de minutas en los que la guayaba ya no estaba sola, sino que se hacía acompañar de algarrobas, arroz, huevos batidos, majule, pepires y semillas de patabá. Doña Belén era un genio en menesteres de mescolanza de comestibles; ella fue la primera señora en la vereda que afirmó que los alimentos dulces se podían mezclar con los salados y viceversa, con lo cual aparecían unos platillos exóticos que en las ciudades se conocían como alimentos agridulces.

Lo de mezclar alimentos dulces con salados no fue bien recibido por las señoras de la vereda, y doña Belén se vio en serios aprietos, pues las vecinas la trataron de remilgosa, de fullera, de “rifififi”, de “dediparada”, y otras fueron un poco más creativas y la trataron de “remicuica”...

Pese a despotricar de doña Belén, en privado con sus maridos, en las reuniones de la junta de acción comunal, en las mingas para limpiar la cuneta, en las fiestas de la madre y en las misas veredales... las señoras, movidas a curiosidad con aquello de los mentados alimentos agridulces, preparaban sus propios alimentos agridulces, los cuales brindaban a los señores (sus maridos), bajo el pretexto de un accidente. Fue así como doña Aminta le dio a don Getulio una badea con sal, que fue entregada con el pretexto de que...

“El mugre gato mordisquió el badeo y lo tiró en el bulto e sal”.

Don Getulio, como hombre ahorrativo, no tuvo reparo en ingerir la badea salada por no desperdiciarla; pero le gustó tanto, que de ahí en adelante todas las badeas corrieron la misma suerte, el chisme de la sabrosura de las badeas saladas se propagó, como reguero de pólvora, a tal punto que en pocos días el mismísimo presidente de la junta, don Juan Chelis, ingería

sus primeras badeas saladas. Doña Brisas dio a don Arquímedes, su esposo, un pernil de cachicamo con melao de hartón maduro, con el pretexto de que se había equivocado de olla a la hora de ubicar el recado en la hornilla.

Las badeas saladas y los perniles de cachicamo en melao de hartón maduro fueron los antecesores de las guarupayas con salsa de mango, los muslos de lapa en guarapo curado, las guamas avinagradas en salmuera de res, las pezuñas de cochino juagadas en dulce de papaya, los huevos de terecay con piña picada, los nicuritos en vapor en salsa de uchuya y otra serie de delicias que a hurtadillas las señoras copiaban de doña Belén, utilizando de “gancho ciego” a Mery Yolanda, quien con sus siete años se había convertido en la maestra de culinaria de todas las señoras de la vereda, quienes bajo pretexto de regalarle algo, la sonsacaban y se la llevaban a sus fincas para que les entregara las recetas de los platillos agridulces de su madre, eso sí, de una forma muy sutil a fin de no romper su tesón, pues pese a todo aún despotricaban de la pobre doña Belén por haber hecho alusión a los platos agridulces.

El olor que me envolvía ahora era como de frijoles dulces, como de ñames acaramelados, como de plátanos en chucula... pero al mirar los ojos verdes de Mery Yolanda, sentía que todos los olores a los que he hecho alusión desaparecían, y se conservaba como único en el universo el olor a dulce de guayaba; entonces, pude comprobar que las pieles sí hablan, que el espíritu sí grita y que en realidad la mirada de Mery Yolanda sí olía a dulce de guayaba.

Sin importar el concierto de pailones y cucharas, los cotorreos de mi mamá y doña Belén; sin importar los miles de aromas que provenían de la cocina... nuestras miradas se sostenían, ahora como en una lucha de poderes. No sabía a qué horas se había iniciado este duelo de miradas, ni quién lo había propiciado, posiblemente era de esos actos espontáneos propios de la naturaleza, movidos con un fin predeterminado que solo sabe el creador.

Entonces, con el deseo de poner fin a todo aquello, pues el estar mirando tanto rato los ojos de Mery Yolanda me hacía sentir perturbado, le dije, tratando de imitar a los galanes de las radionovelas que oía mí mamá:

—Mery Yolanda... ¿Quieres ser mi novia?

Ella me miró con mayor intensidad, me pareció tener la nariz metida en la paña de doña Belén.

—¿Tú me quieres, Fercho? —me dijo con una madurez inusual para una niña de siete años.

—Sí...

—¿Y por qué me quieres?

Quise traer a mi mente algo de lo que dijeran los galanes de las radio-novelas que oía mi mamá en el viejo Sanyo de onda corta, para decírselo a Mery Yolanda, pero al no recordar nada, y en un acto de sinceridad infantil propia de mis siete años, le respondí:

—Por tu volqueta.

—¿Por mi volqueta?

—Sí. Por tu volqueta...

En ese momento Mery Yolanda dejó de mirarme, y en ese momento dejé de percibir el olor a dulce de guayaba.

Sin decir palabra, se dirigió al rincón donde yacía la enorme volqueta de plástico, cuyo platón, desde que tenía uso de razón, estaba atiborrado de muñecas, de cajas, de pilas, de peluchitos, de espejitos... y de otro poco de chécheres propios de una niña; con calma volcó el contenido al suelo, luego tomó la cabuya que amarraba al juguete por la trompa y dirigiéndose hacia mí, luego de entregarme la punta, se encaramó en el platón para decirme.

—Fercho. Ahora que somos novios, arrástreme.

HERNÁN ARAGONEZ TRUJILLO  
Huila · Neiva  
Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila

# UNA MANCHA EN LA ALFOMBRA



Ese veinticinco de diciembre José María Cuéllar se despertó a las cinco y treinta de la mañana, le dio dos palmaditas a su esposa en la espalda antes de abandonar la cama y quitarse, doblar y poner sobre la almohada su pijama; luego cogió la toalla colgada en la pared y se dirigió a la ducha.

María Cabiedes se sentó en la cama, fue a la cocina, sacó una olleta de aluminio, le echó un poco más de una taza de agua con dos cucharadas de café y una de azúcar y la puso en la estufa. Cogió una cacerola, la puso al lado de la olleta, fue hasta la nevera, sacó dos huevos y regresó. Comprobó que el aceite estuviera caliente y echó los huevos. Volvió al cuarto a alistar la ropa de su esposo. La dejó sobre la cama y corrió a la cocina al oler que algo se quemaba.

Él salió de la ducha quince minutos después de lo que llamaba su ritual de lavado, ingresó al cuarto y se vistió. Cuando entró a la sala, prendió la radio, como de costumbre, para escuchar las noticias mientras desayunaba. Vio servidos los huevos sobre el comedor, y a su esposa que salía de la cocina con la taza de café cerrero en las manos; caminaba zurumbática, como si no hubiera dormido en horas. Tenía los párpados hinchados y los ojos como dos esferas rojas de cristal. Ella escuchó una voz grave nombrando los titulares que salían de la radio: “Bala perdida...”. Se acercó, bajó el volumen y fue hasta el comedor. José cogió la taza y tomó dos grandes sorbos. Agarró un tenedor y llevó una porción de huevo a su boca, los hizo a un lado al sentirlos ahumados. Se levantó, fue a la radio y movió el botón para subir el volumen. La misma voz brotó del aparato: “La triste familia...”. Arrugó

la cara y lo apagó. Caminó hasta la puerta de la calle. Por un segundo, le pareció escuchar a alguien sollozar y, al dar vuelta, vio la sala de su casa hecha un desastre, la alfombra todavía manchada. Miró a su esposa y la vio sentada en el comedor, con la cara entre las manos. Le dio la espalda para hablarle. Estaba parado en el lindel, con la puerta abierta, la vista puesta en las manos, como si le hubieran quedado mal lavadas. “¡María!”, dijo, “asegúrese de limpiar bien la casa”, y al decir esto último bajó el tono de su voz. “Seguro que va a venir mucha gente”.

Ella seguía en la misma posición. Lloraba. José salió y cerró la puerta. Notó que el día estaba un tanto gris. Observó el firmamento con aglomeraciones de nubes oscuras. Pensó que si no andaba rápido se iba a mojar, así que corrió seis cuadras hasta llegar al parqueadero. Tan pronto se montó en el carro empezó a llover.

Mientras manejaba por las calles, sintió que un mar de gotas le caía encima. Tuvo que subir los vidrios de las ventanas cuando un bus pasó a toda velocidad y lo chispeó con el agua lluvia. Miró a la gente que se resguardaba bajo los aleros de los locales comerciales, a los motociclistas que aprovechaban el desorden provocado por el clima para pasarse los semáforos en rojo. Se sintió asqueado por la forma de actuar de la gente.

Al llegar al sitio de trabajo, percibió que hasta los celadores lo miraban con misericordia. En los pasillos, creyó que varios compañeros a los que consideraba muy cercanos buscaban su mirada o algo que les permitiera acercársele. Atravesó los corredores sin siquiera mover una pestaña. Entró a su despacho y cerró la puerta con delicadeza. Comprobó que todo estuviera tal como lo había dejado: los utensilios ordenados sobre la mesa, en la parte derecha del salón; al lado, unos formatos impresos, sostenidos por un gancho; un bolígrafo negro, la bata perfectamente doblada con un par de guantes de látex encima. Se quitó el saco y lo colgó en el gancho de la pared, atrás de su escritorio. Se puso la bata y los guantes.

Al girar, vio el cuerpo arrojado de pies a cabeza sobre la camilla de metal. Se acercó, respiró profundo, quitó la sábana y lo observó turbado por unos segundos. Revisó con más atención la trayectoria de la bala. Regresó a la mesa por el esfero y los papeles para escribir el primer punto del reporte. *Revisión superficial: mujer de tez blanca, cabellera rubia, un metro con cincuenta y cinco centímetros de estatura. Orificio en lado costal derecho con salida en la parte precordial de la mitad superior del cuerpo, provocado por arma de fuego. Edad: quince años. Nombre:...* Intentó escribirlo, llenar la casilla correspondiente, pero no pudo, como si lo hubiera olvidado. Sintió que el pecho



le estallaba, y que esa misma onda explosiva le subía hasta un punto de la garganta donde se posaba toda la presión, todo el dolor. Se vio en el preciso instante en el que la bala había alcanzado a su hija; la vio caer sobre la alfombra, esa misma que ella había manchado años atrás; sus manos con sangre del joven cuerpo, los gritos de su esposa y la voz de su hija diciéndole: “No me dejes, papito, no me dejes”.



# CRÓNICA



JOHN JAIRO ORTEGA  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Crónica Ciudad de Bogotá

# YA QUEDÓ CHUZADO



*¡Ya quedó chuzado!*, dijo el cabrón antes de emprender la huida.

Se perdió entre las callecitas del barrio Pasadena donde lo esperaba el otro cabrón. Yo solo me quedé viéndolo mientras desaparecía con un cuchillo en la mano derecha y mi chaqueta en la otra.

*¿Ya quedó chuzado?*

Como pude me reincorporé y miré para atrás. Sobre el caminito peatonal del puente de la calle cien con autopista estaba tirada mi billetera, mi maleta y una bolsa llena de ropa sucia. Respiré.

*No me robaron todo.*

*Tengo dinero.*

*No pasó nada.*

Ese fue mi análisis precoz. Me agaché para recoger la billetera y varias gotas oscuras cayeron sobre el suelo. Me alejé unos pasos y las gotas me perseguían. Era sangre. Era mi sangre. Venía de mí. Revisé mi brazo izquierdo y estaba empapado, la camisa rasgada, y tenía varios hilos rojos deslizándose en franco caudal desde el hombro hasta la punta de los dedos.

*¡Ya quedé chuzado!*

Respiré.

*Tengo plata.*

*Recojo mis cosas.*

*Paso la calle.*

*Me subo a un bus.*

*Voy a un centro de salud.*

Tercié la maleta y recogí la billetera. Caminé uno, dos, tres, cuatro pasos, se me fue el aire, y al quinto paso me desvanecí. Simplemente caí.

Sentía las piernas, pero las sentía fuera de mí. Extrañas. No me obedecían. La cabeza me quedó hundida entre un pastizal de varios meses mirando de frente hacia un firmamento espléndido. Era casi poético. Respiré.

*¿Y ahora?*

*¿Qué hago?*

*¿Es mi turno?*

*¿Tan rápido?*

*¿Es así como termina?*

El tiempo se puso raro. Como si los segundos fueran una pintura triste que se deshace con la lluvia. El cielo destilaba un brillo formidable. Las estrellas prendían y apagaban como si hablaran entre ellas. Y sentí que hablaban de mí. Que me hablaban a mí. Que me invitaban a su bailecito de destellos. Que me seducían con sus poses relampagueantes y yo caía rendido ante su juego cósmico de seducción.

De repente la memoria se me llenó de sonidos, olores y texturas. Y pude escuchar la voz de mi mamá ahogada en llanto, y sentí las manos tibias de mi papá sobre mi cabeza, y me vi de niño frente al espejo, tan frágil, tan vulnerable; y percibí el aliento de mis viejos, todo alrededor mío, tan cerca de mí, tan cálido. Y tuve miedo, un miedo raro, profundo. Un miedo que era como un adiós.

Quise gritar, pero la voz no me salía.

Quise moverme, pero no podía.

Y luego vino la tos. Una tos seca, continua, una tos dolorosa que a cada nuevo estertor me laceraba la espalda. Empecé a sentir un ardor que en poco se volvió insoportable. Y la tos, y la sangre, y la espalda y el ardor... y mis viejos. Me sentí más solo que nunca, despojado de todo, abandonado.

Lloré.

Me rendí al llanto. Lloré desde las tripas. Lloré por todo, por lo bueno y por lo malo, por lo acertado y lo fallido. Lloré por los encuentros y los desencuentros, por los abrazos y los insultos. Lloré por los besos que di y por los que nunca me atreví a dar. Lloré por las presencias y las ausencias, por los momentos de honestidad y por las mentiras que aún no me perdonaba. Lloré como quien llora por última vez.

Y llegaron las sombras. Las recuerdo como dos siluetas espectrales que aparecieron de entre la nada, primero como un murmullo y luego como una luz diáfana y absoluta. Se me acercaron, me dieron la mano, me ayudaron a levantar, me cargaron sobre sus hombros. Y mientras nos alejábamos

cada vez más, me veía a mí mismo de niño alejándome del espejo mientras mi reflejo permanecía inmóvil, hundido entre un pastizal de varios meses.

Sonreí.

Tres días más tarde, desperté en el décimo piso del Hospital Militar con dos enormes tubos que salían de mi espalda y terminaban en sendos frascos de vidrio encapsulados en un rústico carrito de metal. A un lado de la cama estaba mi mamá ahogada en llanto y del otro lado mi padre posando sus tibias manos sobre mi cabeza con los labios temblorosos y apretados entre los dientes.



NOVELA



NATALIE SÁNCHEZ  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Novela IDARTES

# SI YO FUERA UN HÁMSTER (FRAGMENTO)



*There are worse things I could do  
I could stay home every night  
wait around for Mr. Right  
Take cold showers everyday  
and throw my life away  
On a dream that won't come true*

BETTY ALEXANDER RIZZO, *Grease* (1978)

## Hablando de torturas voluntarias...

### La tecnología, una mula muerta en el camino a la modernidad

La virgen María me dice:

—Tenés un retraso.

Ojalá “virgen María” fuera el apodo cariñoso de mi ginecólogo. Esta not-bloody-Mary es de hecho una mujercita rubia con las manos en pose de oración que me mira fijo (y de manera acusadora) desde la pantalla de mi celular. Me mira sin parpadear desde una aplicación que sirve para (y estoy citando la reseña del desarrollador): *Ayudarte a lidiar con aquel momento del mes.*

En teoría, la aplicación funciona a las mil maravillas: uno puede hacer uso de un calendario que se programa según las fechas que se introduzcan, y mediante un algoritmo después del segundo o tercer ciclo menstrual empieza a hacer predicciones de cuándo cómo y dónde DEBE llegar la regla con puntualidad inglesa. Por si saber el día, la hora y el minuto en que se sangrará no es suficiente, también incluye un bestiario de signos para saber qué le esperará a uno si no está esperando. El espectro es muy amplio. Se pueden reportar desde jaquecas, proliferación y engrosamiento del vello facial, equimosis,<sup>1</sup> eczemas, hasta peste bubónica.

Las cosas no eran más sencillas entre mi feminidad caótica y yo. El grueso de la población tiene una regla que llega de acuerdo al calendario y sabe los malestares que tendrán. *Not me*: un buen día hay partido de la Copa Libertadores y el vecino de arriba toca su puta vuvuzela 15 minutos, y a mí me da un retraso; otro día me como muy rápido un cono, se me congela el cerebro y ¡BUM!, retraso. No sé en qué momento se me ocurrió que sería una buena idea tratar de controlar el gato de Schrödinger<sup>2</sup> que llevo como útero con una app diseñada por un preadolescente japonés que todo lo que sabe de mujeres lo aprendió viendo Hentai<sup>3</sup> y por lo que le pregunta a su muñeca inflable.

## El tormento mío eres tú<sup>4</sup>

No había dado señales de vida a Daniel (la contrapartida genital de toda esta historia) y andaba mascullando improperios hacia la santurróna esa que

- 
- 1 No se quede con la duda, cualquier cosa que yo le diga no va a ser ni remotamente tan divertida como ir a Google imágenes y buscar y asquearse y seguir mirando.
  - 2 La paradoja de Schrödinger es un experimento imaginario de física cuántica en el que uno nunca sabe dónde se mete un condenado gato. Conclusión del experimento: los gatos son más complicados que la física cuántica incluso en la imaginación.
  - 3 Así como cuando uno es asiático y eso de la interacción humana no se le da tanto y el romance pues muchísimo menos, entonces se inventa el porno manga para que cientos de jóvenes alrededor del mundo se encierren en su cuarto a hacerse la paja y a decepcionar a sus padres por no dejar descendencia.
  - 4 Si no entendió esta referencia, lo invito a no perderse este clásico tropical de los videos virales: <https://www.youtube.com/watch?v=cAjhZ3aLv6c>



me recordaba que estoy en el jodido culmen de mi fertilidad. De pronto una vibración en mi pantalón interrumpe todo mi soliloquio neurótico: un mensaje: una foto de unos canguros abrazados.

Lo dejé en leído.

¿Todo un fin de semana de silencio y me manda canguros?

Ahora bien, ¿el retraso presente es ocasionado porque me enojé gracias a un tinto con sabor a tierra, o porque me exaspera que mi vecina siempre riega jugo de basura en el ascensor, o porque tengo un *piercing* tímidamente infectado, o porque siempre me quedo sin carga en el celular? O... ¿simple y llanamente porque descansé en el lecho en pecado con un hombre?

Con el pánico en piloto automático, empiezo a sopesar la posibilidad de que tenga pan en la puerta del horno.

Ahora bien, ¿cómo es que llegué a estar portando un súcubo<sup>5</sup> si la verdad de todo este asunto es que estoy soltera?

Si bien encontré a un sujeto que tiende la cama, que sabe sacarle la pepa a un aguacate sin destruirlo, que baila mejor de lo que él cree,<sup>6</sup> que puede cambiar una llanta, que huele bien, que no ronca atonalmente, que hace deporte pero que no me quiere arrastrar al estadio, que respeta a su taita, que cuando uno lo manda a la tienda por un tampón no regresa con un rollo de papel de cocina, que me puede alzar en brazos en caso de emergencia, que no se haría el siete de un momento a otro, al que no se le conoce uso de drogas, que no se deja las medias puestas cuando tiramos, que tampoco se las deja cuando hacemos el amor,<sup>7</sup> que no es mujeriego (que no tiene cara de serlo, por lo menos), que cuida con esmero de su barba, que no tiene cicatrices prominentes, que no tiene tatuajes nazis, que no tiene artefactos sospechosos en el cajón de su ropa interior, no tiene un historial de enfermedades crónicas... no quiero en mis entrañas mi material genético combinado con el de un fulano con el que me revuelco porque me parece lo suficientemente higiénico para hacerlo.

Por eso acudo al primer consultorio que me recomiendan, en el que me aplican en la panza el gel más helado de la vida, me pasan el escáner para panzas, y hacen una serie de amables (pero inciertos) comentarios

---

5 O incubo.

6 Es decir, un millennial que no lo pisa a uno cuando baila salsa.

7 Me dio un microvomítico solo escribir eso.

sobre lo hermosa que es mi vejiga, seguidos de los piropos de la doctora que confirma mis temores: *habemus papam*.<sup>8</sup>

Y como los Red Hot Chili Peppers decían que los Buthole Surfers solían decir: *es mejor arrepentirse de algo que hiciste, que de algo que dejaste de hacer*,<sup>9</sup> afronto la situación como una mujer que vive en una época en donde la humanidad ya tiene un carrito en la superficie de Marte: dejo que la ciencia me saque del embrollo en el que la ciencia me metió.<sup>10</sup>

Esto no merece una disertación sobre si dos células heterocigóticas arrunchadas por un ratico son vida, o si me va a dejar el tren, o si voy a dejar morir los genes de la familia.<sup>11</sup>

Esto soy yo decidiendo por mí (para más señas la directamente interesada) que no quiero que una criatura venga a caer en mis garras a este mundo, así como también decido que no quiero ser musulmana o vegana o gitana o católica y punto.

Vaya a la droguería por la pastilla mata-bebés, fírmese y cúmplase.

## Ir a la droguería por la prueba de des-embarazo y usarla y creer que una va a morir en el intento

Unos días después de tomarme el Baygón antineonatos que pedí por internet, voy a la farmacia que queda al lado de mi casa (recordé muy tarde que no hay que hacer eso). Por puro instinto de supervivencia, justo antes de entrar, me cambio el anillo del dedo de la pistola al dedo de la gente que recibe en su casa invitaciones marcadas de “Sutanito y señora”. Me pongo gafas oscuras y sonrío como si estuviera esperando una excelente noticia.

---

8 Latín para: ¡Tenemos papa! y español para: nadie me va a creer que me fecundó el espíritu santo porque ese cuento ya alguien se lo gastó.

9 Como dice Mauricio Loza que dicen los Red Hot Chili Peppers que decían los Buthole Surfers.

10 En el hipotético caso de que fuera culpa del estúpido sistema de la aplicación que nunca me dejó saber nada con certeza sobre mi cervix.

11 Que va uno a ver y sí.

La droguista<sup>12</sup> se asquea con mi felicidad. Apenas le pido la prueba de embarazo hace cara de limón, así que pago (le boto los billetes en la carota) y salgo (corriendo). Ya en casa, con el paquete en la mano sin abrir y la puerta con tranca, floriqueo un poco porque en lugar de canguros en una pantalla necesito un humano, pero floriqueo aún más duro por la posibilidad de orinarme las manos porque soy pésima orinando en envases pequeños.<sup>13</sup>

Realizo la operación. Me unto mucho menos de lo que creía posible, y espero los 4 minutos más largos de la historia del universo. Mientras espero, leo mil veces las indicaciones:

2 rayas para SÍ

1 raya para NO

1 raya y media para: “Qué inoperabilidad la suya. Vaya, llame a un adulto y, de por Dios, ¡deje de follar hasta que aprenda a orinar por lo menos!”<sup>14</sup>

[MÚSICA DE SUSPENSO]

Salió una raya reteñida. UNA.

*One.*

Me veo al espejo, hago el *Moonwalk*, me dan ganas de guardar la prueba como dije de la buena suerte y mi útero ya no *longer* fecundado se pone de pie y me aplaude.

Un regusto de culpabilidad se asoma, pero luego pienso en Isabella Rossellini<sup>15</sup> y su serie de Youtube *Green Porn*, en donde representa la reproducción animal. El capítulo pertinente en estas circunstancias es en el que habla de los hámsteres: Isabella inicia el video como una humana desde la cárcel diciendo: “no soy un monstruo, sí, maté a mis hijos y me los comí, pero es que era mi décimo hijo y yo estaba exhausta. Si yo fuera un hámster hubiese sido considerado natural”,<sup>16</sup> y va paso a paso mostrando cómo

---

12 ¿Droguera? ¿Dealer? A la que en otras ocasiones he consultado con descaro para comprar genéricos de Xanax o relajantes musculares en cantidades ingentes (y no por necesidades necesariamente terapéuticas).

13 Y en general, orinando en sitios que no sean un inodoro occidental; por ejemplo, si tengo que hacerlo a campo traviesa, soy de las que termina con los zapatos, los pantalones y la camisa mojada.

14 Mis berreos por creer que tenía que atinar el chorro en el centro de un esfero Bic quedaron totalmente injustificados.

15 Y solo pensar en ella, automáticamente me conforta mucho.

16 Veán y amen: <https://www.youtube.com/watch?v=NHmhawsJobA>

la hembra puede tener camadas hasta de 10 crías, y si ve que el ambiente no es sostenible, se va comiendo uno a uno a sus hijos hasta que sienta que tiene las condiciones para criarlos bien. La madre naturaleza es sabia.

Y aunque yo técnicamente no tuve una camada de diez crías, no puedo (ni quiero ni debo) criar a una tampoco. *Sorry kid, shit happens.*

Después del retraso de 21 días, 11 horas y 33 minutos (*who's counting?*), un hilo de sangre me interrumpe en la oficina. Abro la aplicación de la regla, le saco la lengua a la cerda burguesa que me mira con cara de suficiencia célibe y la desinstalo.



POESÍA



ALEJANDRO COTACIO  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Universitario de Poesía Ulrika

## SALÓN



Y la desesperación aumenta  
Las paredes blancas exageran mi ansiedad  
Mis manos sangran mientras golpeo la pintura  
muerdo mis heridas para olvidar por un segundo estos sentimientos  
y reemplazarlos con el dolor físico que absorbe mi frustración

Todos alrededor pasan y me ven con indiferencia  
Porque no entienden y no les interesa saber  
y me torturo recreando en mi mente momentos que no fueron felices  
pero que me llenan de alivio  
alivio que se quiebra al ver la pared blanca y volver a mi verdad

Una verdad donde nadie gana y todo está podrido  
tan podrido que el aire ahoga  
Y un sabor a hierro en mi boca no desaparece  
Solo espero escapar para incrustarme en pesadillas que apacigüen mi  
realidad.

ÁLEX DUVÁN CARDOZO GÓMEZ  
Tolima · Ibagué  
Taller RELATA, Librería

# ANIMALES DESCALZOS COLECCIÓN



## Cucaracha

Mi madre desempolva la escoba  
para aniquilar a la cucaracha  
pero solo consigue  
decapitarla

—Parece un demonio —dice

Yo observo el cuerpo en movimiento  
saltando desorientado  
en busca de su inteligencia

De nuevo  
la escoba golpea la figura degollada

Yo en silencio  
Pienso  
¿Ahora quién masticará los trocitos de mis versos en las sombras?

## El ratón ahora come tildes

El ratón que habita mi casa, ahora come tildes. Su víctima ha sido el poema que había puesto en la antigua mesa de mi biblioteca. No le bastó haber dejado los desperdicios de mis escritos la noche anterior. La piel de las palabras regadas por cada esquina de la biblioteca. Los trocitos de huesos de las letras que él había convertido en trampas puntiagudas, y que hicieron gritar mis pies toda la noche. Nada de esto llenó de satisfacción al ratón. Hoy que desperté por el ruido de las tildes chocando con los dientes del pequeño animal, he pasado horas pensando en un arma que lo destruya y lo borre de mi biblioteca, de mi casa. Tal vez un poema sin tildes, o borrar las tildes de todos mis escritos, así se moriría de hambre. Pero he llegado a la conclusión: ¿qué otro animal me despertaría en la madrugada solo para parir un poema como este?

## Zancudo

¿Qué pensará el zancudo  
cuando agarrado de la pared  
se queda observando  
                  el murmullo  
de nuestros cuerpos?

¿Y en qué idioma nos hablará  
cuando se lanza a la aventura  
de tocar a la puerta de nuestros oídos?

Será que nos advierte  
que por nuestras venas  
                  corren inevitables cementerios

Tal vez sea la razón por la que el zancudo muere  
                  cuando nos pica  
no porque lo derrotamos con nuestros trapos  
sino porque somos su veneno



## Serpiente

Marchas  
hacia la vértebra del universo

Sientes  
cuando la tierra se retuerce  
ante el cobertizo de la muerte

No es veneno lo que llevas  
es la savia de la tierra



# NODO SUR OCCIDENTE



Antioquia · Caldas · Nariño ·  
Quindío · Risaralda · Valle del Cauca



# CUENTO



JOSÉ DAVID TABARES  
Antioquia · Envigado  
Taller Plumaencendida

# EL DANZARÍN



## I

Recuerdo que era niño, muy niño, cuando me llamó mamá y me advirtió con voz clara y grave:

“¡Si alguna vez vas donde la bruja, tu futuro terminará!”. Y yo, que no le llegaba a la cintura, tuve miedo. Quiso transmitirme el odio que alimentaba ella por la gitana, mismo que no ocultaba su familia.

Jovanka fue desde siempre nuestra vecina. Su fama atravesaba las fronteras de la ciudad. Los forasteros llegaban a su casa cautivados por volantes en los que se garantizaba atraer y amarrar el amor imposible, infiel o alejado. También la solución a problemas de suerte, negocios, impotencia, frigidez y la cura de enfermedades puestas. Mamá decía que con embustes confundía a los incautos. Hacía conjuros, les vendía brebajes y amuletos.

Había quienes afirmaban que atesoraba varios cientos de años; mis abuelos ya hablaban de ella y contaban que sus padres también la conocieron. Cierto o no, la verdad es que los años no parecían estropear su cuerpo. La veíamos pasar los fines de semana esbelta, con una larga, ancha y floreada falda que bailoteaba al son del ritmo de sus pasos, y el cabello trenzado y engalanado con un peinecillo que sostenía una flor. Se dirigía a los bares de las afueras de la ciudad, pernoctaba bajo un árbol al que llegaban embriagados parroquianos que a cambio de sus augurios le dejaban generosas sumas de dinero. Leía las manos a unos, utilizaba el antiguo oráculo de las runas escandinavas con otros. No sabía leer el alfabeto críptico, pero percibía vibraciones en cada lance de los guijarros, que manifestaba al ansioso cliente.

Contaban los viejos que se quedó cuando por Amelandia pasó una caravana de gitanos y plantó su carpa en nuestro barrio, justo donde hoy es la escuela. Puso sus ojos en un joven seminarista, a quien sedujo e hizo desertar. Lo convirtió en su amante y nunca volvimos a saber de él. Mamá dice que esa es una de las razones por las que nadie la quiere.

Con el pasar del tiempo advertí que a su casa acudían discretamente, además de sus tradicionales visitantes, jóvenes provenientes de otros barrios. Intenté saber la razón, todos se rehusaban. Un día, gracias al azar, descubrí algo fascinante: allí practicaban danza y teatro, la gitana compartía en secreto sus ancestrales conocimientos con los muchachos. Bailar era mi obsesión. Desde entonces siempre quise entrar a esa casa, pero las palabras de mamá retumbaban en mi cabeza.

Sabía que la danza era algo más que un espectáculo, bailar era sano para el cuerpo y para el espíritu. Había tomado clases desde mi infancia; a la par con los estudios, me esforzaba por ser un gran bailarín. Tenía la certeza de que la disciplina convertiría mi afición en profesión. Mamá se mostraba orgullosa.

Terminado el colegio estaba en la disyuntiva de ingresar a la universidad o continuar en la academia. Se abría la posibilidad de hacer giras exhibiendo nuestro arte. Pronto el destino marcó el camino. Llegó a Amelandia una reconocida compañía de ballet, busqué al director y le pedí la oportunidad de hacer parte de su elenco durante la temporada en la ciudad. Antes tendría que ponerme a prueba, argumentó, sería al día siguiente. Debería exponer lo que podía hacer. Salí feliz.

De regreso a casa el miedo paralizante apareció. El miedo a equivocarme, a no agradar. Caminé angustiado. Me detuve, quise calmarme. Levanté la vista y justo estaba frente a la residencia de la gitana. Una idea cruzó mi mente, entrar y pedirle que predijera mi futuro. Quería conocer ya qué pasaría mañana.

## 2

“Sabía que tarde o temprano llegarías, Francois”, afirmó invitándome a tomar asiento en el lugar dispuesto para sus ritos. Después de examinar las líneas de mi mano y de varios lances con los guijarros, expresó sorprendida no entender qué sucedía. No percibía ninguna vibración. Sin darme

tiempo a reaccionar, señaló la pista de baile. Restó importancia a lo ocurrido retándome a exhibir el talento que habría de mostrar al director del ballet.

Asumí el reto. Parado en el centro de la pista, nervioso como nunca, cerré los ojos en tanto la melodía comenzó a sonar. “Es tu música”, dijo Jovanka. “Haz que esa maravillosa melodía empiece a vibrar por todo tu cuerpo, tu mente y tu corazón. Estás frente a tu público. Transmítele tus sentimientos envolviéndolo con la magia de la danza. Hipnotízalo con tus dulces ondulaciones, transpórtalo a lugares idílicos, a los parajes de *Las mil y una noches*”. Su voz fue mi pensamiento. Me impulsaba, me movía. “Danza, danza, danza sin parar, mueve tus pies y a la vez los sueños que mañana habrás de lograr. Mueve el destino de allá para acá”. Iniciaba de nuevo tras cada desliz. Los pies se entumían, los dedos sangraban. Sentía que mi cuerpo pendía de un hilo celestial. “Tus manos hablan, tus piernas y brazos son sutiles como el aire. Sigue, sigue, sigue sin parar, no puedes dar pausa ni descanso al espectador, te pertenece, no lo dejes ir, róbase el corazón”... De súbito dejé de verla desde el reflejo del espejo. Al realizar un *cabriole* caí, su voz se apagó.

Al despertar en el hospital tropecé con la mirada de mamá que complaciente acariciaba mi cabello. Le pregunté por la compañía de ballet. Indicó que hacía días había concluido la temporada. Traté de levantarme de la cama sin lograrlo. Entonces una lágrima rodó por su rostro, agachó la cabeza y relató lo sucedido: al caer sufrí fractura de las vértebras cervicales.

Cerré los ojos y como si no hubiese pasado el tiempo escuché la voz severa de mamá:

“¡Si alguna vez vas donde la bruja, tu futuro terminará!”.

SONIA EMILCE GARCÍA SÁNCHEZ  
Antioquia · Medellín  
Taller de Creación Literaria Comedal

# EL LÁPIZ LABIAL DE MAMÁ



Los aromas de especias y carne despertaron en Maú un apetito voraz; sin dar espera, bajó del segundo piso en busca de comida.

La mamá, al ver a Maú saboreándose, partió una manzana en trocitos y, mientras se la entregaba, la acompañó hasta las escalas y le dijo:

—¡Sube!

Maú intentó devolverse, pero, al ver a la mamá con el entrecejo levantado, dio medio giro y subió varios escalones, sin dejar de mirar por intervalos hacia abajo.

Su madre, firme, esperó. Cuando vio que estaba en el último escalón, le ordenó:

—Enciende la tv y mira tu programa favorito.

Maú, al ver que la mamá se alejaba, la imitó, repitiendo entre dientes, con enojo:

—¡Ube!

Al llegar al cuarto de estar prendió el televisor, pero antes de sentarse llevó el plato con los trozos de manzana hasta la nariz. Aspiró con ganas y al no sentir los aromas que le tenían la boca hecha agua, gritó con enojo:

—¡Nooo!

Apagó el televisor de golpe. Con el plato en la mano, salió con la intención de ir a la cocina, pero al cruzar el pasillo vio la puerta del cuarto de sus padres entreabierta. Pensó que allí estaba la mamá, entonces se acercó y la llamó.

La puerta cedió, y el exceso de luz al filtrarse por el ventanal la encandelló. Maú avanzó. Mientras entreabría los ojos se fue revelando, en un esplendor jamás visto, el tocador de la mamá.

Embelesada, observó cómo los reflejos de luz, juguetones, salían disfrazados de diversos colores al filtrarse por entre las diferentes tapas de los perfumes.

Sus pupilas se iluminaban con cada uno de los destellos que emitían los collares y, coqueta, respondía imitando un guiño.

Luego centró su atención en la bailarina del cofre: ¡Tan bella!, ¡tan sutil!, ¡tan delgada! Tanto que Maú creyó verla danzar sobre un halo de luz.

Y, anhelando ser como ella, dio unos pasitos en punta, pero tropezó.

Contrariada, decidió llamar de nuevo a la mamá. Pero lo hizo casi en susurro.

Al no obtener respuesta, se acercó a la cama, necesitaba liberarse del plato; pero al descargarlo, este se deslizó y los trozos de manzana cayeron en el piso.

Iba a recogerlos cuando vio su rostro en el espejo de tres alas.

Atraída por su imagen, corrió hasta el tocador.

Trepó con dificultad al sillón y, después de menearse varias veces sobre el centro del cojín mullido, se entregó a la tarea de saborear uno a uno los olores de mamá: primero quitó las tapas a cada perfume, luego destapó las cremas de mano y... las de la cara.

Todas las llevó hasta la nariz para percibir sus olores y algunas las untó en las puntas de sus dedos.

Cuando abrió las sombras de ojos, los colores la llenaron de alegría; eran tantos, quería lucirlos todos en sus párpados.

Ya iba a meter el dedo en la sombra de color verde esmeralda, cuando un labial en forma de cisne atrajo su atención. Renunciando a su propósito de maquillar los párpados, lo cogió.

Con el dedo índice, de uña rapada, repasó las alas del ave y, al seguir de abajo hacia arriba el estilizado cuello, la tapa cayó y un delicioso olor a fresa entró por su nariz y la boca se le hizo agua, entonces miró a la sonriente bailarina y, acercándole el labial, exclamó:

—¡Humm, ico!

Sin poder contener la felicidad por estar allí, sentada en el trono de su madre, acercó a la bailarina para besarla, pero al aproximarla sus ojos chispearon, y se detuvo en seco.

Observó la base del cisne que aún conservaba en la mano y la giró: salió una barra de labial rojo brillante. Entonces lo aproximó y abrió los labios, como lo solía hacer su madre.



Pero, al acercarlo, el olor dulzón de fresa de nuevo le agrió la boca. Maú tragó de golpe toda la saliva. Al aproximar la barra para aplicarla en sus labios, un deseo devorador la invadió y terminó dándole un pequeño mordisco.

Al mirarse en el espejo vio la marca roja y redonda en el centro de sus labios y se sintió como una marioneta. Sonrió divertida, pero, al ver de nuevo su imagen, notó los dientes rojos, entonces pasó sobre ellos la lengua, y un sabor graso le invadió la boca.

Degustó, pero no encontró un sabor agradable.

Contrariada, miró de nuevo la barra: tan roja, tan succulento su olor... Iba a llevarla de nuevo a la boca, cuando escuchó a la mamá que, mientras subía las escalas, la llamaba.

Maú saltó de la silla con el labial entre sus manos, y corrió a esconderse debajo de la cama.

Allí, en el fondo, se encogió en posición fetal y empezó a chupar la barra labial.

La mamá entró en la habitación y, al ver los trozos de manzana regados en el suelo, llamó a

Maú con tono nervioso.

Maú no respondió.

La mamá recorrió la habitación. Al ver los cosméticos y perfumes destapados, volvió a llamarla, pero esta vez con un tono seco.

Todo estaba en silencio. A Maú ni siquiera se le oía respirar.

Entonces la mamá la buscó en el vestier, en el baño, detrás de las cortinas; al no encontrarla, decidió mirar por debajo de la cama.

Efectivamente allí estaba; le ordenó que saliera, pero Maú no se movió.

La mamá, preocupada, la volvió a llamar. Al no obtener respuesta, decidió meterse debajo de la cama y, como pudo, agarró a Maú por la espalda. A medida que la iba jalando, sintió a la pequeña fría, rígida y engarrotada.

—¡Maú! —llamó una y otra vez la madre.

Cuando por fin la sacó, notó que Maú seguía encogida en posición fetal. La giró y, al ver que tenía la boca y sus alrededores rojos, sintió pánico, pues, imaginó que se había ahogado. Sin pensarlo dos veces, la elevó por el aire.

Maú, al sentir que volaba, abrió los ojos, estiró los brazos y, sin soltar la base del cisne, le dio a su madre la mejor sonrisa, enseñando los dientes y la lengua rojos.

La mamá, con sentimientos encontrados, acercó a la pequeña contra su cara. Maú, sin dejar de sonreír, interpuso entre ellas la base del cisne y llevándolo hasta la nariz de la mamá exclamó:

—¡Humm, ico!

# LA SENDA DEL PERDEDOR



Así comenzó la discusión con su padre el día que decidió abandonar la casa para iniciar su sueño de vagabundo jugar por los pueblos de la sierra.

—Te morirás de hambre —dijo su padre desde la sala de la casa—. Inicias hoy la senda del perdedor.

—Son puros pensamientos de viejo, viejo —le respondió tranquilo, impenetrable—. No lo entiendes y creo que ya no lo entenderás. Hoy inicio mi viaje a pie.

“No me vengas con esos cuentos”, le dijo. “¡Al diablo con todos esos cuentos orientales, chinos o de dónde sean!”. “Óyeme bien”, lo sentenció, “verás en tu plato hojas de hierba, y no por gusto como las mulas”.

—¿Sabes cómo empieza *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole, viejo? —le preguntó en la puerta de la casa que no volvería a ver.

—¿De qué mierda hablas ahora? —gruñó sosteniendo la puerta oxidada que no volvería a abrir.

—Empieza con un epígrafe: “Cuando en el mundo aparece un verdadero genio, puede identificársele por este signo: todos los necios se conjuran contra él”. Jonathan Swift.

El viejo quedó en silencio buscando en su crisma asimilar cada una de las palabras. El joven marchó lentamente, saboreando cada paso dado con su mandolín a la espalda a espera de ser tocado, un juego de abalorios que recordaba a la madre muerta y un solo libro de la biblioteca personal de su padre: *Cien años de soledad*.

Llegando a la altura de la casa de su vecino, un inmigrante alemán que huyó de la persecución, alcohólico y taciturno, conocido en el pueblo

con el mote del *lobo estepario*, despertó de su conteo de pasos masticados: diecisiete, al escuchar por última vez la voz de su padre.

—José Manuel, olvida que eres un Arango. ¡A partir de hoy eres mierda, menos que mierda!

El viejo aguardó a que cayera sobre él una pedrada de insultos o tal vez una mirada lacerante como respuesta, mas José Manuel Mierda, como se lo conoce por la sierra y la sabana, la costa y la montaña, no volteó a mirar ni musitó palabra alguna; siguió contando sus pasos en la mente, interrumpido solo una vez por un recuerdo: desde que era un niño no le gustaba ver a los muertos.

## UNA SIMPLE FIRMA



—Cómo putas voy a firmar la planilla, si no sé escribir —dijo. Sentado con su esposa en el comedor de la casa, se apretaba la cabeza entre las manos. No había probado la comida. Jesús escuchaba a sus padres por la ventana abierta de la cocina.

—¿Mijo, qué pasó? Con la ayuda de Dios, todo tiene solución —desconcertada, mordió sus labios.

—Esta mañana me llamó el jefe de personal, dijo que el pago del próximo mes será por planilla. ¡No sé qué camino coger!

—Hable con él. Es buena gente.

—¿Qué mierda le puedo decir! Usted nunca supo que yo no sabía leer ni escribir, menos él.

—¿Puedo yo firmar por usted?

—¿Cómo se le ocurre! Usted es de la casa. Jamás lo permitiré.

A las seis de la tarde salió pensativo de la fábrica, donde se desempeñaba como mecánico a cargo del torno principal.

Caminó despacio.

Entiendo planos y construyo las piezas que necesita la fábrica, pero no sé firmar. ¡Qué cosas tiene la vida!

Pocas veces lo hacía; entró a la iglesia camino a su casa. El murmullo de dos ancianas que coreaban el rosario rompía el silencio. El helado ambiente lo movió a pensar en su drama:

Cuánto vale la escuela para aprender a leer y escribir. Por algo mis ocho hijos estudian, no serán un lungo como yo, nunca pasarán por esta vergüenza.

Caminó por el pasillo, a la izquierda, y rezó un padrenuestro frente al vitral donde está san José cargando al niño. ¿Cómo firmar la planilla? Cruzó por entre las largas bancas, a la derecha, hasta el otro vitral que muestra la virgen María y su hijo en el regazo. ¿Qué voy a hacer? Rezó un avemaría. Se arrodilló frente al altar mayor, donde está Cristo de cuerpo entero, en uno de los vitrales religiosos más grandes del mundo. Rezó cinco padrenuestrros y cinco avemarías. Dame la fuerza y la voluntad para hacerlo, se persignó y tomó su cabeza entre las manos.

Algo le impedía salir. Se paró en la puerta de la iglesia y miró la placa de mármol incrustada en la pared. Una señora entrada en años, de negro hasta los zapatos, leyó en voz alta: “Cristo Rey, creada por Decreto Episcopal N.º 269 del 27 de noviembre de 1941 y erigida como Parroquia canónicamente el 10 de mayo de 1948”,... su mente en el problema, sus oídos atentos: “Construida con aportes de los feligreses residentes en los diez barrios que le pertenecen”.

Juro que algún día no solo voy a leer placas como esta, pensó. Volteó la cara para limpiar las lágrimas, que rodaban como rocas hasta hacerse añicos en el fondo. Las campanadas lo volvieron a la realidad: es hora de la misa, dijo.

Entró de nuevo y se arrodilló en la primera banca que encontró. No escuchó las palabras del evangelio de san Mateo, pronunciadas por el padre. ¿Cuánto daría por una simple firma? ¡No. No solo firmar, también leer para comprender el mundo! ¿Dónde?, ¿cómo?, ¿con quién aprender? Sí, es un problema mío y de nadie más. En el momento de la consagración del pan y del vino permaneció arrodillado, sus codos descansando en el espaldar de la banca; entre sus manos reposaba la cabeza. Con esta mano con la cual aprieto y aflojo tornillos empuñaré el lápiz, tengo que dar ejemplo.

“Podéis ir en paz” —dijo el padre y él volvió a quedar vacío, igual que la iglesia. No sabía qué hacer ni a quién recurrir.

En dos semanas pueden ocurrir muchas cosas —expresó y se dirigió a la puerta. Regresó de nuevo y fue hasta la piedra bautismal. Mojó su dedo índice, sintió el agua oscura y pesada, se echó la bendición—: ¡Mierda, olvidé lavarme las manos, están sucias de grasa!

La solución no es poner una X en la planilla, tengo que escribir mi nombre —pensó mientras caminaba hasta la capilla menor. Lo había olvidado, encendió una veladora a Jesús resucitado y se sentó en una banca. Solitario rememoró la conversación con el jefe.

—Ya no entregaremos efectivo. A partir del próximo pago lo haremos con cheque y deberán firmar la planilla —dijo el jefe de personal.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Asunto de seguridad.

—¿Todos lo saben? —se sintió incómodo.

—Casi todos. Estoy comunicándoselo a los trabajadores.

—Ahh, entonces ¿ya no es con solo chequear la lista con el nombre?

—Hombre, una simple firma y listo. ¿Cuál es el problema?

—No nada, preguntaba.

Arrodillado detalló la imagen de Cristo resucitado. Le llamó la atención la cruz que soportaba su mano derecha. Parece un lápiz gigante, es lo que necesito. Bueno lo importante no es el lápiz, puede ser pequeñito, lo necesario es estampar la firma. Sonrió.

Trabajo y trabajo nada más, decía, que cuide las vacas, que lleve el almuerzo a los trabajadores, que desyerbe, que compre arroz y café, que coja los huevos. ¡Solo trabajo!, se reprochaba. ¿Y el estudio para leer y escribir? Cuál escuela si tuve que salir de Manzanares para Manizales a los siete años, para aprender a defenderme solo en la vida. Jardinero en la casaquinta de los dueños de la finca hasta los doce años, cuando entré de ayudante en el ferrocarril, voleando martillo para asegurar los rieles, y soldador en las calderas. ¡Trabajo duro y ahora una simple firma me jode la vida! Cayó en la cuenta de que hablaba en voz alta, cuando una mujer pasó hasta el altar. Lo miró sorprendida: Buenas noches —susurró. Hasta la puerta de salida para regresar a su casa lo acompañó el recuerdo de un leve murmullo —Jesús, Jesús, Jesús.

Hace una semana que aprendió a escribir las vocales. El día del padre, Jesús, su hijo, le regaló cuaderno, lápiz, borrador y sacapuntas. A sus quince años cursaba tercero de bachillerato en la Normal Nacional.

—Mire, mijo, ya escribí diez hojas con cada una de las vocales y otras veinte con ellas pegadas. Yo lo que necesito es aprender a firmar.

—No se apure papá. Lo importante es que aprenda a reconocer letras y las mire unidas en sílabas para después formar palabras. El lunes iniciamos la escritura de su nombre. ¿Por qué tan pensativo?

—Noo. Que los santos de la iglesia me ayudaron, pero la solución estaba en la casa.

A la semana siguiente estampó su nombre tres mil trescientos en la hoja cincuenta de su cuaderno. Repasaba el nombre escrito por su mano.

El jefe venía en camino. Dobló el cuaderno y lo guardó en el bolsillo trasero del overol.

—¿Qué hace, qué lee? —le preguntó.

—Aquí escribiendo la receta del almuerzo —respondió.

Como el desgastado lápiz no cabía entre sus dedos decidió comprar otro para firmar ciertos asuntos. Sonrió, como pocas veces, en los últimos días.



GLORIA ÁLVAREZ ARRIETA  
Risaralda · Pereira  
Taller La Caza de Las Palabras

## DETRÁS DEL DIPLOMA



Contemplo su figura a través de mi ventana. La sigo al transitar cerca de mi oficina. Ansío tocar su piel canela que combina con la diadema rosa y sus mejillas, iguales a los jazmines que ornamentan mi despacho. Me apresuro a abrir la ventana para converger con sus ojos negros; mirada serena y tierna que arrastra mi alma a saborear la inocencia de sus labios.

El reloj de pared precipita mis sentidos y en un instante me imagino su silueta. La recorro de arriba abajo. Descubro un olor a fresa dulce que emana de su cabello. Mis dedos atraviesan los definidos gajos que caen sobre el lazo de satén que bordea la cintura...

Empiezo a entonarle una canción al oído, y, entre susurros y melodía, su voz angelical me sigue y entre gritos y saltos, sujeto el frágil cuerpo, y ya frente a frente, toco su pecho agitado. Me deslizo hasta los bordes de la falda, adentrándome hasta sus piernas. Levanto la tela del panti blanco y con la yema de los dedos froto los labios de su sexo. Una y otra vez.

Sus ojos grandes y negros atraviesan los míos cual dardo de cacería. Extiendo mi mano hasta el portátil y pulso Enter.

—¡Mira las imágenes... ¡cómo lo hacen ellos!... ¡Mm! “Qué rico”. “Qué rico”. ¿Sí las ves? ¡Mira cómo se tocan ellos! ¡Es un juego rico, mi amor! ¡Es solo cosquillita! ¡Ven, vamos, ven! ¡Por nada podría cambiarlo!

—¡Vamos, mueve la mano, sóbalo! ¡Mm! ¡Delicia preciosa!

Con mis labios recorro el cuello y subo hasta sus labios, mientras mis manos frotan los glúteos. ¡Mm! ¡Qué delicia preciosa! Con ímpetu la subo al escritorio y la penetro. Desgarro su himen. La miro a los ojos y continúo.

—En el escritorio tengo un regalo para ti. ¡La muñeca rizos de oro! ¡La guardé para dártela! Y también los *stickers* de mariposas y fresitas para

tus cuadernos. Te voy a comprar en los descansos un delicioso helado de chocolate. ¡Espera un momento!... Toca la puerta.

—Señor Alonso, ya llegó la alumna.

—¡Dame un segundo, Graciela!

Las manecillas marcan las cuatro en punto. Me limpio el pene y subo los pantalones. Con el pañuelo me seco cara y cuello. Guardo el computador en mi escritorio, saco la cámara digital, unos dulces y los guardo en el bolsillo de mi pantalón. Escondo la llave detrás del diploma.

Extiendo mi mano y abro la puerta.

—Hágala pasar, por favor. Y dígale a la mamá que, como estamos contiguos a la institución, ella puede seguir viniendo sola.

ALEXÁNDER GIRALDO  
Valle del Cauca · Cali  
Taller Écheme el Cuento

# NADIE SABE POR QUÉ



El Padre entra en la habitación de El Hijo. Recoge pantalones, camisetas y calzoncillos de un hombre delgado. Camina pesado, a veces usa la escoba como bastón. Olvida abrir las ventanas para liberar el aire estancado, llega a la cama. Al quitar las sábanas curtidas se sienta al borde del colchón, sin dejar de pensar que no hay lugar más triste en el mundo que una cama vacía. Y así, sentado, limpia una mesa de noche en la que hay un vaso con rosas marchitas. Abre la gaveta, encuentra una pipa y tres moños de marihuana. El Padre se los guarda en el bolsillo, termina de barrer y sale al corredor del segundo piso. Va hasta el cuarto de baño, desmenuza la marihuana en el inodoro y hala la palanca. Hay una distancia grisácea y mecánica en su rostro. La rodilla le duele, regresa a la realidad. Baja hasta la cocina, saca un cartón de Tramadol de un estante, se sienta en el comedor y se traga dos pastillas con un vaso de agua. El Hijo llega de la calle, abre la puerta, entra a la sala y mira a su padre como si no fuera nadie. Sube al segundo piso. El Padre lo oye caminar por la habitación, abrir las gavetas, buscar. El Hijo vuelve a bajar, un poco encorvado, con las manos vacías, ignora a su padre y regresa a la calle.

Al otro día El Padre despierta temprano, el dolor le atenaza la pierna derecha como si tuviera un puñado de vidrios enterrados en la rodilla. A veces no puede distinguir entre el dolor de su cuerpo y el dolor en su corazón. A veces cree que es lo mismo: un dolor en el vacío. Va a la cocina, abre la gaveta de las medicinas y no encuentra el Tramadol.

El Hijo cumple años hoy. El Padre desciende dos cuadras hasta el supermercado del barrio. Entra a una farmacia y compra un cartón nuevo

de Tramadol. ¿Y la prescripción?, pregunta el farmaceuta. El Padre saca un papel amarillento del bolsillo y se lo muestra.

—Disculpe —dice el farmaceuta—, usted sabe cómo es esto.

El Padre lo ignora, paga y se va. El farmaceuta sale hasta la puerta del local y mira a la figura triste alejarse con su bastón y su pierna arruinada. En la tienda, El Padre compra arroz, pollo y verduras. Mientras paga la cuenta, dos mujeres lo observan y cuchichean.

—Mira, ese es —dice una de ellas.

—Al que le...

—Sí.

—Pobrecito.

El Padre está en la cocina, pica ajo y cebolla. El Hijo abre la puerta y entra en la sala.

—Feliz cumpleaños —dice El Padre. El Hijo lo mira con una expresión vidriosa, opaca y sin vida.

—Gracias —responde.

—No se vaya a perder hoy que vamos a celebrar el cumpleaños.

—Bueno, señor.

El Hijo sube las escaleras tambaleándose, arrastrando los pies. Va hasta la habitación de su padre, se acuesta en la cama doble, abraza las sábanas y llora con los ojos cerrados.

Es marzo, es de noche y un aguacero se ha tragado los demás ruidos de la calle. Huele a polvo, las borrascas arrastran basura hacia las alcantarillas y los rayos iluminan el lomo de las montañas. El Hijo despierta, va hasta el baño, se cepilla y baja las escaleras como si acabara de despertar de una larga hibernación. Recuerda que hoy cumple veintiuno y que hay cosas que no empiezan a la hora de siempre. Hay algo que su mente trata de retener, pero hay una barrera en su corazón que no lo deja. Siente el olor a ajo que flota por toda la casa, un olor delicioso a comida que inunda todos los rincones, hasta los más solitarios y lejanos. Oye el chasquido de platos y el tintinear de cucharas, se incorpora. Al llegar al comedor su padre lo espera con dos platos a rebosar de arroz con pollo.

—Feliz cumpleaños —le vuelve a decir su padre. No hay ni alegría ni sosiego en su voz.

El Hijo mira el arroz humeante y pierde el apetito. Quiere tragarse otros tres tramadolos, pero decide no abandonar la mesa. Quiere preguntarle algo a su padre, algo que lleva atrapado en la oscuridad de su mente.

—Pa... —dice.

—¿Qué? —dice El Padre y trata de configurar una sonrisa.

—¿Hay salsa de tomate?

—Se me había olvidado —dice el padre; se levanta, toma el bastón y va hasta la alacena por la salsa.

El Hijo riega salsa sobre su plato. Toma el tenedor y hace montoncitos que deja caer uno sobre otro. La cara de El Padre es ahora la de un cuadro expresionista.

—No me vaya a dejar nada.

—La verdad es que no quiero, pa.

—Tenemos que seguir adelante.

El Hijo deja el tenedor sobre el plato y lo empuja hasta el centro de la mesa. El Padre le devuelve el plato, a modo de orden y advertencia.

—No puedo —dice El Hijo.

El padre siente su rostro caliente, mira los hombros de la camisa de su hijo, desde donde podría agarrarlo con sus manazas. Se contiene.

—¿Usted por qué es así? —pregunta El Padre.

—Porque soy una gonorrea.

El Padre aprieta el bastón, calcula la dureza de la masa. Su corazón se hunde en la oscuridad. Se desborda:

—Por eso su mamá se mató —dice.

El Hijo se levanta violentamente, le da un puñetazo en la cara y lo arrincona contra la nevera como a un viejo boxeador. El arroz y las alverjas ruedan por el suelo. El Hijo lo agarra por la camisa y lo alza. El Padre no se defiende, ha traspasado un límite, una línea de sombra. Quedan frente a frente. El Hijo grita:

—¿Por qué?

Lo suelta, agarra su campera y sale de la casa.

El Padre queda en el suelo, se recuesta contra la pared. Va a decir algo, una cadena de acontecimientos, pero nada tiene sentido. El Padre se queda callado. Lo único que sabe es que nadie sabe “por qué”. Nadie.

MARÍA INMACULADA LÓPEZ  
Valle del Cauca · Cali  
Taller Palabra Mayor

# MINICUENTOS



## Pánico

El hombre deja la moto prendida y avanza en dirección a la puerta. Entra y encañona a la hija, mientras obliga a la madre a entregar el bolso. Un vecino llama a la policía. Al salir, grita: ¡putas, me robaron la moto!

## El muerto

Tres viudas velan a un hombre. La primera dice: solo lo vi desnudo en la enfermedad. La segunda dice: jamás lo vi desnudo. Y la tercera agrega: no lo vimos porque solo se sentía en la oscuridad, pero qué bien se sentía.

## La tormenta

Los marinos reían y cantaban, mientras una niebla oscura cubría el barco. En la noche llegó la tormenta, el pánico los invadió, unos rezaban y otros maldecían. Solo una mujer con sus ojos cerrados imploraba protección contra demonios y fantasmas en la noche infernal. De repente, una voz ronca le susurró al oído: ¡estas almas son mías!

## La tía Pepa

Pepa era una viejita refunfuñona y bien vestida. Cuando murió nos trajimos a casa sus cenizas. Nos ausentamos por varios días. Cuando llegamos, la casa estaba reluciente. Un escalofrío nos invadió. Desde la cocina salió Nelcy, a quien le preguntamos: ¿Quién le abrió? ¡Su tía Pepa!, respondió.

TERESA AIDEE ENCALADA ARBOLEDA  
Valle del Cauca · Buenaventura  
Taller Voces en el Estero

## EL HILO DE LA VIDA



¡De parte de Dios todopoderoso! No puede ser, es Casilda, la madre de Pablo, el mejor estudiante que tuve en la primaria. ¿Qué hace parada en frente de esa ancla? Parece que le hablara a ese gran bloque de hierro. ¿Y esas flores blancas? ¿Y ese escapulario envuelto en la mano derecha? Sin dudarle me acerqué a ella.

—*Casilda, hace más de diez años que no la veía! ¿Qué hay de la vida de Pablo?*

—*Se acuerda, profe Rosalía, que desde niño estaba afebrado por irse pa' los Yores? Aquí en esta ancla, aquí mismito, fue la última vez que hablé con mi Pablo antes de viajar.*

Claro que me acordaba, Pablo siempre andaba con revistas americanas chicaneando en clase. A veces se iba para el muelle a conversar con los gringos, le encantaba que le contaran historias de fama y fortuna. Casilda suspiró profundamente, como si tuviera un gran peso auestas y se quedó mirando de nuevo la oxidada ancla. Se persignó, le dio tres golpes al monumento con los nudillos de sus dedos y en voz baja empezó a hablarle a Pablo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y su voz se quebró de inmediato.

—*Mijo, ¿por qué no me escuchó cuando le dije que no se fuera, que en esa tierra ajena ni su papá ni yo le habíamos sembrado nada? ¿Por qué te pusiste tan furioso? ¿Pensabas que no te entendía? ¿Pero mi amor, si mi corazón sabía que si te ibas no te volvería a ver! ¿Creías que yéndote de polizón en uno de esos barcos ibas a cumplir tu sueño? ¿Verdad? Mírame ahora, yo aquí sin saber qué fue lo que pasó. En mi mente todavía hacen eco tus últimas palabras: “¡Voy por lo mío!”. ¡Ay, Pablo!, ¿por qué dejaste que las gaviotas hicieran nido en tu cabeza?*



Ya han pasado más de quince años desde aquella despedida. Pablo le pidió la bendición a su madre, se quitó el escapulario que llevaba en el cuello como recuerdo de su primera comunión, se lo entregó, le dio un beso en la frente y se fue. Casilda no le mira, es como si realmente no estuviera a su lado. Se echa la bendición con la mano en la que lleva puesto el escapulario y pone las flores en la base del ancla. Mientras hace su ofrenda de amor, retoma su conversación con Pablo.

*—¡Jamás pude darte cristiana sepultura! ¡Pablo, mi primer pujo! Ahora solo me queda aferrarme a este lugar. ¡Si! A esta ancla que hoy honra tu memoria. Ahora cada domingo mientras tenga vida y fuerzas para caminar cumpliré mi cita sagrada contigo.*

Con sus manos llenas de cicatrices, la vieja vendedora de pescado limpia su rostro bañado en lágrimas, se despide de Pablo y le da de nuevo tres golpecitos al ancla. Pero antes de irse se quita el escapulario, me lo entrega y con una generosa sonrisa dice: *Ay, profé Rosalía, gracias. La espero el domingo, no me vaya a fallar.*



# CRÓNICA



BENJAMÍN RÍOS ESCARRIA  
Valle del Cauca · Cali  
Taller Biblioteca de la Universidad Santiago de Cali

# YO, GENIO Y LOCO



—¡Váyase para la casa, malparido!

Esa fue la respuesta que me dio mi padre cuando le pedí diez centavos para comprar una kola y un pan, mientras él estaba sentado a una mesa tomando cerveza con unos amigos.

\*

Ese fue el padre que yo conocí, de nombre José Álvarez, hasta que cumplí cuatro años, cuando nos abandonó a mi mamá, a mis dos hermanos y a mí. Tomaba dos o tres días a la semana, a veces acompañado de mujeres, y, cuando ya estaba borracho, no faltaba la pelea en la que estuviera involucrado, en la que era muy diestro tanto con los puños como con el machete, que siempre llevaba al cinto. Era muy violento, aunque a mi madre, Ana Clara García, nunca la agredió. Ella era una santa. Su cariño hacia nosotros suplía las carencias del amor paterno. Le dio tuberculosis a los siete años, no fue bien tratada y su salud fue precaria hasta que murió a los sesenta y un años.

\*

Vivíamos en Sevilla, Valle, un pueblo que al igual que otros del norte del departamento nació de la colonización de arrieros antioqueños. Teníamos riquezas, pero pasábamos afugias económicas. Mi padre poseía tierras cultivadas en pasto para ganado en el corregimiento de Barragán y una finca en

Samaria, entre Caicedonia y Sevilla. Mi madre le rogaba que pusiera unas vaquitas para tener la leche y el queso, pero a él no le importaba.

Era liberal viviendo en un pueblo de godos. Un día, con un copartidario y amigo de farra, embriagados, entraron al seminario, agredieron a unos sacerdotes y les robaron dinero. A partir de ese momento los incluyeron en la lista de los que había que matar y tuvo que salir del pueblo y trasladarse a Palmira. Por cierto, un día le dejaron un panfleto en la finca en el que le exigían irse inmediatamente de la ciudad, porque de lo contrario iban esa misma noche y lo mataban. Él no solamente no se fue, sino que limpió el revólver, afiló el machete y un cuchillo y los esperó levantado toda la noche. Al final, nadie apareció.

Cuando mi padre nos abandonó, nos vinimos a vivir a Cali, donde mis abuelos maternos, quienes nos acogieron muy bien, en una casita en el centro, cerca del antiguo colegio San Luis. La casa no tenía cielo raso y había muchos zancudos. Mi madre, para que no me picaran, me metía el cuerpo en unos talegos en que venía la harina de trigo.

Mi abuelo Jesús María García era médium espiritista, invocaba a los espíritus de luz y decía que veía y conversaba con los difuntos. Una noche me desperté asustado porque lo escuché llorando y hablando con un nieto suyo a quien habían matado en el departamento del Tolima.

Me matricularon en la Escuela Miguel Antonio Caro en el barrio San Bosco. Aprendía fácil porque mi madre, cuando trabajaba en Sevilla en una finca preparando almuerzos para los trabajadores, en sus ratos libres me enseñó a leer y escribir, a sumar y restar. Eso me tenía muy feliz.

Tenía siete años y cursaba el grado primero. Una mañana a la hora del descanso, un estudiante de raza negra de apellido Mallarino, de diecisiete años, me hizo señas de que lo acompañara al salón; cerró la puerta, me tapó la boca, me recostó sobre un pupitre y me violó. Sentí un dolor muy grande entre las piernas y un odio inmenso hacia los negros. No le conté a nadie porque él me amenazó y además yo era muy tímido y pensé que los profesores y compañeros me irían a calificar mal.

Mi desventura tuvo otro capítulo de dolor. Tenía nueve años, estaba solo en mi casa cuando llegó un pariente, Adolfo Torres, hombre mestizo, de baja estatura, quien se había ganado la confianza de mi familia. Me tomó de la mano y me llevó a una de las habitaciones, donde abusó de mí. Esta vez sí le conté a mi madre, pero el infeliz no volvió a aparecerse. Creo que a partir de ese día comencé a experimentar cosas raras en mi cabeza.

Ese año, al terminar grado tercero, nos regresamos para Sevilla donde unas tías.

\*

Estudí en el Colegio General Santander hasta quinto de bachillerato. Era muy inteligente, considero que tenía ideas de genio. En una tarea de investigación del colegio escribí un ensayo de trescientas sesenta páginas sobre el origen del universo. Fue el mejor. En esta investigación me anticipé a toda una generación y hablé sobre los agujeros negros. Desafortunadamente le di a guardar el trabajo a mi hermano menor, Israel, quien lo perdió, parece que se lo entregó a los gringos. En mi imaginación vi cómo se creó el universo y me faltaron segundos para ver a Dios en ese proceso creador.

Escribí también en doce páginas una introducción al cálculo vectorial. Todos esos escritos los perdí.

En ese colegio y en plena adolescencia fui muy feliz, a pesar de que tenía compañeros de estudio cuchilleros y pistoleros que nos intimidaban.

\*

La familia de mi madre era espiritista y asistían al culto rosacruzista. Yo me sentí influenciado por esa escuela y su idea de la reencarnación. Esa época fue muy importante para mi formación, leí bastante: el *Hamlet*, de Shakespeare; *Fausto*, de Goethe; *El jugador*, de Dostoievski; *Las mil y una noches* y otros más.

Era niño todavía, tenía trece años y me daban unos impulsos de manosear a mis compañeras que no podía controlar. En una oportunidad, envalentonado por un señor, llevé a una niña de diez años a un pastizal y abusé de ella.

\*

Mi entorno familiar era un desastre. Por parte de mi papá tuve quince hermanos. Edinson, el mayor de ellos, violó a dos de sus hijas y las embarrizó. Hilarión, mi hermano mayor, era un borrachín, peleador, amigo de las putas. Su mujer, cansada de tanto sufrimiento al lado de él, consiguió otro marido. Hilarión, herido en su hombría y amor propio, se suicidó pegándose un tiro. Mi hermano menor, Israel, fue la excepción. Honrado,

trabajador, técnico en electricidad. Desde muy joven se fue para Venezuela, se casó y tuvo varios hijos. Hace tres años regresó a Cali y yo voy a visitarlo ocasionalmente.

\*

Por la violencia que se vivía en Sevilla, nosotros, liberales en un pueblo conservador, y por la situación económica, regresamos a Cali donde mis abuelos.

Cursé sexto de bachillerato en Santa Librada. Me fue muy bien en el estudio y mis compañeros de clase eran excelentes personas.

Presenté los exámenes para ingresar a la Universidad del Valle y saqué el sexto mejor puntaje entre más de trescientos estudiantes, lo cual me permitió ingresar a la Facultad de Medicina para cumplir mi sueño de ser médico.

\*

Desde niño comencé a tener problemas con el sueño. Me daban pesadillas y me despertaba sobresaltado. Una vez soñé que iba por una carretera desierta, de pronto encontré una casa con las luces encendidas, me acerqué a una de las ventanas del frente y vi a unas personas moviendo ataúdes y sacando cadáveres, a los que les daban una pócima que los regresaba a la vida.

Soñé frecuentemente que me violaban introduciéndome los dedos en el ano.

Muchas veces al despertarme en la noche veía visiones. En una oportunidad vi a una señora vestida de negro, sentada a horcajadas sobre la tapia que separaba nuestra casa de la casa vecina, y me hacía señas de que me acercara, aunque no me atreví a hacerlo.

Pero la mejor visión que tuve fue un Viernes Santo. Vi a Jesucristo con un cuerpo y rostro muy bellos, majestuoso, de sayal blanco y túnica rosada, ojos azules, cabellos rojo-rubios, de una belleza griega clásica. Nunca he sentido un bienestar físico tan perfecto como en ese momento.

\*

Me he enamorado una sola vez en la vida. Estaba iniciando tercer semestre de Medicina y conocí a una estudiante de Ingeniería Química llamada María del Carmen Ricaute Rosasco. Era bella y elegante, me flechó de inmediato, aunque ella esquivaba la mirada cuando coincidía con la mía.

Mis noches de sueño eran compartidas entre las pesadillas que me dejaban exhausto y el rostro y nombre de ella, que de tanto verlo y pronunciarlo iban copando mi mente en perjuicio de los conceptos y las teorías aprendidos en la universidad. Para calmar mi angustia, empecé a fumar cigarrillo. Llegué a fumarme ochenta cigarrillos al día. No podía vivir sin verla ni escuchar su voz, entonces solicité cambio de plan de estudios y me pasé a Ingeniería Química. Soñaba con irme con ella a París a estudiar literatura. Quería ser escritor.

Un día de mayo, al caer la tarde, la abordé en el Centro Deportivo Universitario (CDU) de San Fernando y le declaré mi amor. Se paró, me miró con desprecio y se alejó. No la seguí ese día, sentí una opresión en el pecho y los ojos se me llenaron de lágrimas. Me senté en el sardinel de cemento hasta que la noche me arropó.

En las semanas siguientes la seguía a todas partes, me arrodillaba a implorarle que me hablara y que me quisiera un poco. Le escribí mil cartas, aunque solo le entregué unas pocas, hasta que las descubrí en el tarro de la basura, sin abrir.

El interés y dedicación a mis estudios bajó considerablemente. Solo tenía cabeza para ella. Me refugiaba en mi cuarto o en los baños de la universidad a masturbarme. Solo me detenía cuando se me nublaba la mente y las piernas me flaqueaban. Finalizando el segundo semestre me sacaron de la universidad por bajo rendimiento.

Tenía una confusión tan grande, que unos compañeros de estudio fueron donde mi tío, hermano de mi madre, y le contaron que yo estaba enfermo de la cabeza. Él y ella me recomendaron que me saliera de estudiar y me pusiera en tratamiento médico.

Un profesor de la Facultad de Medicina me dio una carta para que fuera a consulta con el doctor León en el hospital psiquiátrico San Isidro. Al entrar y ponerme en lista de espera, observé personas que iban y venían como sin rumbo, otras hablaban y gesticulaban solas y una se me acercó y me dijo que la ayudara a salir porque en ese sitio la iban a matar.

Cuando me llamaron a consulta, el doctor León comenzó a interrogarme y yo a darle respuestas equivocadas con respecto a mi comportamiento. Deduzco que no pudo emitir un buen diagnóstico acerca de mi enfermedad.

\*

—Álvaro, ¿sigues enamorado de María del Carmen? Esa vieja es una perra. Eres un pendejo arrastrándote tras ella. ¡Todas las mujeres son unas perras!

—No, ella es pura y casta. Ella no está contaminada por el pecado. Tú sí, Mario, eres un perverso. Has asesinado a muchas mujeres y hombres. Me contaste que mataste a gente que ni conocías. Te vas a condenar y el mismísimo demonio va a venir por ti.

—Ja, ja, ja, ¿qué pasa Álvaro, estás confundido? Se te escapó la única mujer de la que te has enamorado o ¿es que en realidad no te gustan las mujeres sino los hombres?

—No, no, yo la amo de verdad, yo quiero vivir con ella porque es como una virgen. Mujeres como ella, y los niños, son los únicos santos, puros de corazón. Ustedes son parientes del demonio.

—Todas las mujeres nacimos para el goce, Álvaro. Nuestro cuerpo se hizo para ser tocado, poseído por los hombres. Tu María del Carmen es tan puta como yo, se revuelca en la cama con sus amantes mientras tú solo recibes desaires y desprecio. Anda, cógete otra vieja y dale gusto a tus instintos.

—¡Váyanse por el amor de Dios!

—¡Ni Dios ni Jesucristo existen! ¿De dónde sacaste esas ideas estúpidas? Anda, consigue armas y defiéndete de los que están contra ti. No te dejes joder de nadie.

—Hola, me extraña que menciones a Dios si tú eres comunista y ateo. ¿Se te olvida que memorizabas a Marx, a Sartre y a Camus? ¿Que no crees en los curas, en los santos ni en la iglesia?

—Me asustan con sus voces, me ofenden porque no los puedo ver. Si pudiera tenerlos en frente mío los destrozaría a puñal.

—¿Quieres ver mi cara, Álvaro? Mira en el espejo, allí estoy.

—¿Ese eres tú, Mario? Yo te he visto antes. Ese color de piel casi blanco, cabeza grande con cabello corto y chuzudo, brazos fuertes y abdomen descolgado, la boca abierta y desdentada, me recuerda a alguien.

—Ja, ja, ja, claro que me conoces, pendejo de mierda. Cuántas veces hemos hablado, en cuántas ocasiones te he dicho que eres un perdedor, que tienes mala sangre. Dices amar a tu madre y sin embargo deseabas fornicar con ella.

—Calla, calla, espíritu del mal.

Estas agresiones las sufría más en las noches que en el día. Me despertaban solo para insultarme, para provocarme, y yo sin poder hacer nada porque no veía sus cuerpos, solo escuchaba sus voces que destilaban odio



hacia mí. Cuando se iban, quedaba intranquilo, irascible, sin poder conciliar nuevamente el sueño.

Julio César, Mario y Ana María son seres malos, trabajaron para el cartel de Medellín bajo las órdenes de Pablo Escobar. Cuando hablaban conmigo para aterrorizarme, me contaban de los encargos que le cumplían al jefe, las torturas a sus víctimas y las bacanales en que participaban. Me hablan desde que yo tenía diecinueve años.

\*

Un día de agosto de 1972 iba caminando con mi madre por una calle del barrio Calima en Cali. De repente, un señor la tomó por el brazo y la invitó a sentarse con él a la mesa a tomar aguardiente. Vi que tenía un puñal en la pretina del pantalón y temí que le fuera a hacer daño. De repente escuché la voz de Julio César que me decía: “Defiende a tu madre, coge un arma y mátalos antes de que él lo haga con ella”. Sin pensarlo más cogí una botella que estaba sobre la mesa y se la descargué en la cabeza; cogí el pico con varias puntas y le propiné treinta y seis heridas en el estómago.

La policía fue a mi casa a buscarme, pero mi madre me escondió y les dijo que yo había salido de la ciudad.

\*

Era el año 1975, hacía unos diez meses que había fallecido mi madre. Yo estaba viviendo donde Edison García, un hermano medio. Mi enfermedad era más notoria, la gente me tildaba de loco y con frecuencia me veía envuelto en líos. Me echaron de esa casa y me fui a vivir donde mi hermana Dioselina. Un día estaba sentado en el andén y un marihuanero, sin mediar motivo, me mentó la madre. No había peor ofensa en aquel momento. Una voz interior, tal vez la de Mario, me decía ¡mátalo! Saqué un cuchillo de la cocina y lo desafié. Él tenía un machete y me hizo varios lances que yo esquivé. En un descuido suyo le enterré el cuchillo en el ombligo. Murió a los tres meses.

\*

Estuve interno en el hospital psiquiátrico San Isidro. Los médicos me diagnosticaron una enfermedad mental, esquizofrenia, y recomendaron reposo y tratamiento a base de medicamentos.

Gracias a la intervención de unos amigos, compañeros de estudio del colegio y la universidad, y de médicos del hospital, me trasladaron a El Cottolengo, en el municipio de Jamundí, donde el padre Alonso Ocampo me brindó hospitalidad. Era el 9 de mayo de 1979.

El padre Ocampo, fundador y director de la Institución, era un hombre muy culto, hablaba latín, italiano y francés. Graduado en Filosofía y Letras, trataba con gran propiedad no solo de temas teológicos, sino de la cultura universal. Me explicó las cinco vías de santo Tomás (*Summa Teológica*), que son las cinco pruebas de la existencia de Dios. Para mí esto fue muy importante, porque como consecuencia de la muerte de mi madre, que era lo más amoroso que yo tenía, Dios también murió para mí, al igual que toda su iglesia. Me permitió entonces reencontrarme con la Fe y el amor al Ser Supremo.

\*

La permanencia en El Cottolengo no ha sido fácil. Tuve que luchar y aún continué luchando contra la ignorancia, la envidia y la intolerancia de los otros internos. Los que provienen de las zonas marginales son degenerados, pervertidos, no valoran a personajes como Bach, Beethoven, Paganini y su extraordinaria música.

Uno de los internos, de origen pastuso, cada que me veía me insultaba, me mentaba la madre. Un día estaba malhumorado, había dormido poco porque los tres sicarios me despertaron para decirme improperios y me topé con él y repitió la ofensa. Cogí una botella, la despiqué y lo chucé. Murió a los tres días. Por otros motivos, para mí válidos, tuve que golpear a otros internos, creo que como a diez.

Hace varios años que no me meto en problemas, ya duermo mejor, me acuesto a las ocho de la noche y me despierto entre las cuatro y cinco de la mañana. Rezo a mi Dios, único que merece mis oraciones, y me quedo en la cama hasta que amanece. Vivo contento, el personal administrativo y de servicio me quiere porque les hago mandados dentro y fuera de El Cottolengo. Si hay algún compañero enfermo, lo acompaño, y si es necesario, lo baño y le cambio la ropa.

Julio César, Mario y Ana María siguen hablando conmigo, aunque ya no me ofenden tanto. En ocasiones me despiertan a medianoche, me dicen cosas sin importancia, pero pronto sus voces se van y puedo seguir durmiendo.

Cuando muera quiero ganarme con Dios la oportunidad de reencarnar, seré moralmente cristiano, no diré malas palabras y me dedicaré a la investigación médica; quiero ser útil sirviendo a los enfermos. En caso de que nazca en un hogar pobre, seré profesor de matemáticas.

\* \* \*



# DRAMATURGIA



JESÚS DAVID GONZÁLEZ ROMERO  
Manizales · Caldas  
Taller Permanente de Dramaturgia

# AMATISTA



*A Magdalena Vargas, quien con sus historias llenaba de vida mi infancia. Quien con sus manos servía las mejores tazas de café; quien con sus brazos regalaba abrigo en los mejores y peores momentos. A ella, víctima del café que dejaba el mejor insomnio a largas noches de historias y risas. A ella que sabía despertar sus ojos y los míos con el mejor café. A ella y su café, el de sus ojos, el de sus tazas, el de sus paredes.*

## AMATISTA

*(Mujer vestida con batola violeta rodea una mecedora, se sienta. Pasa los dedos por entre sus cabellos para peinarlos, se levanta. Toma un turbante negro y lo enreda en su cabellera blanca. Saca de su bolsillo una caja de cerillas y comienza a encender velas que están en tazas llenas de tierra echadas por el suelo. Tararea).*

AMATISTA: Una y otra van pasando. Llevan en su rostro las calaveras de sus hijos, de sus esposos, de sus viejos. *(Golpea desde atrás los brazos de la mecedora con las palmas de sus manos)*. Caminan en todas direcciones. Corren, huyen, parece que el alma se les sale con cada paso. Los crímenes de otros los purgan todas las desdichadas. No son más que piedras secas en el camino. El polvo les contamina con cada paso endemoniado de botas de caucho. Como si su rostro mismo hubiese sido aplastado por una gran bota. —¡Lucía!—. Esa muchacha ya no tiene vida, se la quitaron, se llevaron de su pecho su amor. Ramiro, su hijo, era un buen muchacho; limpio, sano. No tenía más que la humildad que le vestía y un amor como tesoro que su madre le heredaba. Se lo llevaron a la fuerza. Unos cuantos días en

cautiverio y luego se lo entregaron a la tierra para que esta lo abrazara. Para que esta fuera su última morada.

*(Se sienta de nuevo).* —¡Juan! ¡Tista! Tista, miijo, tráigame un café—. Las mañanas no son lo mismo si no se les impregna de café. Cada gota baña la garganta y le da vida, como preparando el cuerpo para lo que Dios quiera que pase durante el día. A lo lejos se escuchan los muchachos correteando con las ruedas; ellos y sus manos sucias riegan sonrisas pueblo abajo. Corren y ruedan las llantas empujadas por la magia de su inocencia. Sus pisadas están también marcadas en esta tierra; al fin y al cabo, no es tierra de olvido. *(Toma una taza y apaga la vela contenida en ella).* —Martha, miija, me duele la memoria. Necesito una pastica de esas verdes de campo, de esas rojas de rosas, de esas amarillo medio día. Tráigame dos, no vaya a ser que a usted también le falle la memoria y me deje mañana sin cuota de compañía—. A esa muchacha a veces se le olvida que existo, tiene la cabeza en otro lado, desde chiquita tenía la mirada perdida; pero ahora parece que nunca más la volvió a encontrar. Dicen que la última vez que la vieron fue entre el cafetal, el día de la alborada cuando ella apenas se ponía el delantal de plástico para empezar la recolecta. Los gritos de la muchedumbre fueron más fuertes que los de la pólvora. La pólvora estaba entre el cielo y el cafetal. Él también. El cafetal ese día estuvo rojo y no era por la cosecha, estaba bañado y no por el rocío de la madrugada. Su esposo también fue arrebatado ¡Ay muchacha que tienes labios de acero! La muerte te vistió de madrugada y en la recolecta tan solo recogiste tristezas de amaneceres rotos. No quiero más, muchacha. No quiero más de tus tristezas en mi café. No quiero oír el chasquido de tus dientes en la taza. Déjame la taza en la mesa y ve a descansar, es tarde para una mujer trabajadora como tú.

Las noches siempre son las mismas, las cigarras cantan como presagiando que un nuevo día vendrá con su destierro. El éxodo comienza entonces antes de que salga el sol. Comienza con una taza de agua de panela bien caliente, unas manos frías por la espera y unos ojos sucios porque los despertó la madrugada sin licencia de tibir el agua con un rayito de sol. Comienza con las botas de caucho a medio limpiar; porque al fin y al cabo se llenarán de tierra con las horas de caminata. Se suman los más valientes; los más miedosos no caminan, sino que corren. A esos, a esos les llamo valientes. Corren dejando bien marcadas en la tierra sus penas; corren y atraviesan el agua que inunda sus pies. No hay tiempo para sacar el agua de las botas, solo para lavar un poco las manos, pasarlas por la frente bañada de sudor y darle así un poco de consuelo a la falta de aire.

Las manos se limpian un poco, pero las botas, esas sí que lucen ya limpias después de atravesar el río.

*(Toma otra taza y juega con el fuego de la vela).* Una vez soñé que lo abrazaba, sentía el calor de su respiración justo en mi nuca; como cuando era pequeño y recostaba su cabecita en mi pecho; entonces dejaba caer su mentón sobre mi hombro y venía el calorcito para el cuerpo. Primero, primero el calor merodeaba en el cuello y la espalda, y luego lentamente bajaba hasta los pies. Y de allí parecía que la tierra lo devolviera como si fuera su propio aliento; y entonces me sentía más viva por tener los pies bien sobre la tierra. El calor golpeaba el pecho. Era amor. Era el amor que me hacía sentir viva. Era su vaporcito de alma lo que me llenaba. Los sueños no son más que los deseos que el mismo Dios siembra para adormecer el alma. Los deseos no son más que los rezagos de una vida con vacíos. Ya no sueño. Ya no sueño porque no lo sueño. Esta lámpara parece apagarse como yo. Pero no me abandona la luz, como tampoco me abandona el aliento de un amanecer soleado. Tiemblan los pasos para llegar a la ventana. Como ese día. Mis manos conocen mejor las paredes que las de cualquier artista que pasa horas acariciando el barro con sus manos para darle viva forma. Mis manos plasman en el blanco de la cal las largas horas de soledad. El tiempo se ha encargado de mancharlas con un café sin sabor, un café amargo como la ausencia de su voz. —Joaquín, Joaquín, no olvide recoger la leche en casa de doña Mariela, y dígale que no la he visitado porque el corazón lo tengo roto, porque las piernas no están muy convencidas de llevarme para ver sus ojos agrietados por la sal de sus lágrimas. Dígale que no he ido a verla por puro miedo a romperle con un abrazo. Dígale que la leche tibia es buena para el hambre del ternero, y que cuando tenga algo de sol, mis piernas llevarán mis pasos hasta verla. ¡Ah! y no olvide llevarle algo de café, la pobre no volvió a cosecharlo desde que vio el cafetal rojito como el amor que le tenía a Isidro—. Las madres no son más que las dolientes de sus hijos. Desde que paren ya están sufriendo por el llanto de quien a la vida traen. Vivir duele. Morir no. Pero morir y dejar a una madre viva con el dolor de la muerte de su hijo, ese es el peor castigo para ellas. Toda madre quisiera morir primero, antes que ver partir a sus retoños. El cafetal de los Vargas era muy bonito. Hectáreas de verde cubrían la montaña que en cuestión de meses se volvía como la Navidad; se mantenía la esperanza del verde vida y brillaba el rojo punteado entre ella. Parecía que la montaña hubiera estado bañada por escarlatas redondas que derramaban dulzura sobre la tierra. La mañana en que doña Mariela justo se levantaba

para dar los tragos a su marido antes de que este visitara el cafetal, no fue de fiesta de alborada, sino más bien el escarlata de sus cultivos había tomado vida. Sí. La vida de su hijo Isidro le había sido arrebatada de entre los cafetales rellenos de café. Fue la mejor cosecha para ellos, pero la más dolorosa también. Tuvieron que recoger el cuerpo de su hijo deshecho por las balas. No había un grano más en sus cafetos como tampoco un tiro más en el cuerpo del pobre muchacho. —Dios lo tenga en su gloria y le permita gozar de vida eterna—. *(Toma otra taza y enciende su vela)*. Siempre me he preguntado por qué rezar por los muertos, cuando son los vivos los que se quedan sufriendo. —Dale señor fortaleza a su familia—. Era semilla que las botas de caucho pisaron hasta hundirle bajo la tierra y no precisamente para que germinara, sino obligándolo a condenarse al peso que tiene la tierra sobre los cuerpos sin sol. Cala los huesos el frío de esta noche. El armario está lejos para arrebatarse una cobija. Siempre dormí bien vestida, no fuera que el demonio y sus disparos me atacaran robándome el sueño y tuviera que salir monte adentro como alma que lleva el... ¿qué es lo que estoy diciendo? Si el demonio no es más que un cobarde con botas de caucho y manos de plomo. *(Se levanta, toma dos tazas y las choca entre sí. Las deja de nuevo por el suelo)*.

Mi nombre es Flor, pero he decidido llamarme Amatista. Ama. Tista. Ama a Tista. Ama a su hijo. Ama a Bautista. Juan Bautista es mi hijo. Corre todavía calle abajo. Desde esta ventana lo saludo todos los días cuando pasa muy apurado para su trabajo. Al pobre siempre le ha costado madrugar. *(Toma una taza vacía)*.

De pequeño le llevaba un cafecito a la cama para que se levantara con más energía. Él sonreía y decía que lo despertaba el olor a madre y a café. Siempre fue un buen muchacho. Tendía bien su cama antes de salir corriendo para la escuela, no se iba sin besar mi frente. —Dios me lo bendiga mijo y me lo libre de todo mal y peligro—. *(Canta y golpea con la palma de su mano la boca de la taza)*. *Orrí orra san Antonio ya se va. Señora santa Ana ¿Por qué llora el niño? Por una manzana que se le ha perdido. (Tapa la taza con la palma de su mano)*.

Una noche, una de esas últimas en las que la cabeza encontraba alivio en la almohada, soñé que Tista venía hacia mí. Había algo que no lograba entender. Corría y miraba hacia atrás. Miraba y sonreía; pero cada vez que lo hacía, aceleraba más su paso. De pronto gritó a lo lejos “Mi Flor” y entonces fui yo la que sonrió con sus palabras. Gritaba una y otra vez lo mismo, “Mi Flor”, “Mi Flor” y su rostro iba cambiando. Miraba atrás más a menudo y



su rostro palidecía con cada regreso. Una manzana lo perseguía. Una manzana rodaba calle abajo. Una manzana gigante. Abrí las puertas de la casa de par en par para que entrara en ella antes de que la manzana pudiera alcanzarlo; gritó de nuevo “Mi Flor” y cayó a mis pies. Lo abracé y luego lo escondí tras la puerta, que, cerrada, no permitiría entrar a la manzana; y al girar después de hacerlo, Tista no estaba. Corrí al zaguán para ver si allí se escondía, pero tampoco estaba; pasé a la cocina y no estaba tampoco; y cuando crucé al patio, estaba acostado mirando al cielo y sonriendo. Me despertó su carita sonriente, ese fue mi mejor sueño, su sonrisa.

Una manzana fue la causa. Una manzana que se había perdido. Mi niño lloraba por una manzana, y yo lloraba por mi niño. *(Canta, golpea nuevamente con su palma y con más fuerza la boca de la taza). Orri orra san Antonio ya se va. ¡Ya se fue!*

Un café por favor. Un café para alivianar la espera. Un café para acompañar la amargura. Un café para acompasar el tiempo. *(Canta). Mira qué bonito lo vienen bajando, con ramos de flores lo van adornando. Orri orra. —¡Joaquín, mijo, ya vienen con él!—*. Las puertas de mi casa se abrieron para recibirlo de nuevo. Su rostro estaba pálido como cuando hacía pilatunas y se sentía descubierta. Cuando lo vi, dejé caer la taza y el café bañó mis piernas como para mantenerlas despiertas. Su cuerpo tenía rayas de cebrá. Rayas de tierra entre las heridas, que más bien parecían arañazos de tigre. Como la amatista, rayas de cebrá y arañazos de tigre sobre nuestras pieles. *(Toma la taza y la hace girar sobre la palma de su mano).*

Un café por favor. Un café de madrugada para despertar bien los ojos. Un café por favor. Un café que despierte el día. Un café, por favor. Un café para acompañar la soledad. ¿Qué nadie me escucha? ¿Se hacen los sordos para no servir café! La ventana es café. Café pálido por las huellas del sudor en su marco de recostar este viejo cuerpo para verlo todos los días, para verles sus caras de dolor, para recordar un poco las ruedas y los pasos y los gritos de nuestros pequeños sonriendo calle abajo.

Esa noche mi frente lloraba. Grité su nombre y no fui escuchada. ¡Corre, corre, no vaya a ser que te alcance la manzana, mi pequeño! No me escuchó. Mis gritos de madre no lo protegieron. No llegaron a sus oídos las advertencias de mi sueño. Dicen que lo vieron sonreír antes de partir. Que dejó una lágrima resbalar por su sien. ¿Por qué llora el niño? *(Canta) Orri orra. Un café por favor para mantenerme alerta. Un café para alargar la noche. —Martha, mija, me duele la memoria, necesito una pastica de esas verdes de... de esas rojas... de... de esas amarillo medio día—. ¡Medio*

día! (*Se levanta, toma varias tazas del suelo y vacía la tierra contenida en ellas sobre su cabeza*). Mi hijo entró a mi casa a medio día. Entró y me partió el alma. —Martha, hija, me duele la memoria ¡Una pastica para recordar!—. Venía pálido. Como cuando se ahogaba de pequeño, como cuando corría empujando su rueda con la mano, como cuando corría para llegar rápido a la recolecta porque le había costado trabajo despertarse solo. Venía sin aire y me robó el mío porque no dijo más mi nombre, porque sus labios estaban cerrados y así se mantendrían. Lo callaron, le robaron el aire, lo obligaron a ir a casa con las piernas de otros. Le quitaron su voz y a mí la vida. Mis piernas tiemblan y tambaleo. Un café para mantenerme en pie. Un café que me despierte de esta pesadilla.

—¡Joaquín, nuestro niño!—. (*Se tumba en la silla y Canta*). *Orri orra. San Antonio ya se va*. Ya se va, ya se fue. Tista no gritó, no tuvo tiempo de sacar su voz para llamarme. No hubo flor que lo guardara, no llevé flores, no me dijo “Mi Flor”. (*Canta*). *Señora santa Ana, ¿por qué llora el niño? Por una manzana que se le ha perdido*. Sus botas estaban limpias como las de buen trabajador, solo tenían marcas de tierra de campo puro con aroma de café. Mi niño también fue aplastado por las botas de caucho y manos de plomo. Por las botas de caucho que hacen correr, que incendian, que quitan, que matan. ¡Ya recordé! ¡Las botas! Sí, las botas. Hay botas que dan vida, en la mañana, cuando hay que levantarse y calzarlas y labrar la tierra; en las tardes, para traer los cuerpos cansados de regreso a casa después de la recolecta del café; y en la noche, cuando se ayudan a quitarlas porque es hora ya de descansar. A esas botas las llamo hombres, padres, esposos, hijos, hermanos, primos, sobrinos, nietos, amigos. Las otras botas, las del demonio, las de caucho y manos de plomo, son aquellas que dan muerte, desolación, despojo; son las que obligan a salir corriendo de nuestras casas y atravesar ríos. Son aquellas que alzan fuego en la noche, que quitan el aliento en las mañanas, y que obligan a llevar flores en las tardes. Son botas que aplastan las semillas. Son botas que manchan los campos y se quedan con la vida del cafetal. Se llevan a nuestros hombres y así nuestras vidas. Traen consigo la manzana de la discordia. Los crímenes de los otros los pagan las desdichadas. Las hijas que se quedan sin padres, las hermanas sin hermanos, las esposas sin esposos, las madres que nos quedamos sin hijos. Lucía, Mariela, Martha. Amatista. ¿Por qué llora el niño? Lloro por una manzana y yo lloro por él. Una manzana, una manzana perdida. Una manzana de discordia lanzada contra la vida. Una bala. Una bala perdida.

Señora Flor, ¿por qué llora? Por una bala perdida, por un hijo caído. *(Canta). Orri orra. San Antonio ya se va. (Se levanta. Balancea la mecedora).*

Desde mi ventana las veo. Una y otra van pasando. Llevan en su rostro las calaveras de sus hijos, de sus esposos, de sus viejos. Caminan en todas direcciones. Corren, huyen, parece que el alma se les sale con cada paso. Yo en cambio me quedé inmóvil, marchita aquí en mi ventana, entre el café de la noche y el de su funeral, entre el café de las paredes manchadas por mis manos porque ya mis viejos y nublados ojos se murieron en la espera. Porque mis manos vacías ya no abrazan a mi hijo, sino que buscan su eco entre estas paredes de cal. Porque los años se llevaron mi vista pero no mis recuerdos. Porque sus rostros siguen ahí corriendo calle abajo y calle arriba. Los crímenes de otros los purgan todas las desdichadas. Desde aquí los pude ver por años, por siempre. Desde aquí los veo con el café de la tierra que tengo encima, que no me deja ver el sol. Me quedé en la ventana para ver corretear a Tista calle abajo con su rueda, para ver cómo pasaba calle arriba buscando la recolecta, para recordar cada beso suyo lanzado desde esa calle. Mi hijo vino a casa buscando una flor de despedida, buscando a su Flor, y yo, yo me quedé viviéndolo aun muerta. *(Se sienta).*

—Juan Bautista, Tista. Tista, hijo, tráigame un café oscuro para aleargar el día, un café de espera, un café de compañía, un café de charla tendida. Un café para saborear la noche, para acompañar la soledad. Un café por favor. Un café.

*Telón.*



# OPINIÓN



CLARIVEL NARANJO RODAS  
Valle del Cauca · Tuluá  
Taller Nautilus

# LA EDUCACIÓN EN COLOMBIA, UN VIAJE SIN ESPERANZA



Hace poco, mientras pensaba en la tarea de escribir un artículo de opinión, me dormí y empecé a soñar de manera muy vívida sobre un viaje que empezaba en una terminal de transportes; esperaba, en un bus obsoleto, a que este por fin saliera hacia el lugar de destino, el cual no conocía en el sueño. Tenía la angustia de quien espera en el asiento del bus, con el tiquete en la mano, a que este arranque, mientras los conductores, ajenos a la situación del pasajero, se divierten conversando animadamente y haciéndose chanzas, a la espera de nuevos viajeros.

Posteriormente me vi, ya el bus en movimiento, tratando de bajarme en un sitio despoblado, también afanosamente para alcanzar un tren en el que debía seguir; finalmente aparecí de nuevo, ahora reposada, en un tren de pasajeros como el de la antigua ruta Cali-Tuluá-Armenia, divisando un paisaje en el que solo veía a lado y lado el saludo afanoso de los árboles, instalados sobre alfombras de pastos de diversos tonos.

Al despertar, pensé que, de algún modo, la educación en Colombia, campo en el que me desempeño laboralmente, podría pensarse alegóricamente como un viaje en el que cada uno de los implicados se desplaza en un medio de transporte distinto, aunque el destino es el mismo. De un lado están los estudiantes, quienes con su capacidad, sus posibilidades y todo un mundo por delante merecen un viaje con la fuerza y la velocidad

del AVE;<sup>17</sup> del otro, se encuentran los que sobreviven del sector, entre ellos directivos y maestros, cuya dependencia de normas y entidades hace que se vean obligados a viajar en trenes de país en vía de desarrollo; y por último, el Estado, el gran ordenador del sector, montado en los obsoletos buses de otras épocas, que depende de ciertos personajes que toman el timón del automotor y lo dirigen a su antojo, con la despreocupación de quien devenga sus recursos, bajo sus condiciones, sin preocuparse por los usuarios que se sirven de él.

En este sentido, quienes estamos inmersos en la labor educativa y damos una mirada reflexiva a la misma, vemos cómo el Estado, conector de la importancia de la educación para su desarrollo, dirige normas encaminadas a darle el estatus que merece; como ejemplo, “Colombia la más educada en el 2025”. Lo hace quizá iluminado por pensadores como García Márquez, que imaginó y escribió “por un país al alcance de los niños”, y dicta políticas como “ser pila paga”, pero en el momento de aplicar dichas normas se encuentran con la voracidad absurda de quienes viven al tanto de las leyes que desean ponerse en marcha en el sector, con el único fin de aprovecharse de ellas para sacar partido y esquilmar al Estado; lo vemos en noticias, algunas recientes, otras refritas, en las que se informa sobre la situación de los comedores escolares en el Chocó y en La Guajira, para mencionar las más sonadas, o el no pago de becas de “ser pila paga”, que hace que los esforzados provincianos ganadores del programa dejen de recibir los recursos para su sostenimiento en las universidades donde cursan sus estudios. A esto habría que agregarle que a cada norma en la que aparece incrementado el recurso económico para la educación se “amaran” muchas instituciones, unas de orden estatal y otras privadas, que con frecuencia son las que ponen palos a la rueda; ejemplos de ellos son el ICBF, el ICETEX, las universidades privadas y las empresas contratistas, sin las cuales sería imposible, en la actualidad, movilizar el presupuesto de la educación, incluyendo los municipios, destinatarios finales de los beneficios y ordenadores a su manera, como los conductores de los buses obsoletos, del gasto para las instituciones, donde unos espurios personajes con el flamante nombre de consejo directivo se ven obligados a trabajar con los pírricos recursos que finalmente llegan por concepto de “gratuidad”, que es el “rótulo” que se le da, desde el Gobierno, a las partidas que se designan por cada estudiante, cuando en realidad, como nadie ignora,

---

17 AVE: Alta Velocidad de España (trenes).

ello es un derecho constitucional. Eso después de haber hecho el recorrido desde las arcas del Estado en el bus de la obsolescencia hasta las empobrecidas instituciones donde se fragua, según la idea del poeta Rubén Darío, el capital más valioso de una nación: su niñez y su juventud.

Inmersos en este viaje por la necesidad, la mayoría de los trabajadores de la educación, pasando por rectores, coordinadores, docentes, administrativos y empleados de servicios generales de las instituciones, hacen su viaje en un tren que si bien les permite ir por un camino que por momentos tiene sus tramos gratos, especialmente al recibir el estipendio por la labor y la respuesta de algunos estudiantes que obvian las dificultades, tercios en su afán de ser bachilleres, paralelamente impide en gran medida, a quienes ejercen el oficio por vocación, ir más allá de la velocidad a la que puede llevarlos este tren paquidérmico que mantiene su marcha de años de funcionamiento sin mayores adelantos ni reparación, ya que ese viaje, que es de ida y vuelta, dependiendo del nivel de enseñanza, se vuelve monótono pues se acompaña a un grupo hasta finalizar su ciclo para empezar con otro en idénticas condiciones y así hasta “la muerte laboral”.

Visto de esta manera, niños, niñas y jóvenes en un país como el nuestro no tendrán la oportunidad de viajar con la velocidad del AVE y de sus capacidades. Simplemente se desplazan generación tras generación en medios de transporte que evolucionan de manera lenta. De allí el estancamiento, los ciclos que se repiten sin que se tenga la posibilidad de marchar a un ritmo que permita el avance, y es esta dinámica la que lleva a la abulia y la apatía, pues por mucho que se afanen, saben que van por lo mismo que han ido los de anteriores promociones. Su viaje, aunque debiera ser en trenes veloces y lujosos, no es posible. Para consolarnos, la historia nos recuerda que el salto del Renacimiento a la Ilustración y de esta a la internet se hizo de trescientos en trescientos; a años me refiero.

Es así como en el ámbito de la educación se repite la historia para que el país sostenga unas estructuras en las que unos pocos se mantienen de manera cómoda en el ápice de la pirámide, haciéndonos parecer a la mayoría que viajamos en trenes de alta velocidad, cuando en realidad nos llevan al ritmo de buses destaralados o cuando más en trenes de aquellos que algunos recordamos, aunque ya no existan en nuestro país, y cuyo símbolo son las locomotoras de adorno que perviven en algunos parques o aquellas herrumbadas carrileras y estaciones a orillas de carretera que se niegan tercamente a desaparecer de los paisajes citadinos, ante los embates de la “modernidad”.



# POESÍA





CARLOS BEDOYA CORREA  
Antioquia · Medellín  
Taller de Poesía MECA

# BARCAROLA



*En la escuela del dolor tú me diste  
a mí una beca.*

D.R.A.

Huir era lo primero  
en caso de buscar quedarse

Nubes hilarantes  
la ebria desolación  
de los adioses

A orillas de tu piélago  
ventana hermética  
chisporrotea una diosa  
broche de niebla  
donde prestos naufragamos.

CARLOS BEDOYA CORREA  
Antioquia · Medellín  
Taller de Poesía MECA

# LUNARIO



*Uno avanza aunque parezca  
que no se mueve.*

JAMES THURBER

Arde la noche  
a cada instante  
con más angustia  
cuando por fin  
yacemos  
asfixiados

Tus ojos ya en mis labios  
han partido  
hacia el azul eléctrico  
al bailar entre tantas  
ausencias  
burbujeando  
sedientas huellas  
de invernaderos  
en llamas

Al descongelarse el sol  
una balsa gaguea  
sin más destino

que el ártico  
esplendor  
tiritando a ratos  
mi lengua  
en tu arpa.



OLGA LILIANA TORO PINEDA  
Antioquia · Apartadó  
Taller de Escritores Urabá Escribe

## POEMA RESPONSORIAL



En coro al poema respondemos:

*“Hagamos el amor a la guerra”*

En este mundo agonizante  
el amor no tiene guerra con el odio  
el odio no tiene guerra con la alegría  
el hombre no conoce al hombre  
el hombre no se conoce a él mismo  
la guerra no conoce al mundo  
el mundo conoce la guerra...  
¡Mundo insensato!

*“Hagamos el amor a la guerra”*

Guerra  
Permanente te ocultas en el silencio  
tus palabras explotan en la brevedad del tiempo  
mis pupilas ven la miseria del destino  
¿Somos diferentes a esta bestia?  
Nosotros, materia mortal del deseo.

*“Hagamos el amor a la guerra”*

La guerra al campo...  
Lo ha abonado de restos frágiles.

Ha fluido del suelo la savia  
en cristales de rubí.  
La guerra a las flores...  
le ha exudado su belleza.  
Sus pétalos, sus hojas desecas  
yacen en la arena infértil.  
Frío, frío  
Ya no hay apariencia en el paisaje  
todo se ha perdido.  
El árbol, el agua, el maíz, el colibrí...  
Sin embargo, en la memoria  
vuela con los sueños  
La fragancia de las flores  
que ordena el amor.

*“Hagamos el amor a la guerra”*

La guerra va a la guerra  
la agonía de la paz llega esquiva  
el amor es amor... imperfecto  
El polvo vuelve a la carne  
no hay nada que perder.  
Moremos...  
Devoremos esta vida enajenante  
donde no somos nadie.  
Esta noche libertinos  
consumemos como la flor al polen  
la abeja al néctar el rocío.  
Tal vez mañana no asistiremos  
al fuego del amanecer  
o quizás los pájaros no canten.

*“Hagamos el amor a la guerra”*

Le pido al amor  
bese con sus dulces labios  
a la guerra.  
Le pido a la guerra

sea un volver a ser  
se renueve  
mude de piel  
deje ver su desnudez.  
De no ser así que muera  
se sumerja a una muerte cierta.  
Y si renace...  
sea un volver al ser  
traiga consigo la Filantropía.  
Se forme en un solo cuerpo... guerra y mundo.  
—Guerra no olvides que el amor existe al mundo—.  
*“Hagamos el amor a la guerra”*

## Danza de la muerte (Oda a la muerte)

Vagaba  
por un camino pedregoso  
por un camino polvoriento  
de manglares... que adornaban las orillas

Iba rápido  
iba lenta  
iba y venía  
al encuentro con la muerte

La muerte repentina me abrazó.  
Llegó a arrancar una a una  
las hojas de mi árbol

La muerte las arrancaba...  
yo las recogía.  
La muerte las arrancaba...  
yo las recogía.  
Los mangles y mi árbol se unieron  
en la danza de la muerte

Yo danzaba  
corría  
me adelantaba, me devolvía  
le esquivaba a la muerte  
recogía las hojas  
para llevarlas conmigo

La muerte danzaba  
corría  
me alcanzaba  
arrancaba una a una  
las hojas de mi árbol

Y todos bullíamos...  
Los mangles, mi árbol  
la muerte y yo  
en la carrera  
en la danza de la muerte

La muerte ya cansada  
decide regresar... solitaria  
en aquel camino oscuro  
entre la bruma

Fui testiga  
de que vino, estuvo conmigo  
y se fue la muerte

Fui testiga  
de que arrancó una a una  
las hojas de mi árbol

Fui testiga  
de ver a mi árbol  
alzar sus ramas  
a la vida.  
Fui testiga  
de que nuevamente



florecí  
Testifico  
La danza de la muerte.  
Declaro que un día inesperado  
las hojas de mi árbol  
ya marchitas...  
caerán

RUBBY CECILIA SANTANDER DE ERASO  
Nariño · Samaniego  
Taller José Pabón Cajiao

# VISIÓN DE LA MAESTRA



En su soñar,  
ve la Maestra  
desde el cristal  
del chismoso ventanal  
sus semillas germinar.

Mira niños y adolescentes  
envueltos en un torbellino,  
con clarinetes, libros, trompetas  
girando en un remolino.

Mira en plena danza  
hombres elegantes, mujeres como hadas  
al ritmo de bambuco y contradanza.

Los protagonistas varias generaciones de  
colegiales, músicos, danzantes.  
En un toque de magia se convierten en  
águilas, cóndores, gorriones y sinsontes.

Los cóndores, las águilas emprenden  
El vuelo a las alturas.  
Las mirlas, los canarios sí pueden trinar  
las codornices, los gorriones, sin poder volar.

Loros, gavilanes sin poder cantar  
distintos destinos, diferentes criaturas.

Ve la Maestra cromáticas libélulas  
reflejadas en el agua azul,  
con sus alas vistosas  
de delicado y transparente tul.

Mariposas de mágicos colores,  
inspiración de dibujantes y pintores,  
perdidas, con sus alas quebradas,  
por siempre en el fango pegadas.  
La Maestra Hora...

ELIÉCER VILLEGAS  
Valle del Cauca · Zarzal  
Taller Ítaca

# POEMARIO



## Abandono

La casa aún está allí,  
Imperturbable...  
Desafiando el tiempo,  
indiferente al silencio,  
Solitaria, pasiva en su abandono.  
Es otra vieja barca  
inmóvil como yo,  
agonizando, encallada  
en la noche sin regreso.

## Festín de perro

Cansado y abatido por la pesada carga  
que inexorable y ciego me asignó el destino,  
quiero terminar mi jornada ya larga  
en el próximo recodo del camino.

Arrancaré el corazón del descarnado pecho:  
desnudo, palpitante, lo llevaré hasta el cerro,  
de dolor desgarrado, por desamor deshecho  
será festín del hambre de algún perro.

Voraz devorará la carne corrompida,  
él se hartará de sangre generosa  
y desde allí se escapará la vida  
huyendo en la noche silenciosa.

Más allá de la muerte nada espero.  
Ningún paraíso ni infierno prometido,  
ser un muerto olvidado solo quiero  
en el estómago de un perro un corazón digerido.

## Soledad de perro y hombre

La calle está desierta, silenciosa  
un perro callejero pasea su flacura.  
Somos dos con figura caprichosa  
buscamos pedazos de pan en la basura.  
Él, para calmar su hambre perruna,  
yo, ansiando atenuar mi soledad.  
Él, abandonado aullándole a la luna:  
dos espectros perdidos que imploran caridad.

Él busca para su hambre un hueso,  
una sombra despreciada, sucia.  
Yo tengo necesidad de un beso,  
a mi piel no la roza una caricia.

Así es la vida: a los dos nadie nos quiere,  
Nada esperamos de la especie humana.  
Cada día de nosotros algo muere,  
Todo es oscuro, una noche sin mañana.

MÓNICA LUCÍA VIVAS ALBÁN  
Valle del Cauca · Cali  
Taller El Cuento de Contar

## A DÓNDE FUISTE AHORA



Nunca nos tomamos un trago juntos, tío  
Y ahora brindo por ti en *Otra parte*  
Ganas no nos faltaron, pero la alerta  
Siempre estuvo en rojo  
Cuánto tiempo duraste muriendo  
Del hospital a tu casa  
De tu casa al hospital  
Más pobre tu cuerpo  
En cada vuelta  
Cuánto tiempo tuviste  
Para verte en lo oscuro  
A la espera cada madrugada  
De que por fin sucediera  
Delirando con volver a preparar  
Los platillos que te gustaban  
Narrabas con aire retrospectivamente  
Etfílico tus travesuras de infancia y  
Juventud, ¡tus amigotes!  
Ya no habrá ebriedad, ni tamales  
De pipián, ni noches sin término  
En la cama metálica  
¿A dónde fuiste ahora con  
Tus kilos de menos y tu silencio  
Ganado a pulso con la muerte?



# TALLERES VIRTUALES





# CUENTO





# LA HERENCIA



No siempre fue rico. Paradójicamente, Horacio Elí Arteta Arteta se crio en la más extrema inopia, misma de la que aprendió el maquiavélico oficio de justificar fines en medios que, en su caso, muchas veces fueron inexcusables.

Su madre, quien lo apellidó Arteta dos veces por no recordar bien cuál era el responsable de donar la semilla, fue su inspiración en los negocios. A los veintitrés años, con la plata que se ganó apostando en la gallera local, Horacio abrió su primera empresa: un burdel.

Nunca le faltaron mujeres, aunque parezca obvio. Pero cualquiera que hubiera tenido la oportunidad de verlo sabría que sus encantos reposaban, no en su imagen o su carisma, sino en sus bolsillos.

En cada mano, un sexto dedo atrofiado se nutría de la poca belleza de las demás falanges, pues parecía engordar a diario como sanguijuela. Los folículos pilosos de la zona occipital de su cabeza, como si se hubieran trasladado a su nariz y orejas, descubrían unas verrugas purulentas en la nuca, originando un peinado ridículo y esos brotes capilares lobulares y nasales asidores de partículas sospechosas. Sonrisa gingival monstruosa, estructura ósea diminuta y una forma de vestir rayana en la perversión eran otras de las características que, junto a la turbieza de sus proceder, lo hacían un ser despreciable.

Pasados los setenta seguía igual de feo y corrupto, pero mucho más rico. Por eso siempre estuvo rodeado de amigos, familiares y mujeres, casi todos ellos serviles y mentirosos, expectantes de su deceso, que no llegaba. Los únicos a juzgar leales eran sus dos hijos: Efraín y Abel, gemelos, herederos de la desproporción, el cinismo y la bufonería siniestra.

A pesar de la edad, y contrario a lo esperado, gozaba de excelente salud. Su muerte, cuando al fin llegó, se debió al ahogamiento con la envoltura de oro que tenía en uno de sus molares, que se desprendió mientras extraía restos de comida con la pezuñita que se prolongaba en la mano izquierda.

Ese día, el de su muerte, la casa se llenó de alegres dolientes que hacían su debut bien ensayado y que junto a los gemelos retrataban un circo de caprichos. Pero el viejo siempre supo de las intenciones de los suyos y también había preparado su rol en el acto final de la obra.

El día aguardado llegó. En el juzgado, mujeres de todas las tallas y edades, tíos, primos y amigos luctuosos y con mentolín en los ojos enumeraban mentalmente las causas por las que debían extraer su tajada. Simultáneamente y como una conveniente coincidencia, las mujeres recordaban con asco (cosa que les ayudaba a llorar más) cómo eran abusadas por sus dedos tullidos, mientras ellas fingían placeres; y los gritos que suscitaban los recuerdos eran la antesala a una lectura “esperadamente” inesperada que estaba por empezar.

El abogado pidió silencio. Se rio, ofreció disculpas. Volvió a reír, tosió. Y en su bien sufragada complicidad, leyó la escritura de constitución de testamento dictada por el mismo testador:

“Yo, Horacio Elí Arteta, en fiel uso de mis capacidades físicas y mentales, declaro: que mi última voluntad y conociendo el profundo afecto que ustedes, mis herederos, han profesado hacia mí (reventaron llantos en la sala), dejo a ustedes, antes que cualquiera de mis numerosos bienes materiales, mi cuerpo. En prueba del amor que me fue profesado, cada uno de ustedes, mis amigos y hermanos, recibirá una parte de mi carne, un miembro, que, ante la presencia de mi abogado y notario público, y con arreglo legal previo, deberá serme cortado y dado para ingestión de ustedes mis bien amados, antes de su descomposición”.

En la sala no se escuchó el zumbido de un mosquito, pero el ambiente comenzó a ponerse denso. Las miradas se cruzaban. La sorpresa transfiguraba los rostros antes abatidos en irritados y aturridos. El abogado continuó leyendo:

Queridos míos: estando bien al tanto de sus preferencias, me he atrevido a escoger por ustedes la exquisita parte de mi organismo que cada uno devorará, estoy seguro, febrilmente. No obstante, mis dos dedos extra de las manos deberán ser preparados juntos en un paté, para que todas ustedes, mis amantes mujeres, disfruten sobre la sección del cuerpo

que les he escogido. Eso sí, les dejo a su elección el modo de elaborar los aperitivos de los despojos: en bistec, apanados, fritos, asados al carbón, gratinados. Las opciones serán aquellas que en sus mentes irreprochables puedan gestarse. Entrañablemente, desde mi lecho de muerte, Horacio”.

Efraín y Abel fueron los únicos capaces de merendarse la parte del cuerpo legada por su padre, el corazón. Los demás, el mismo día de la lectura y desconociendo la cláusula de la adjudicación de bienes que decía: “cualquiera que se atreva a disentir al primer término de este testamento, séale depuesto el patrimonio asignado y entregado a mis dos hijos”, perdieron la posibilidad de sacar partido del sacrificio de acompañar al difunto en vida, cediéndola a disgusto a los que fuesen el retrato y perpetuación de una inquina, tan pronunciada como la suya.



# POESÍA



# OCTUBRE



*Quisieras escribir al margen de combustiones*

IDA VITALE

frotas un trozo de madera mojado  
contra otro

en vano  
quieres hacerlo lumbre brasa

no importa  
sigues frotando  
obstinado en tu tarea cotidiana

como la poesía:

quisieras  
hacer subir algún vapor de las cosas



# LOS AUTORES



## ALEJANDRO COTACIO

Taller Universitario de Poesía Ulrika · Bogotá  
Calarcá, Quindío, 1988. Estudiante de décimo semestre de la Licenciatura en Artes Visuales en la Universidad Pedagógica Nacional. Diplomado en Gestión Cultural del Ministerio de Cultura. Fotógrafo de grupos internacionales como Café Camará y expositor en el Festival Internacional de Artes de Manizales. Expositor en el Taller Multinacional de la Ciudad de México.

## ALEXÁNDER GIRALDO

Taller Écheme el Cuento · Cali  
Versalles, Valle del Cauca, 1986. Comunicador social - periodista de la Universidad del Valle.

## ÁLEX DUVÁN CARDOZO GÓMEZ

Taller RELATA, Liberatura · Ibagué  
Ibagué, Tolima, 1989. Docente de Sociales, egresado de la Universidad del Tolima. Especialista en Pedagogía de la Universidad del Tolima. Miembro del taller RELATA desde 2015.

## AMPARO HERRERA SALAZAR

Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta · Bucaramanga  
Vélez, Santander, 1971. Diseñadora industrial de la Universidad Industrial de Santander. Realizó estudios de pedagogía en la misma institución. Se desempeña como diseñadora, ilustradora, docente y promotora de lectura. Recibió una beca en el Programa Departamental de Estímulos a la Producción y Creación Artística en Santander, en la categoría de literatura infantil ilustrada (2013), con el libro *Fábulas de cabeza*. En 2015 recibió el reconocimiento al mejor libro ilustrado para niños, otorgado por el Instituto Municipal de Cultura y Turismo de Bucaramanga, por su libro *La casa*.

## ANA MILENA LÓPEZ CIFUENTES

Taller La Poesía es un Viaje · Pereira  
Palmira, Valle del Cauca, 1954. Ingeniera agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Agronomía de la Universidad Federal de Bahía, Brasil. Participa del Encuentro de Poetas Colombianas del Museo Rayo desde 2005. Su formación poética la ha recibido en el Taller de Filosofía Aluna, dirigido por la poeta Marga López Díaz. Fundadora del Movimiento Poético Musas de la Casa del Virrey en Cartago, Valle, y del Recital de Velas y Faroles en Quimbaya, Quindío. Con la Gobernación de Risaralda presentó su libro de poesía *Sinfonía para violín de dos cuerdas* en la Feria Internacional de Libro de Bogotá (2016).

## ANDRÉS FELIPE CUÉLLAR ROJAS

Taller RELATA, Liberatura · Ibagué

La Plata, Huila, 1994. Estudió Derecho en la Universidad del Tolima. Durante sus estudios participó de proyectos de investigación para finalmente llevar a cabo su trabajo de grado titulado *La protección de los tatuajes en el sistema de derechos de autor colombiano*. En la actualidad se desempeña como abogado litigante. Participa en el Taller RELATA desde hace tres años.

## ANNY KATHERÍN SÁNCHEZ DÍAZ

Taller RELATA Cúcuta · Cúcuta

Cúcuta, Norte de Santander, 1993. En 2016 se graduó como comunicadora social de la Universidad Francisco de Paula Santander. Se desempeña en la línea de acción de la comunicación para el cambio social. Escribe y asiste al taller de escritura creativa RELATA desde el 2014.

## ARMANDO JAIMES PÉREZ

Taller RELATA UIS · Bucaramanga

Bucaramanga, Santander, 1989. Estudió Humanidades en Medellín, Antioquia.

## ASCENETH BONILLA DE PAZ

Taller RELATA Providencia · Isla de Providencia

Ataco, Tolima, 1945. Creció en la ciudad de Cali, donde cursó estudios primarios y secundarios; desde muy niña ha sido amante de la lectura, la pintura y las artes. Hace treinta años vive en la isla de Providencia. Ha asistido a talleres de pintura, y a los de escritura creativa de RELATA dirigidos por John Taylor.

## AURORA ELENA MONTES REBOLLO

Taller José Manuel Arango · Valledupar

Valledupar, Cesar, 1971. Profesional en Psicología, asistente al taller desde el 2012. Sus textos han sido publicados en las antologías de RELATA (2013, 2015) y en la *Antología de narradores del Caribe*. Finalista del Concurso Departamental de Cuento Corto (2014) de la Gobernación del Cesar.

## BENJAMÍN RÍOS ESCARRIA

Taller Biblioteca de la Universidad Santiago de Cali · Cali

Palmira, Valle del Cauca, 1949. Fue docente en la ciudad de Cali. Es licenciado en Biología y Química de la Universidad del Valle.



## CARLOS BEDOYA CORREA

Taller de Poesía MECA · Medellín

Medellín, Antioquia, 1951. Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Poeta, ensayista, traductor y programador musical. Ha publicado *Pequeña reina de espadas* (1985), *Víspera del vértigo* (2004) y *Viajes en la cuerda floja* (2006). En 2002 se publicó en Londres, Inglaterra, su traducción de *La escultura*, del poeta hindú Aminur Rahman. Distintos trabajos suyos han aparecido en antologías realizadas dentro y fuera de Colombia.

## CARLOS FERNANDO GUTIÉRREZ TRUJILLO

Taller de Lectura y Escritura Creativa: Café y Letras, RELATA Quindío · Armenia

Quimbaya, Quindío, 1967. Licenciado en Español y Literatura. Especialista en Enseñanza de la Literatura de la Universidad del Quindío. Magíster en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Autor de los libros de poesía: *Ensamblés* (1990), *Geografías interiores* (1996), *Territorios* (1998), *Trazos de ciudad* (2006). *La poesía en el Gran Caldas*, *Estudio crítico* (2010). Ganador de premios regionales de poesía y cuento. Compilador de los libros *Narrativas en movimiento* I, II y III, del Taller de Lectura y Escritura Creativa: Café y Letras. Columnista cultural de *La Crónica del Quindío*. Catedrático de literatura en la Universidad del Quindío y la Universidad Tecnológica de Pereira. Director del taller Café y Letras, RELATA Quindío, desde 2006. Jurado y capacitador de escritura creativa del Concurso Nacional de Cuento RCN-MEN. Escribe artículos de viaje. Finalista del Concurso Internacional de Relatos de Viaje Moleskin (Madrid, 2016). Docente de secundaria en el departamento del Quindío.

## CATALINA CALLE ARANGO

Taller Virtual RELATA

Medellín, Antioquia, 1978. Profesional en Comunicación y Relaciones Corporativas y en Artes Plásticas. Aficionada a la escritura. Ha trabajado en diferentes sectores, pero su pasión son las artes. La escritura, propiamente, es considerada por ella como una forma de “retratar” o “representar” el mundo.

## CINDY HERRERA

Taller de Escritura Creativa: Cuento y Crónica · Cartagena

Cartagena de Indias, Bolívar, 1993. Productora de medios audiovisuales de la Universidad de Bellas Artes y Ciencias de Bolívar y estudiante de octavo semestre de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Perteneció al Teatro Estudio Universidad de Cartagena (TEUC). Actualmente cursa talleres de edición y escritura con el Consejo Británico, es directora de la revista estudiantil *Espejo*, locutora en UdeC Radio y se encuentra desarrollando un montaje teatral para el Festival de Arte Universitario Regional. El cuento “Adela”, de su autoría, hace parte de la antología *Gestación*, que recoge nuevas voces de narradores del Caribe colombiano.

## CLARIVEL NARANJO RODAS

Taller Nautilus · Tuluá

Tuluá, Valle del Cauca, 1964. Licenciada en Educación Física en la Unidad Central del Valle del Cauca. Especialista en Lúdica y Recreación para el Desarrollo Social y Cultural en la Universidad Los Libertadores de Bogotá. Docente literaria. Ha pertenecido durante más de veinte años a la Estudiantina Cedeño como guitarrista y participa desde hace cinco años en el taller de escritura creativa.

## CRISTIAN CAMILO HIDALGO GARCÍA

Taller Plumaencendida · Envigado

Itagüí, Antioquia, 1992. Estudiante de último semestre de Estadística en la Universidad de Antioquia. Ha colaborado en proyectos de investigación en economía y en ciencias de la vida y la salud. Es asistente a talleres literarios de RELATA desde el 2014. Ganador del Primer Concurso de Poesía de Itagüí Letras para Ser (2014). Segundo puesto en el Premio Departamental de Poesía José Santos Soto, Tarso, Antioquia (2016.)

## CRISTINA HERRERA MIRANDA

Taller Caminantes Creativos · Barranquilla

Estudiante de décimo grado en la Institución Educativa Las Flores. Le encanta leer y escribir. Desde 2014 hace parte del taller literario.

## DANIEL ALONSO CARBONELL PARODY

Taller Literario José Félix Fuenmayor · Barranquilla

Barranquilla, Atlántico, 1993. Estudiante de Licenciatura en Español y Literatura. Ganador del Tercer Premio Regional de Poesía Mesa de Jóvenes de PoeMaRío (Barranquilla, 2017). En el 2010 fue uno de los ganadores de la cuarta versión del Concurso Nacional de Cuento RCN-MEN, premiado en el marco del Hay Festival en Cartagena. Desde el año 2011 hace parte del Taller Literario José Félix Fuenmayor.

## DANIEL SANMARTÍN

Taller Letratinta · Itagüí

Itagüí, Antioquia, 1990. Ha estudiado en el SENA cursos de emprendimiento laboral. Participó en el Primer Intercambio de Experiencias Significativas Talleres de Escritores Municipios de La Estrella e Itagüí (2016), en la Segunda Velada Literaria Municipio de Don Matías (2016) y en el Primer Intercambio Literario de Escritores de Envigado e Itagüí, Asedios Verbales a la Cotidianidad (2017). Fundador del programa cultural Poesía Orgánica, de Itagüí.

## DANIELA GUZMÁN GUTIÉRREZ

Taller La Voz Propia · Pelaya

Pelaya, Cesar, 2001. Vive en Pelaya, Cesar. Estudia en la Institución Educativa José María Torti Soriano.

## DAVID CABARCAS SALAS

Taller de Cuento Ciudad de Bogotá · Bogotá

Barranquilla, Atlántico, 1985. Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad del Atlántico. En el 2010 se radicó en Bogotá para desempeñarse como profesor de Español y Literatura de la Secretaría de Educación Distrital. Posteriormente logró el título de magíster en Literatura y Cultura en el Instituto Caro y Cuervo. Finalista del Concurso Nacional de Cuento RCN en el 2007, con “Espejo de burbujas”. En la actualidad edita la revista pedagógica y literaria *Eslabón* de la Institución Villas del Progreso. Dirige el colectivo literario estudiantil Cadáver Exquisito. Ha participado en talleres de escritura creativa distritales y locales de la ciudad de Bogotá.

## ELIÉCER VILLEGAS

Taller Ítaca · Zarzal

Zarzal, Valle del Cauca, 1949. Periodista, poeta y conferencista. Ha publicado dos libros: *Derecho a soñar* (2002) y *Huellas* (2010). En el 2016 recibió un reconocimiento de la Alcaldía de Zarzal, que lo distingue como poeta representativo del municipio.

## FELIPE GARCÍA QUINTERO

Taller Permanente de Formación Literaria · Popayán

Bolívar, Cauca, 1973. Profesor titular del Departamento de Comunicación Social de la Universidad del Cauca. Director del Taller Permanente de Formación Literaria, afiliado a RELATA. Doctor en Antropología de la Universidad del Cauca. Obtuvo los títulos de magíster en Filología Hispánica del Instituto de la Lengua del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (2005) y el de Estudios de la Cultura de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito, Ecuador (2003). Autor, entre otros, de los libros de poesía *Vida de nadie* (Premio Internacional de Poesía “Encina de la Cañada”, España, 1999), *La herida del comienzo* (Granada, 2005), *Mirar el aire* (Bogotá, 2009; Buenos Aires, 2016), *Algún latido* (Valparaíso México, 2016); *La piedad. Poesía reunida (1994-2013)* (México, 2013) y *Cavado (hasta el silencio)*, con prólogo de María Ángeles Pérez (Sevilla, 2016).

## FRANCISCO BÁRCENAS FERIA

Taller Grupo Literario Manuel Zapata Olivella · Montería

Córdoba, Montería, 1997. Estudiante de Licenciatura en Humanidades - Lengua Castellana de la Universidad de Córdoba, Montería.

## GLORIA ÁLVAREZ ARRIETA

Taller La Caza de Las Palabras · Pereira

Chinú, Córdoba, 1970. Licenciada en Español y Literatura de la Corporación Universitaria del Caribe. Especialista en Ética y Pedagogía de la Fundación Universitaria Juan de Castellanos; docente y asistente al taller de RELATA La Poesía es un Viaje desde el 2014 y actualmente en La Caza de las Palabras. Participó en la *Antología Relata 2015*.

## GUILLERMO SALAZAR JIMÉNEZ

Taller de Lectura y Escritura Creativa: Café y Letras, RELATA Quindío · Armenia Manizales, Caldas, 1947. Reside en el Quindío. Tiene estudios de pregrado y posgrado en Pedagogía, Administración y Planificación de la Educación, realizados en Colombia y en Francia. Profesor en colegios y de planta en la Universidad del Valle en la Maestría en Administración y Planificación de la Educación, desde 1975. Investigador en el grupo de Educación Popular hasta su jubilación y asesor de varias universidades, países y organismos internacionales. Escritor de libros académicos.

## HERNÁN ARAGONEZ TRUJILLO

Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila · Neiva

Neiva, Huila, 1991. Licenciado en Lengua Castellana de la Universidad Surcolombiana. Finalista del Concurso Departamental de Mínicuento Rodrigo Díaz Castañeda (2013 y 2014); segundo puesto del Concurso Departamental de Cuento Humberto Tafur Charry (2014); tercer puesto del primer Concurso de Microrrelatos Cervantinos (2016), convocado por la librería Pynchon&Co y la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en Alicante, España, y tercer puesto en el concurso de cuento “El leer no ocupa lugar” de Tala, Uruguay (2016). Su microrrelato “Absurdo” fue incluido en la antología *Porciones del alma III* por la librería Diversidad Literaria, y su cuento “Te acuerdas de papá” fue incluido en la antología *Cuentos cortos para esperas largas* del Festival de Literatura de Pereira, Risaralda.

## HUGO ARMANDO ARCINIEGAS DÍAZ

Taller RELATA UIS · Bucaramanga

Bucaramanga, Santander, 1994. Licenciado en Español y Literatura por la Universidad Industrial de Santander. Miembro activo del grupo de investigación Glotta, adscrito a la Escuela de Idiomas de la UIS. Director del taller de escritura creativa del programa Literatura al Aula (2016) y del taller de escritura del programa LEO (2017), ambos apoyados por el Instituto Municipal de Cultura y Turismo de Bucaramanga. Director del taller de escritura creativa Libertad Bajo Palabra (2017) en el Establecimiento Penitenciario de Máxima y Mediana Seguridad de Girón. Poemas, cuentos y ensayos suyos han aparecido en los libros *El desamparo y la compañía* (2016), *La arcilla de los días* (2017) y *Cultura, identidad y música en el Gran Caribe: una aproximación en tres dimensiones* (2017), así como en diversos medios nacionales y extranjeros como *La Tercera Orilla*, *Suma Cultural*, *Literariedad y Letralia*, entre otros.

## JESÚS DAVID GONZÁLEZ ROMERO

Taller Permanente de Dramaturgia · Manizales

Manizales, Caldas, 1986. Licenciado en Artes Escénicas con énfasis en Teatro de la Universidad de Caldas. Participa en el Taller Permanente de Escritura Dramática, desde su conformación en abril de 2009. Ha participado en la Cuarta Residencia Artística en Dramaturgia, Encuentro de Jóvenes Dramaturgos, organizada por la Red Nacional de Dramaturgia Colombiana (Manizales, 2009); en el curso Memoria y Representación, réplica del curso dictado por el maestro Aristides Vargas, impartido por el docente Carlos Molano para integrantes de la Red de Dramaturgia Colombiana (Manizales, 2010), y en el Taller de Dramaturgia Contemporánea, organizado por la Fundación Gestión Colombia con el apoyo de la Red de Dramaturgia foco Manizales y el Instituto de Cultura y Turismo (2010). Su obra *Roja lluvia* ha sido premiada con el primer puesto en el Concurso Dramaturgia texto corto, y fue publicada por la *Revista Colombiana de las Artes Escénicas*, vol. 4 (2010).

## JOHN JAIRO ORTEGA

Taller de Crónica Ciudad de Bogotá · Bogotá

Bogotá, Cundinamarca, 1978. Comunicador, locutor y estudiante de Licenciatura en Educación de la Universidad Javeriana. Se ha especializado en lengua castellana, escritura creativa y corrección de estilo. Participó del Taller de Escritura Los Habladores con el maestro Cristian Valencia y del TEUC con el escritor Óscar Godoy. Ganador del V Taller de Crónica del FCE, dictado por el novelista Sergio Ocampo Madrid. El texto completo fue publicado en *El Tiempo* en abril de 2017. Trabajó como jefe de redacción en la revista *Ex-Libris*, en la que publicó sus primeros cuentos. Actualmente es editor de la revista aeronáutica *AeroErmo*. El texto que aparece en esta edición fue producto del trabajo realizado en el taller de crónica, con el maestro Julián Isaza.

## JOSÉ ALFONSO VERGARA HERAZO

Taller Páginas de Agua · Sincelejo

Corozal, Sucre, 1997. Graduado como bachiller de la Escuela Normal de Corozal en el 2013. Estudió Fonoaudiología en la Universidad de Sucre. Ha participado en diferentes recitales poéticos, exposiciones de arte, programas de televisión y radio a nivel local.

## JOSÉ DAVID TABARES

Taller Plumaencendida · Envigado

Envigado, Antioquia, 1965. Empleado en riesgos y medio ambiente del municipio de Envigado. Integrante del taller desde 2012. Asesor de los periódicos *Órbita* y *La Piedra del Ayurá*, en los que también publica sus escritos. Ha publicado en la revista *Arcades* y en el folleto *Palabras vivas*, muestra literaria del taller.

## JUAN ESTEBAN QUINTERO

Taller Voces del Majuy · Cota  
Cota, Cundinamarca, 1999. Estudiante del Colegio Departamental Parcelas del municipio de Cota, Cundinamarca Ha ganado varios concursos de cuento y poesía a nivel local.

## LUIS EDUARDO VALDÉS

Taller Permanente de Escritores Guaviarí · San José del Guaviare  
Acacias, Meta, 1966. Realizó estudios de Licenciatura en Lingüística y Literatura de la Universidad de la Sabana y se especializó en Lúdica y Recreación en la Universidad Los Libertadores. Autor de las obras: *La Casa del aguacate*, *Una visión*, *Sueños en papel*, *Puinabe*, *La muerte del mercenario* y de la obra monográfica colectiva *San José: capital de la esperanza colombiana, acercamiento a su historia*. Ha representado al Guaviare en eventos literarios.

## MARÍA INMACULADA LÓPEZ

Taller Palabra Mayor · Cali  
Versalles, Valle, 1963. Disfruta pintar, cocinar, leer y escribir. Escribe porque es un manantial expresivo de puntos de vista, sentimientos y pensamientos.

## MARIO ALBERTO BERMÚDEZ

Taller Rayuela · Pamplona  
Cumaral, Meta, 1990. Estudia en la Universidad de Pamplona y pertenece al taller desde febrero de 2017. Desde muy joven se fue interesando por las caricaturas, los cuentos, las novelas y la poesía; esta última lo introdujo en un mundo en el que ha intentado plasmar su mirada de lo que le rodea, a través de la imaginación, sueños e irrealidades.

## MARIO CASTRO IBARRA

Taller de Narrativa La Tinaja de Chía · Chía  
Barranquilla, Atlántico, 1951. Vive en Chía, Cundinamarca Ingeniero electrónico de la Universidad Distrital, en donde mantuvo un periódico mural que daba cuenta de la vida estudiantil de los años setenta. Ingeniero de Telecom y editor de la revista *Telecomunicaciones* hasta 2002. Cursó el Taller de Escritura de Guion Cinematográfico por SYD FIELD (Escuela de Cine Black María). Ha recibido entrenamiento en Adaptación de Texto Dramático a Guion de Cine (Teatro Nacional), Dramaturgia y Puesta en Escena (Universidad Distrital) y talleres de dramaturgia con Sandro Romero Rey, Pedro Rozo y Camilo Ramírez. En 2004 ejerció como crítico teatral para el IX Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá. En 2007 se convirtió en el director de la Fundación Cultural Cundinamarte. De 2008 a 2011 fue consejero de Cultura. Miembro fundador del Taller de Narrativa La Tinaja. Ha publicado *El Camino fácil a Multimedia* (1996) y algunos cuentos en las antologías I, II, III y IV de La Tinaja. En 2016 obtuvo un premio departamental de narrativa.

## MIGUEL ANTONIO PEÑA PEÑA

Taller Manuel María Aya Díaz · Fusagasugá  
Bogotá, Cundinamarca, 1965. Abogado de la Universidad Nacional de Colombia y especialista en Gobierno Municipal de la Universidad Javeriana. Fue coordinador jurídico de la Alcaldía Local de La Candelaria, en Bogotá, y secretario de Gobierno de los municipios de Guasca y Gachetá, en Cundinamarca. Actualmente se desempeña como asesor y consultor independiente. Creador del sitio web [www.podermunicipal.com.co](http://www.podermunicipal.com.co), especializado en divulgación y orientación de temas jurídicos de interés para la administración municipal.

## MÓNICA LUCÍA VIVAS ALBÁN

Taller El Cuento de Contar · Cali  
Popayán, Cauca, 1964. Vive en Cali, Valle del Cauca. Es promotora de lectura en la Red Nacional de Bibliotecas de Colombia. Su taller Cocina y Letras convoca a diversos públicos alrededor de la palabra y el paladar, como herramientas del bienestar humano.

## NAIVER URANGO

Taller Virtual RELATA  
Momil, Córdoba, 1990. Ha publicado el libro de poemas *Diario de un poeta remanente* (2015), con el cual fue segundo finalista del Premio Nacional de Literatura Manuel Zapata Olivella (modalidad poesía, 2012). Algunos textos suyos han aparecido en el periódico digital *Panorama Cultural* de Valledupar y en las revistas *Otro Páramo* de Bogotá y *Digo.palabra.txt* de Venezuela. Obtuvo mención especial en el II Concurso Mesa de Poesía Joven de Barranquilla. Administra el blog de literatura [hoteldenadie.blogspot.co](http://hoteldenadie.blogspot.co) y es fundador del Colectivo Literario La Garza.

## NATALIA ROZO VANEGAS

Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila · Neiva  
Neiva, Huila, 1997. Estudia Derecho en la Universidad Surcolombiana. Se declara una lectora aficionada que osadamente pretende escribir.

## NATALIE SÁNCHEZ

Taller de Novela IDARTES · Bogotá  
Bogotá, Cundinamarca, 1991. Ha escrito para las revistas *Papel de Colgadura*, *Semana y SoHo*. Autora publicada en la antología *Bogotá cuenta* con la crónica “Ay sí, papi, qué rico”. Graduada en Comunicación Audiovisual de la Universidad Javeriana. Trabajó en la librería La Madriguera del Conejo y actualmente es la editora de la revista de arte *StopArt.com*. Ganadora de la beca del taller de crónica en Bogotá, la de escrituras creativas de Chapinero y del taller de cuento con la escritora Fernanda Triás. Actualmente está escribiendo la novela *La cólera en los tiempos del amor* con la tutoría del maestro Óscar Godoy.

## NIXON FELIPE SANDOVAL FUENTES

Taller Fernando Soto Aparicio (FERSOAP) · Jericó  
Jericó, Boyacá, 2003. Actualmente tiene trece años y cursa el grado octavo en la Sede Central Kennedy.

## OLGA LILIANA TORO PINEDA

Taller de Escritores Urabá Escribe · Apartadó  
Apartadó, Antioquia, 1972. Estudiante de Derecho de la Universidad de Antioquia; integrante del taller de escritores desde hace dieciocho años. Escribe poesía y cuento. Sus textos han sido publicados en la revista literaria *Kalu* (2003, 2006), en el libro de textos escogidos *Ambrosía y cicuta* (2006), en la antología *Policromías literarias*, proyecto ganador de la Segunda Convocatoria de Estímulos al Talento Creativo (2013), del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, y en el libro *Antología poética Las musas cantan*, proyecto ganador de la Convocatoria Pública en Cultura y Patrimonio (2016), del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia.

## ÓSCAR GODOY BARBOSA

Taller de Novela IDARTES · Bogotá  
Ibagué, Tolima, 1961. Comunicador social - periodista de la Universidad Externado de Colombia, con Diploma de Segundo Ciclo en Estudios de América Latina, con énfasis en Literatura, de la Universidad Sorbona III, París, y una maestría en Escrituras Creativas en la Universidad de Texas en El Paso, UTEP. Ejerció el periodismo por doce años en diarios y revistas de circulación nacional. Profesor del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC) desde el año 2000, y de los programas de Creación Literaria (pregrado, especialización y maestría) de esa misma casa de estudios, desde 2008. Ganador del Concurso Nacional de Novela Aniversario Ciudad de Pereira (1999) con *Duelo de miradas*; del Concurso Nacional de Cuento para Trabajadores (1998), con “Mis jueves sin ti”; del Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá (2014), con “La castigada”, y segundo premio en el Concurso Nacional de Cuento Bogotá Capital Mundial del Libro (2008), con “Susana y el sol”. Ha publicado las novelas *Duelo de miradas* (2000), *El arreglo* (2008) y *Once días de noviembre* (2015, 2017), y el e-book de cuentos *Desde mi ventana* (2017). Sus cuentos han sido publicados en diversas antologías y revistas literarias.

## RAMIRO OCTAVIO SALDAÑA FONSECA

Taller Maniguaje · Florencia  
Bogotá, Cundinamarca, 1970. Publicista de la Universidad Jorge Tadeo Lozano (1999), estudiante de Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de la Amazonia. Editor y productor de libros como *Florencia fotogénica* y *De La Perdiz a Florencia: Cien años de municipalidad*. Fundador y editor de la *Revista Literaria Cuatroletras*.



## RICARDO ALFONSO PACHECO SOTO

Taller Maskeletras · Barranquilla

Barranquilla, Atlántico, 1983-2016. Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana. Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe de la Universidad del Atlántico. Ejerció la docencia en el sector público del distrito de Barranquilla.

## RUBBY CECILIA SANTANDER DE ERASO

Taller José Pabón Cajiao · Samaniego

Samaniego, Nariño, 1941. Maestra de profesión. Ha trabajado cívicamente desde los dieciséis años. Ha ocupado los cargos de alcaldesa, personera municipal y revisora fiscal en la Contraloría del Departamento de Nariño. Hace parte del Concejo Municipal de Cultura. Cofundadora del Concurso Departamental de Bandas, fundadora de la Escuela de Música, del Ballet Proyección Folklórica Dancemos y del grupo cívico Amor por Samaniego.

## SALOMÉ COHEN MONROY

Taller de Cuento Ciudad de Bogotá · Bogotá

Bogotá, Cundinamarca, 1992. Editora de literatura contemporánea de Laguna Libros. Escribe ocasionalmente para revistas y periódicos, como *El Espectador*, *Bacánika* y *Cartel Urbano*. Estudió Ciencia Política y ha tomado varios talleres de escritura creativa con autores como Fernanda Trías y Alberto Salcedo Ramos. Tradujo del francés la novela gráfica *Irene y los clochards*.

## SONIA EMILCE GARCÍA SÁNCHEZ

Taller de Creación Literaria Comedal · Medellín

Envigado, Antioquia, 1967. Licenciada en Educación Especial de la Universidad de Antioquia. Asesora pedagógica. Ha publicado *El zocielo* (2014) y *Un regalo inusual* (2016). “El lápiz labial de mamá” hace parte de una serie de quince cuentos cortos sobre Maú Down. Algunos de ellos se han publicado en *Cuentos para toda clase de niños*, de la colección Palabras Rodantes de Comfama y el Metro de Medellín; *Gotas de Tinta* (revista digital); *Antología del taller de escritores - Universidad de Antioquia y Asmedas*; *Antología del taller de escritores de la Universidad de Antioquia y Trabajos del taller II*.

## TERESA AIDEE ENCALADA ARBOLEDA

Taller Voces en el Estero · Buenaventura

Buenaventura, Valle del Cauca, 1967. Docente del Colegio San Sebastián Micolta en la ciudad de Buenaventura. Licenciada en Español y Comunicación Audiovisual de la Universidad Tecnológica de Pereira. En 2016 se vinculó de manera permanente al Taller Voces en el Estero como participante.

## VÍCTOR CAMILO RONCHAQUIRA GAMBOA

Taller Arauca Lee, Escribe y Cuenta · Arauca  
Pasto, Nariño, 1999. Actualmente cursa grado undécimo en la Institución Educativa Simón Bolívar, de Arauca.

## YEISON MEDINA

Taller Tríade Literario · Itagüí  
Itagüí, Antioquia, 1988. Su poesía ha aparecido en el folleto literario *Dí Arte* de la Corporación Cultural Tríade Poliarístico (2013, 2017) y en las revistas peruanas de literatura *El Bosque* (2015, 2017) y *Sieteculebras* (2015). Ha participado en IX Festival de Poesía al Parque de Itagüí (2013), IV Festival de Poesía Comuna 6 de Medellín (2016), XXVI Festival Internacional de Poesía de Medellín (2016) y VIII Festival Internacional de Poesía de Manizales (2017), entre otros. Con su cuento “Suenan el silbato...” ocupó el segundo lugar en el concurso “¿Cuál es tu cuento con el fútbol?”, categoría Adultos, organizado por la Universidad Pontificia Bolivariana (2017).

## YERALDÍN MEJÍA DÍAZ

Taller Cantos de Juyá · Riohacha  
Maicao, La Guajira, 1974. Narradora. Trabajadora social de profesión, con cuentos publicados en la antología *Cuatro lados cuatro caras*; una crónica suya fue publicada en *País en una gota de agua*, editado por el Banco de la República y la Pontificia Universidad Javeriana.

## YULIETH MORA GARZÓN

Taller de Cuento Ciudad de Bogotá · Bogotá  
Bogotá, Cundinamarca, 1992. Comunicadora social y periodista con especialización en Creación Narrativa de la Universidad Central. En 2012, su cuento “Accidentes pasajeros” obtuvo el segundo lugar en la IV versión del Concurso de Cuentos Bogotanas, organizado por Libros y Letras; en 2013 la revista *Etcétera* de Ambidiestro Editorial publicó su poema “Los perseguidos” en la edición sobre fobias y filias, y en 2015 su poema “Calle 45” fue publicado en la revista *El Malpensante*. Fue periodista de la *Revista Séneca* de la Asociación de Egresados de la Universidad de los Andes; sus textos periodísticos y literarios han aparecido en medios como *El Tiempo*, *Portafolio*, *El Espectador*, *Cromos*, *Revista Séneca*, *iMujer.com*, *UPL.com*, *Sentido.com* y revista *Etcétera*, entre otros. Actualmente, dirige su agencia digital Contenidos La Máquina, escribe en su blog [todasmis-declaraciones.wordpress.com](http://todasmis-declaraciones.wordpress.com) y participa del proyecto [vidasenobra.wordpress.com](http://vidasenobra.wordpress.com).



